

R-3949 R-1438

ESTUDIO

SOBRE

EL ARTE DE HABLAR

EN PÚBLICO,

por el abate Mr. Bautain,

Vicario General Promotor de la Diócesis de París.

Profesor en Sorbona, Doctor

en Teología, Medicina y Letras, Superior de la casa de Jully etc

TRADUCIDO

POR

D. H. C. y D. A. B.

Abogados del Ilre. Colegio de esta Capital.



BARCELONA.

IMP. DE LA PUBLICIDAD, Á CARGO DE ANTONIO FLGATTS,
bajada de la Cárcel, número 6.

1857.

4-80

Repetido

PMPÉ-A

PROLOGO DE LOS TRADUCTORES.

Todos los ejemplares van marcados, para los efectos de propiedad.

N.C.

La merecida aceptación con que ha sido recibida en Francia esta obra notable y el aprecio que se ha hecho de ella en España por los pocos que han podido hasta ahora conocerla, nos mueve á publicar su traducción, convencidos de que hacemos con esto un servicio á las letras y á los que por el ejercicio noble y privilegiado de su profesion se ven obligados á hablar en público.

El *Estudio* sobre este arte difícil, es de la mayor importancia y digno de una detenida meditacion, por los profundos conocimientos que encierra y por la elevada y filosófica sencillez que lo hacen tan estimable como interesante. Mas para que se tenga sobre él un voto competente, dejaremos que por nosotros hable el erudito literato Sr. D. Manuel Milá, de cuyo artículo crítico sobre

«*Arte de hablar en público* por el abate Bautain reproducimos los dos primeros párrafos. (1)

«El autor de este tratado de oratoria,» dice, «uno de los individuos mas respetados y que figura entre los tres ó cuatro oradores y pensadores mas eminentes del clero frances, al cabo de cuarenta años de continua práctica en el arte de decir que principalmente como catedrático y predicador ha egerecido, ha querido comunicar á sus sucesores los secretos de la profesion en que tanto ha sobresalido. A cuantos estén en disposicion de recibirlo quiere dispensar el mismo servicio que reconoce haber «El debido al célebre Villemain al comenzar su carrera. Propónese en cuanto es posible, enseñar lo que los libros no enseñan y comunicar lo que un maestro comunica confidencialmente á sus discipulos predilectos.»

«Dicho está que la obra de Bautain es la antítesis de un tratado formal y didáctico, y que como el mismo advierte, no se propone añadir una nueva retórica á las innumerables que desde Aristóteles acá se han escrito. Acostumbrado empero, á estudiar de lleno los objetos, metódico en alto grado á fuer de buen profesor, provisto de un buen caudal de ideas fijas y profundas y de variadísimos conocimientos, que conserva en fórmulas exactas y breves, como aroma reducido á la quinta esencia, derrama mucha mayor suma de enseñanza y de teoría que la contenida en otros tratados en apariencia mas científicos: lo cual no le impide tampoco desplegar acá

(1) Véase el *Diario de Barcelona* del 7 de junio de este año.

y allá una imaginacion lozana, estraviarse momentaneamente por apacibles veredas, hablar a menudo y con no menos modestia que sinceridad de su propia carrera de orador y descubrir el fondo de un alma tan rica y amable como limpia. En resolucion, sin que lo admiremos todo, sin que gustemos de lo que nos parece alguna vez abuso de lenguaje, ya metafísico ya fisiológico, tenemos este tratado por un libro precioso y como hay pocos.»

Ahora bien; el *estudio sobre el arte de hablar en público* que por su título pudiera parecer útil solamente a determinadas y poco numerosas clases, por fundarse en el arte de escribir lo es á cuantos se dedican á las letras, y por fundarse principal y originariamente en el arte de pensar, lo es á toda la sociedad. Bajo este concepto creemos que la obra de Mr. Bautain será de un interés nada comun para nuestro país á quien la dedicamos, asociándonos íntimamente á los buenos deseos del venerable Vicario general promotor de la diócesis de Paris quien nos escribe en fecha de 19 de los corrientes.....

je serais heureux que la traduction de mon ouvrage intitulé: étude sur l'art de parler put contribuer en quelque chose au bien de votre pays et á votre avantage particulière.—Recevez, etc.—L. BAUTAIN.—v. g.—

A Mr. Villenain,

secretario perpétuo de la academia francesa.

Muy señor mio , y respetable maestro :

Siempre que se ha ofrecido ocasion me ha sido grato manifestaros que , si sé hablar y escribir un tanto , es á vos sobre todo á quien despues de Dios lo debo ; merced á las lecciones que de vos recibí durante cuatro años en el Liceo Carlomagno y en la escuela Normal , y á vuestros estímulos á la vez severos y afectuosos . Lo que en particular os he dicho , permitidme que lo repita hoy públicamente , al dedicaros este opúsculo sobre el Arte de hablar en público , arte

en el cual nos disteis tan buenos ejemplos como excelentes preceptos. Hacia el fin de mi carrera literaria, quiero ofrecer ese testimonio de gratitud al que en sus comienzos la ha dirigido y sustentado; y ojalá que mi humilde tributo pueda hacer os grata la memoria del bien que habeis dispensado, recordándoos vuestra juventud y vuestra naciente gloria!

J. Bouleau, e. y.

Viroflay en Bonrepos, 23 setiembre 1855.

ESTUDIO

SOBRE

EL ARTE DE HABLAR EN PÚBLICO.

Desde hace cerca de cuarenta años he sido llamado continuamente á hablar en público, ya como profesor, ya como particular, ó bajo otros conceptos. He merecido alguna aceptacion, y debo de haber adquirido igualmente alguna esperiencia en esta materia. Los frutos de esa esperiencia es lo que voy á comunicar á los jóvenes que pretendan recorrer la misma senda, ú otra cualquiera de las que exigen el uso fácil y seguro de la palabra. Diré ingenuamente lo que me ha sucedido, lo que he hecho, no para ofrecerme como modelo, sino con el caritativo deseo de ser útil, por poco que fuere, á los que nos sigan, dejándoles algunas indicaciones, algunas noticias, que podrán ayudarles en sus esfuerzos, haciendo, de este modo, que sus ensayos sean menos ímprobos y mas fructuosos. No se me oculta que en ésto como en todo, y

acaso mas que en todo, cada cual debe seguir las inspiraciones de su genio, el instinto de su talento y sus naturales disposiciones; debe hacerse lo que se pueda y con la perfeccion que se pueda, perfeccion subordinada siempre á las condiciones personales de cada individuo; mas tampoco dejo de conocer, por haberlo experimentado, que un buen consejo puede evitar penosas tentativas, y que á menudo, es de gran utilidad un pequeño auxilio.

Entro pues confiadamente en materia, por que tengo el íntimo convencimiento de no buscar, al escribir estas líneas, ni gloria ni intereses; solo quiero el provecho de mi prójimo, y un doble provecho: el de aquellos que desean formarse en el arte de decir convenientemente y cuyo talento es útil á muchos, y la ventaja, mas importante todavia, para los oyentes de todas clases, quienes sin duda sacan mas provecho de lo que se les dice, cuando se espresa bien y fácilmente el que les habla.



PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

ESPOSICION DEL ASUNTO.—QUE ES UN DISCURSO
IMPROVISADO.

Determinemos ante todo exactamente el asunto de que deseamos ocuparnos, para que no se busque otra cosa en estas páginas que lo que queremos y podemos en ellas consignar.

No pretendo escribir un tratado sobre la elocuencia, pues bastantes hay en el mundo desde Aristóteles, Ciceron, Quintiliano, Fenelon y tantos otros. Por fortuna no escasean los retóricos, y la necesidad de componer nuevos tratados no es, á decir verdad, muy apremiante.

Tampoco me propongo tratar del arte de escribir, ni por consiguiente, de recitar ó relatar bien un discurso trabajado á placer y estudiado de memoria.

Se puede, á no dudarlo, llegar á ser un gran orador, escribiendo los discursos y recitándolos bien, testigos Bossuet, Bourdaloue, Massillon y muchos mas. Por este medio se puede tambien instruir, con-

mover, arrastrar, en lo cual consiste el fin del arte oratoria.

Nosotros reduciremos el asunto á mas estrechas proporciones, al arte de espresarse bien, ó de hablar convenientemente en determinada situacion ya sea en el púlpito ya en la cátedra, ante los tribunales ó en las asambleas deliberantes. Trátase pues, unicamente, del discurso improvisado, no escrito, no estudiado de memoria, y que se vé obligado á componer el orador sobre la marcha, sin haber preparado ni combinado preventivamente sus frases. Digamos primero que es un discurso improvisado, ó, como se improvisa un discurso.

La improvisacion consiste en hablar á medida del pensamiento, es decir, sin haber coordinado anteriormente las frases; es la repentina manifestacion, la espresion de un pensamiento coetánea con este, ó el súbito desfogue de una emocion, de un sentimiento.

Es evidente que la improvisacion está limitada por la forma del discurso; pues para hablar es preciso tener algo que decir, y este algo debe hallarse con antelacion en el ánimo, ó aun mas profundamente en el sentimiento íntimo del orador. Pero el pensamiento ó el sentimiento pueden hallarse en estado latente y el que los lleva en sí puede no tener respecto de los mismos la conciencia clara, la percepcion distinta, en el momento en que vá á desplegar los labios bajo la

impresion de una circunstancia cualquiera ó de una escitacion imprevista. Las ideas y las disposiciones del alma no se improvisan, y cuanto mas se poseen ó sienten mas probabilidad hay de que produzcan viva explosion y se desenvuelvan con vigor y lucidez.

No hablaremos de esos casos escepcionales en que la pasion escitada ó despertada repentinamente, estalla de improviso en algunas palabras sublimes ó con un elocuente discurso. *Facit indignatio versum*, dice Juvenal. Todo sentimiento sobre-escitado improvisadamente en una alma conmovida, puede, lo mismo que un volcan, arrojar en torno, la lava abrasadora; ó como nube preñada de tempestades que rompe súbitamente por una conmocion eléctrica, descargar en medio de truenos y relámpagos, un granizo terrible que asola la campiña, ó una lluvia saludable que la fecunda. Los consejos no son para situaciones semejantes, en que la naturaleza obra únicamente y en razon de la constitucion y desarrollo de cada cual. Hé aquí la fuente de toda poesía, de toda elocuencia de todo poder artístico. No hay reglas ni didáctica posible para esta clase de improvisacion: el hombre mas rudo, el mas ignorante puede ser elocuente de esta manera un dia ú otro, si siente con viveza y se espresa con energía por medio de la palabra y de la accion.

Tan solo nos ocuparemos de las improvisaciones

preparadas, esto es, de los discursos que deban pronunciarse en público, en presencia de un auditorio conocido con anterioridad, en día determinado, sobre tal ó cual asunto y para obtener cierto resultado.

Verdad es que á menudo puede en semejantes casos escribirse el discurso, para luego recitarlo ó leerlo. Personas hay que leen ó recitan perfectamente produciendo así gran efecto. De este modo se mide mejor, sin duda, el pensamiento y la palabra, y se está mas seguro de espresar con precision lo que se trata de decir; mas hay el inconveniente de ser mas frio y menos oportuno el discurso, pareciéndose demasiado á una disertacion. Puede además presentarse algun incidente imprevisto, como una objecion, una réplica, una controversia cualquiera, en cuyo caso el orador, que no contaba con esa interrupcion, se encuentra atascado ó cortado naturalmente, en perjuicio de su causa y de su asunto. Por otra parte, un predicador, un profesor, un diputado que se halla espuesto á hablar á menudo, y á veces improvisadamente, no tiene siempre á su disposicion el tiempo necesario para componer un discurso, ni menos para encomendarlo á la memoria. Si no le falta verbosidad, como se dice comunmente, puede ya hablar mas á menudo y con mejor resultado, si sabe espresarse con propiedad.

Sus palabras serán mas vivas, mas actuales, mas

oportunas. Hijas de las circunstancias y del momento, están con unas y otras mas en armonia, impresionan mas eficazmente y van mas rectas al objeto apetecido. Calorosas todavia, pues acaban de nacer, inflaman la imaginacion de los oyentes porque llevan toda la energia de un esfuerzo violento, de una súbita explosion. La vitalidad del pensamiento se encuentra singularmente escitada por la necesidad de darse á luz en aquel preciso momento, de abrirse paso y de penetrar en el ánimo de los demás: especie de alumbramiento en presencia del público, en el que tan solo el orador experimenta todos los esfuerzos, todos los dolores, y en el que le ayuda y sostiene la simpatía de los oyentes, que con vivo interés asisten á ese trabajo de la vida espiritual y reciben con placer ese nuevo hijo del pensamiento, es decir, una idea felizmente concebida, que sale á luz bien conformada, en una bella organizacion de la palabra, ó en un cuerpo de frase elegante y correcto.

Por lo demás, no pretendemos comparar aquí estas dos maneras de discurrir en público, ni pesar sus ventajas ó inconvenientes. De entrambos modos puede lograrse perfectamente el objeto, y cada cual debe tratar de conocer la manera como mejor puede irle, y por que método, en razon de su naturaleza, de sus cualidades y de su posicion, ha de reportar

mas utilidad con la palabra, instruir con mas claridad, con mas abundancia, y en general, interesar lo mas vivamente posible; pues á menudo, lo que á uno le conviene no produce en otro iguales resultados. Dios derrama sus dones á medida de su suprema voluntad, y cada árbol da el fruto segun su especie. Lo que importa es discernir bien el don que cada cual ha recibido, para hacerle producir con usura, y corresponder fielmente á la vocacion que del cielo nos ha sido influida. *Fuunt oratores, nascuntur poetæ*, dice Quintiliano; lo cual significa sin duda, que el génio poético es un don celeste, y que el talento oratorio puede adquirirse. Mas esto está muy léjos de ser exacto, puesto que si los preceptos y la laboriosidad pueden contribuir á formar el orador, ni unos ni otra le darán el gérmen ó el poder de la elocuencia. Pueden, es verdad, escitar, nutrir ese fuego sagrado, pero jamás encenderlo.

Sin embargo, entre los que han recibido la divina virtud de la palabra, unos no pueden ejercitarla sino valiéndose de la pluma, y algunas veces, los que en sus escritos son mas elocuentes, se hallan imposibilitados de producirse en público como de la otra suerte se producen; turbándose y preocupándose delante de un auditorio, por poco imponente que sea. J. J. Rousseau no ha podido hablar jamás públicamente, y el abate Lamenuais, cuyo estilo es tan

vigoroso, no se atrevió nunca á parecer en el púlpito, sintiéndose hasta incapaz de hacer una advertencia á una reunion de niños.

Otros, por el contrario, tienen la facultad de expresar fácilmente en público sus sensaciones y sus pensamientos. La presencia de los oyentes les estimula, y aumenta el impulso de su espíritu y la vivacidad de su discurso. A estos es á quienes unicamente nos dirigimos, porque asi hemos hablado toda nuestra vida, y porque tampoco hemos podido hacerlo de otra manera. Muchas veces, sin embargo, lo hemos ensayado preparando un exordio, un trozo, una peroracion, con objeto de espresarnos mejor, ó de causar mas efecto; pero nunca acertamos á recitar bien lo que habíamos preparado: nuestros trozos de efecto nos han faltado siempre, sumiéndonos en la confusion ó en la oscuridad. Tal es, á lo que parece, nuestra naturaleza, y fuerza nos ha sido conformarnos con ella. En semejante asunto, preciso es saber concederla lo que pide, procurando sacar de ello el mejor partido.

Limitándose la improvisacion del discurso á la forma del mismo, segun se ha dicho mas arriba, se sigue que antes de aventurarse á hablar de este modo, es preciso poseer dos cosas:

1.º El fondo del discurso, ó los pensamientos y su enlace.

2.º El medio de espresion, ó la lengua en que se debe hablar, á fin de no tener necesidad de buscar palabras é ideas á un tiempo, corriendo peligro de cortarse ó atascarse en la construccion de una frase. En otros términos, es menester saber lo que se ha de decir y como se ha de decir.

La improvisacion supone pues, aptitudes particulares, de que vamos á tratar desde luego, no precisamente para enseñar el modo de adquirirlas, puesto que en su mayor parte son dones de la naturaleza, sino para estimular á cultivarlas y desarrollarlas á los que por su fortuna las posean, y sobre todo, para indicar las señales por las que puede conocerse si uno está llamado á hablar en público, y de que modo podrá en tal caso sobresalir.

CAPITULO SEGUNDO.

DE LAS DISPOSICIONES QUE SE REQUIRRRN PARA
HABLAR EN PÚBLICO.

En el fondo de todo verdadero talento, sea de la clase que fuere, existe cierta natural disposicion que dá capacidad para una cosa determinada al que de ella se halla dotado, y esa disposicion depende, á la vez, de la constitucion espiritual, y de la organizacion fisica; porque componiéndose esencialmente el hombre de alma y cuerpo, todo lo que hace racionalmente, ó en calidad de ente razonable, ha de dimanar de esas dos partes de su ser, y de las relaciones mútuas de las mismas. El alma impera, es cierto, y el cuerpo debe obedecer como un instrumento; mas el instrumento tiene tambien su influencia, en particular sobre el talento del artista, por la manera como responde á su voluntad, á sus sentimientos, á los movimientos que le imprime, á la vida, en fin, que por su medio desea manifestar. Y la palabra es un arte, la mas bella sin duda, pues está destinada á espresar el espíritu por medio de la forma, la idea por medio de dicciones, el sentimiento por medio de

omidos, todo lo que el alma siente, piensa y quiere, por medio de los signos, y de la accion exterior.

Para llegar, pues, á sobresalir en este arte, deben preexistir naturalmente, disposiciones, propias unas del espíritu y dependientes otras del cuerpo.

Las del espíritu son naturales ó adquiridas. Las naturales, que vamos á esponer en el presente capítulo, son:

- 1.º Sensibilidad viva.
- 2.º Inteligencia penetrante.
- 3.º Recta razon , ó lo que comunmente se llama buen sentido.
- 4.º Imaginacion pronta.
- 5.º Voluntad firme y decidida.
- 6.º Natural necesidad de expansion, ó de comunicar á los demás las ideas y los sentimientos propios.
- 7.º y último, cierto instinto que impele al hombre á hablar como al pájaro á cantar.

§. 1.º *Sensibilidad viva.*

El arte tiene sus raíces en la sensibilidad, y aunque en mucha parte depende ésta del cuerpo, y sobre todo de los nervios, que son sus medios físicos, es, sin embargo, una de las principales potencias del alma, por no decir una facultad, puesto que la palabra facultad designa una manera de obrar, y la

sensibilidad cierta manera de padecer ó de recibir una accion.

Asi pues, el alma, que no vive sino por sus relaciones, y que tiene siempre necesidad de ser impresionada para obrar, tampoco obra mas que en razon de las escitaciones que recibe, y de la manera como las recibe. La viveza de la sensibilidad, necesaria á la palabra, como á toda espresion artística, consiste, pues, en esa manera adecuada para recibir las impresiones de las cosas y apropiárselas. El hombre siente en razon de su naturaleza, mas no todos sentimos las mismas cosas de la misma manera; por lo cual, no todos somos capaces de espresar de idéntico modo lo que sentimos, ni menos de inclinarnos á un mismo género de espresion: de ahí la vocacion á las diferentes artes, la propension natural de una alma á espresar un objeto determinado, porque lo siente mejor, y porque se complace mas todavía con él. He aquí el origen del gusto en el arte y por las especialidades del mismo, ya sea para egercerlas, ya para apreciar sus producciones. Unos tienen mas gusto y facilidad por las artes plásticas, otros por las acústicas, y dentro del egercicio de un mismo arte hay tambien diferentes disposiciones por tal ó cual espresion, lo que forma la diversidad de géneros. Asi en la poesía hay los poetas de la oda, de la epopeya, de la tragedia, de la comedia, de la sátira.

del idilio, de la égloga, etc., etc.: cuyas obras son otras tantas espresiones poéticas del espíritu humano; parecense bajo este carácter, pero difieren en el objeto que reproducen, en la manera de representarlo, y raras veces el poeta de un género sobresale en otro diferente; sabe cantar de una manera y no mas; así como el canto de la curruca no es el del ruiseñor.

Lo mismo puede decirse del arte de la palabra, de la elocuencia, en cuanto al objeto que debe espresar. Tal orador es mas apto para esponer las ideas, su encadenamiento y su trabazon, escoge perfectamente las relaciones, las diferencias, los contrastes de los pensamientos, y sabe verterlos repentinamente, con mucha facilidad, con mucha finura y sutileza; posee la percepcion, el gusto de la idea, concibela con lucidez, así es que la anuncia con claridad. El orador de estas disposiciones está destinado á enseñar, á instruir.

A otro le place mas cuando tiene relacion con los sentimientos, con las afecciones, con las emociones fuertes ó delicadas; por consiguiente, se dedicará desde luego, y con mejor éxito, á todo lo que pueda impresionar, conmover, cautivar y en una palabra, á hacer vibrar las fibras del corazon. Este será mas orador que profesor, y sabrá persuadir mejor por medio de la emocion, que convencer por el razonamiento.

Hay tambien quien se complace en las imágenes y en los cuadros. Este siente con mas vivacidad todo lo que puede abrazar y reflejar en su imaginacion, deleitándose en semejantes reproducciones. Será por lo mismo un orador descriptivo, y hará casi poesías en prosa; hablará á la imaginacion de sus oyentes, mas que á su corazon y á su espíritu; conmoverá poco, é instruirá menos, pero podrá divertir, interesar y cautivar por la originalidad y variedad de los cuadros, por la viveza y brillo de los colores.

Segun se vé, en estos diferentes casos la sensibilidad está vivamente escitada por las ideas, por los sentimientos ó por las imágenes, siendo evidente que el que quiere improvisar un discurso de uno de esos tres géneros, debe empezar por sentir vivamente el objeto de que piensa ocuparse, y que la bondad de sus conceptos dependerá de la impresion que ese objeto le háya producido y pueda conservar.

Mas no por qué la sensibilidad deba ser viva, es menester que se halle en exceso afectada, pues entonces hace imposible la espresion, por la perturbacion moral, y la escitacion desmedada del sistema nervioso que paraliza los órganos. De modo que el precepto de Horacio *si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi*, no es exacto sino para los que escriben en su bufete, no pudiendo en manera alguna ser aplicable al orador. En presencia del público, no hay nece-

sidad de llorar, ni tampoco de estar conmovido hasta el extremo de que llegue á faltar la voz, ó de que las lagrimas la dificulten; es preciso llorar con la voz, mas no con los ojos, y aun en aquella, tenerlas de manera que pueden ser oportunamente dominadas.

No hay duda que en ciertas ocasiones puede llegar á producirse gran efecto hasta con la impotencia de articular una sola palabra, á causa de la exaltacion del sentimiento ó de la violencia del dolor; bien que en este caso está ya terminado el discurso, ó mejor, no existe discurso, háyase ó no logrado el fin propuesto. Mas cumple al arte oratorio que se reprima la sensibilidad, por lo menos lo suficiente para que no impida el libre y desahogado uso de la palabra. El sentimiento no debe estallar en un punto, sino escarpase poco á poco, para ir animando sucesiva y gradualmente todas las partes del discurso. De este modo es como el arte idealiza la naturaleza libertándola de todo cuanto tienen de sobrado rudo y arrebatado el instinto ó la pasion. El carácter del arte cristiano y lo que le hace sublime, consiste en que hay en sus obras cierto predominio del espíritu sobre la materia, del alma sobre el cuerpo, del hombre sobre la naturaleza. El sentimiento cristiano jamas se muestra desordenado ni borrascoso; al contrario, contenido hasta cierto punto, por el imperio de la voluntad, y auxiliado por la fuerza mas elevada que es su

sosten, domina los acontecimientos ó por lo menos no se abandona á ellos, y cuando mas postrada parece, dobláse al viento de la adversidad, y no estalla, ántes se levanta de nuevo, tranquila y serena, auxiliada por la resignacion. Es mas que el rosal que piensa de Pascal, es un rosal que quiere, y he aqui por que ni los tipos del arte cristiano serán jamás sobrepujados, ni pueden darse imágenes tan sublimes y tan bellas á la vez, como las figuras de Jesucristo y de la Virgen. Bajo este punto de vista, el orador cristiano, solo por esta calidad, es muy superior al orador pagano, puesto que concibe y siente de distinta manera las cosas del cielo y de la tierra, y esa manera de sentir, mas espiritual, mas pura y digna del hombre, por lo mismo que es menos material, comunica á su expresion algo de noble, de elevado y sobrehumano que la asemeja al lenguaje del cielo.

Lo mismo puede decirse en cuanto á la esposicion de las ideas. Es preciso, indudablemente, sentirlas con viveza, con todo lo que entrañan, para analizarlas y desenvolverlas, reintegrarlas en seguida su desarrollo, concentrarlas de nuevo, y conducir las á la unidad. Ofrecéanse durante ese trabajo un sin fin de relaciones que es menester discernir y sentir delicadamente; pero si este sentimiento llega á ser demasiado fuerte, ó se apodera del animo con sobrada viveza, le imposibilita el análisis ó la esposicion, permanecien-

do absorbido por la única mira de la idea en general, sin poder entrar en su desarrollo, incapacitado para coordinar siquiera cuatropalabras. Esto es lo que acontece aun á hombres de genio, pero de excesiva sensibilidad espiritual, quienes no manifestarian su pensamiento sin haberlo escrito de antemano, porque necesitan tiempo para reflexionar y reponerse, frente á frente con la idea entera, que les abate al primer acceso, ó cuando tienen que hablar de improviso: y he aqui probablemente lo que sucedia á Rousseau, dotado en efecto de exquisita sensibilidad. Puede suceder tambien que el sentimiento demasiado vehemente, demasiado exclusivo de una idea, la convierta en idea fija, y conduzca á la locura. Todo está tan bien equilibrado en nuestra existencia, todo debe hacerse con tanta mesura y proporcion, que por poco que uno se aparte de ese punto medio, en donde se encuentra acá en la tierra la perfeccion relativa de la humanidad, cae en seguida en una exageracion que daña é imposibilita, tanto si peca por exceso como por defecto. *In medio virtus.*

Para describir es preciso tener sensibilidad, pero una sensibilidad exquisita, aun que tampoco desmesurada; de otra suerte empieza uno dejándose arrastrar por las impresiones de los incidentes, y acaba por hacer una especie de poema ó monografía sobre cada flor ó sobre cada objeto que mas le agrada. En

pintura se llama á esto cuadros de género, que pueden sorprender y entretener un instante, pero que no reproducen una idea profunda y digna del arte. En literatura constituye ese género de poesías ó novelas á que tanta aficion tienen los alemanes y particularmente los ingleses, que consiste en pintar con la mayor minuciosidad, las cosas mas comunes de la vida: se toman en ese caso, impresiones del hogar doméstico, de la vida de la familia, ó del país, por sentimientos estéticos, por efectos del arte, y se cae en un mezquino realismo que rebaja el arte haciéndole descender á todas las vulgaridades y nonadas de la realidad. Es, en fin, el defecto de esos predicadores que se complacen en continuas descripciones de la naturaleza física ó moral, y cuyos sermones, dominados por su aficion á las imágenes, no son mas que galerias de pinturas, colecciones de retratos, que pueden entretener á los que crean reconocer en ellos á sus originales, pero que á nadie instruyen ni conmueven.

En suma, para hablar bien se debe sentir lo que se tiene que expresar, con bastante viveza para expresarlo con calor y con prontitud; mas el sentimiento no debe llegar hasta tal grado de vehemencia que impida al espíritu obrar, paralizándole en su expresion por la plenitud misma de lo que siente: especie de apoplejía intelectual, que quita tambien el

uso de la palabra y produce la impotencia por el mismo exceso de vida.

§. 2.º *Inteligencia penetrante.*

Para hablar es preciso que el sentimiento ó lo que se siente se **convierta** en ideas, en pensamientos, en imágenes; y de ahí en palabras, en frases, en oraciones, como una nube ó vapor condensado se transforma y se destila en lluvia. *Eloquium Domini sicut imbres*, dice el Psalmista. La facultad que opera esa transformación, por medio del trabajo del espíritu, dándose cuenta en su conciencia, y por la reflexión, de todo lo que pasa en éste, es la inteligencia, ó la facultad de leer en nosotros mismos. He aquí por que los animales, que tienen sensibilidad, y sentidos algunas veces mas sutiles que el hombre, se hallan incapacitados de hablar, (en el sentido estricto) á pesar de que tengan como todos los seres de este mundo, en particular los vivientes, un lenguaje espontáneo, por medio del cual se **manifiesta** naturalmente lo que en ellos pasa. Como carecen de inteligencia no pueden tener conciencia de sí mismos, ni reflexión, por mas que reconozcamos en ellos un principio de vida dotado de sensibilidad y de instinto: lo cual les presta una sombra y como bosquejo de la inteligencia humana: *jumentum et pecus quibus non est intellectus*;

por esto, aun que pueda **concedérseles** cierta **inteligencia** en razon de que sienten, imaginan, y obran por instinto, jamás podrá sostenerse que sean racionales, lo cual llevaría consigo la **libertad** de los mismos, con la **responsabilidad** y **moralidad** de sus **actos**. Para que la razon **exista**, es menester **que** el espíritu, capaz de sentir y de ver, tenga igualmente el poder de posesionarse de sí propio por la reflexión, de constituirse en *yo dentro* de su entendimiento, y de considerar y analizar en él, por medio del pensamiento, todo lo que ha visto y sentido. De esta suerte se forma en nosotros el mundo intelectual, poblado de nuestras **concepciones**, esto es, de las ideas, de las nociones, y de las imágenes que podemos comparar, combinar, y dividir de mil maneras, segun sus relaciones ó diferencias, y que se espresan, en definitiva, por el discurso, cuyo desarrollo **sucesivo** es siempre un análisis del **pensamiento**.

Ahora bien, todo discurso improvisado supone un trabajo intelectual previo: es necesario haber **concebido** bien el asunto; es menester poseerlo, abarcarlo en una **sola idea** que contenga toda su **sustancia**: luego, para esponer esta idea es preciso haberla dividido en sus principales partes, ó en otras ideas **subordinadas**, que son como si digéramos **sus miembros**, y éstas en otras mas limitadas, hasta quedar el asunto agotado, y que esa multiplicidad de pensa-

mientos esté bien ordenada en el entendimiento, á fin de que en la ocasion oportuna aparezca cada cual en la línea que le ha sido señalada, y á su turno lleve la mision que se le encomendara, mision que debe todo su valor é importancia á los antecedentes que la preparan, y á los consecuentes que la desenvuelven, así como la cifras en una operacion aritmética tienen un valor que les es propio y otro debido á su colocacion.

No poca inteligencia es pues, ya precisa para llevar á cabo este trabajo preparatorio, tan útil para la improvisacion, ó para trazar de otro modo su plan, sin el cual seria temeridad esponerse á caminar sobre un terreno tan peligroso y resbaladizo. La primera condicion del habla es saber lo que se quiere decir, y cuanto mas se ha preparado con inteligencia, con tanta mas lucidez se concibe, y mayores probabilidades hay de esponerlo bien, ó de hablar bien.

Lo que bien se concibe se anuncia claramente. Con todo, no basta este primer trabajo: en el silencio de un gabinete y con la pluma en la mano, es siempre fácil elaborar un plan, que se fija en el papel y que puede desahogadamente perfeccionarse; mas este plan debe pasar del papel á la cabeza, y en ella establecerse con sus divisiones y subdivisiones, segun el orden de los pensamientos en su conjunto y en detall, y esto no se logra de una manera segura y es-

table, sino teniendo ligadas las ideas por sus relaciones íntimas, y no solo por relaciones superficiales, por asociaciones accidentales ó puramente exteriores, como la imaginacion y los sentidos acostumbran á formarlas á menudo. En una palabra, entre todas las partes del plan debe reinar ese orden de filiacion ó de generacion, que en las cosas del espíritu se llama trabazon lógica. Asi pues, el orden lógico es el producto de la inteligencia que percibe instintivamente las relaciones de las ideas, aun las mas remotas y profundas, y de la razon, que completa la percepcion de la inteligencia, demostrando de una parte las relaciones, por medio del encadenamiento de las ideas intermediarias, y de otra, por la coordinacion de todas las semejanzas, valiéndose de la reflexion y conduciéndolas á la unidad del pensamiento que se trata de esponer, ó del objeto que se quiere alcanzar.

Hay, además, un tercer grado que exige aun mayor sutileza y prontitud de espíritu. Ese plan que ha sido fijado en el papel, que se ha guardado así mismo en la cabeza, es preciso realizarlo con la palabra dándole carne y vida por medio del discurso. Es una árida osamenta á la que el soplo del orador vá de repente á hacer recobrar sus músculos, sus nervios, su piel y el lugar correspondiente á cada miembro, para formar un ser animado y de buena

presencia. El que habla es menester que haga pasar delante de sus oyentes todo lo que lleva en su entendimiento, todas sus ideas, dando de repente, á cada una de ellas, lugar, cuerpo, vestimenta, color y vida. Mientras habla debe tener, como Jano, dos miradas, una interior hacia su plan, y otra exterior hacia el hilo de su discurso, á fin de no separarse de la línea de su pensamiento, no turbando su orden con divagaciones; es preciso, en fin, que como en un día de batalla, pueda modificar instantáneamente lo que con anterioridad se habia propuesto, segun se ofrezca, y esto sin abandonar su idea principal que lo sostiene todo, y fuera de la cual vendria á parar en juguete de la casualidad. Otras cosas son necesarias tambien, pero las indicaremos mas adelante al hablar del discurso en sí, y que tal como las que acabamos de mencionar, suponen el egercicio de la inteligencia mas intenso; más rápido y penetrante que se pueda concebir.

§. 3.º *De la rectitud de la razon ó buen sentido.*

Hay hombres de talento nada vulgar, quesin embargo carecen de sentido comun; achaque ordinario de los que tienen ingenio, y particularmente de los que de él presumen; pues á fuerza de querer estudiar los objetos bajo nuevos puntos de vista, para decir

cosas originales ó que lo parezcan, acaban por dejarlo de considerar bajo su verdadero sentido, y el hábito de observarlos de tan distintas maneras, haciéndolos relumbrar, les quita la facultad de verlos y abarcarlos directamente, en toda su estension, en su propio sentido, y en sus naturales relaciones. Y nada hay tan funesto para la improvisacion como esta malhadada facilidad de perderse en los detalles, descuidando lo principal.

Sin ocuparnos en este momento de la confeccion del plan, en que deben reinar principalmente la sencillez y la claridad, á la cual contribuye muy mucho el buen sentido, es evidente que esta cualidad, tan útil en el trato social y en los negocios, lo es todavía mas en la instantánea formacion del discurso y en la tan peligrosa obra de improvisar, así por lo que hace al fondo como á la forma.

El buen sentido es el acto instintivo de la razon recta, por la cual ésta discierne, con la rapidez del sentimiento y cierto tacto, lo que conviene ó deja de convenir en una situacion dada: es una apreciacion súbita de mil relaciones diversas que debe hacer incessantemente en cada frase el que está hablando, y esto en razon de las circunstancias, y cuando, en el calor de la accion, y por el efecto general del discurso, que jamás puede apreciarse exáctamente por solo el plan, pero que se manifiesta en aquél

preciso momento, es necesario atinar de pronto con la idea que debe robustecerse ó con la que debe rechazarse, la parte en que ha de insistirse y la que debe abreviarse. Preséntase tambien un nuevo pensamiento á que hay que dar forma conveniente, el desenvolvimiento de otro que es necesario reducir á justos límites, un afecto particular que puede escitarse de paso, sin perder de vista el movimiento general, una digresion que puede aventurarse sin perder el hilo conductor del laberinto, que debe cogerse de nuevo á tiempo; todo lo cual ha juzgarse, decidirse, ejecutarse en un punto, mientras el discurso sigue marchando adelante.

Lo propio sucede con respecto á la forma del discurso ó elocucion. ¡Cuántas razones de decoro moral ó literario que respetar! aquí una espresion aventurada que se nos viene á los labios y que es preciso rechazar, ahí una frase pretenciosa que no puede admitirse, un término trivial á que tampoco podemos dar cabida, ó bien una frase empezada con cierta audacia, y de la que no se adivina al principio la salida, mientras se termina el desarrollo de un período, con la vista fija en el pensamiento que sigue inmediatamente y en el vínculo que le une al que vamos acabando de desarrollar. Vértigo causa ciertamente el reflexionarlo, y sin embargo, ese múltiple discernimiento debe hacerse instantáneamente, y

en efecto, se verifica con cierta seguridad y como por sí solo, si el asunto está bien preparado, si se le posee á fondo, y el orador se encuentra en buena disposicion.

Mas para avanzar de este modo con paso firme y seguro en medio de un discurso que se levanta, por decirlo así, delante del orador, conforme va adelantando, como un bosque encantado, poblado de espectros y apariciones, y en el que se cruzan tanta diversidad de caminos; para no aceptar de entre estos brillantes fantasmas mas que los que pueden convenir al asunto, y disipar los demás como vanas sombras; para escoger precisamente el camino que guia mas recto al fin propuesto; y sobre todo, para no separarse nunca de la senda trazada preventivamente, sin curarse de las demás veredas, por seductoras que parezcan, no dejándose conducir ni desviar fuera de su línea, midiendo siempre los pasos pero avanzando con firmeza; en verdad que es preciso tener clara la mirada, decisiva y segura como el buen juicio puede darla únicamente, y esa especie de instinto ó de gusto por la verdad y por la conveniencia que aquél solo produce.

§. 4.º *Imaginacion pronta.*

La imaginacion es como un espejo de dos caras,

la una vuelta hácia el mundo exterior , cuyos objetos refleja , y la otra espuesta á la luz de las ideas , luz que descompone como el prisma al rayo solar , iluminando á estas con sus colores , á manera de estampas , y colocándolas en cuadros. De este modo puede la palabra hacer apreciar y comprender mas fácilmente las cosas metafísicas , pues las dá un cuerpo ó un vestido que las hace visibles y casi palpables.

Es , pues , la imaginacion una de las facultades mas necesarias al orador , y sobre todo , al que improvisa , para establecer primero , en la cabeza , el plan combinado , lo cual se consigue particularmente por medio de aquella ; luego , para conservarlo en la memoria fresco , vivo , bien ordenado , bien enlazado , hasta el momento de realizarlo ó de exteriorizarlo por medio del discurso. La imaginacion es , tambien , súmamente útil para representarse de repente , á sí mismo , el orador , lo que intenta decir á los demás cuando le sobreviene una idea nueva , cuando una imágen abierta , por decirlo así , en el calor de la accion oratoria , como una flor que rompe instantáneamente el claustro virginal ante la influencia de un rayo de sol , se presenta de improviso en su espíritu ; en cuyo caso , luego que la percibe y ha juzgado con rapidez si conviene al asunto , si tiene buena colocacion , se apodera de ella el pensamiento , y sin dejar de hablar , la hace pasar , todavía caliente ,

bajo el cilindro de la imaginacion que la estira , la dilata , la desarrolla , la hace dúctil y brillante , y la marca en seguida , con uno de los tipos ó moldes de que está provisto. O bien , si se nos permite otra comparacion , el pensamiento pasa á través de las formas de la imaginacion , como esas hojas de papel que circulan por entre los cilindros de las prensas mecánicas , de donde salen llenos de caractéres y de imágenes.

Mas , este trabajo tan complicado y sùtil , debe operarse con la rapidez del rayo , en medio de la corriente de la palabra , que no puede detenerse ni debilitarse sin perjudicar á la animacion del discurso. La imaginacion debe pues estar dotada de extraordinaria prontitud para formar y cambiar sus pinturas ; al propio tiempo que de gran lucidez en sus golpes de vista , para producir de repente imágenes bien dibujadas , de contornos y perfiles exactamente delineados , y brillante colorido , con objeto de que la palabra pueda reproducirlas sin vacilar , sin confundirse , como se pinta fielmente un objeto en un espejo limpio y claro ; pues mientras se habla no se puede titubear , bajo pena de andar á tropezones , lo cual sería la muerte del discurso. La espresion del pensamiento debe llevarse á cabo en sola una tirada y de una manera limpia ; y he aqui lo que impide á muchos hablar en público , aun entre los que tienen

talento. Su imaginacion no es bastante flexible, bastante pronta, ni clara; funciona con harta lentitud, y se queda atrás ante la velocidad del pensamiento que le deslumbra al pronto; lo cual proviene ó de defecto natural de esa facultad, ó de falta de ejercicio y hábito, ó tambien—y esto es lo mas comun entre las personas de talento—de la excesiva emocion ó turbacion del espíritu en presencia del público, y la presion del momento, que origina cierta incapacidad de hablar algo parecida á la imposibilidad de andar que produce el vértigo.

§. 3.º *Voluntad firme y decidida.*

Para atreverse á hablar en público, se necesita ciertamente valor. Presentarse delante una asamblea numerosa é imponente á menudo, sin libros, sin notas, llevándolo todo en la cabeza, tomar la palabra en medio del silencio general y cuando todo el mundo os mira, con la obligacion de cautivar la atencion de este auditorio é interesarle durante tres cuartos de hora, una hora, y á veces mas, es en verdad una empresa atrevida, una pesada carga. Todos aquellos que la aceptan, ó á quienes se impone, saben lo que pesa, y cuan enfermo se está física y moralmente, hasta tanto que con ella se ha cumplido. Para una voluntad tímida é irresoluta es imposible semejante

empresa, pues retrocederá siempre ante los peligros de la situacion, bien como en el vértigo, que sobreviene precisamente por la reflexion del riesgo á que se está espuesto.

Quando se piensa, en efecto, en lo poco que es menester para desconcertar y hasta paralizar al orador: sus propias disposiciones físicas y morales, que no siempre son favorables en un dia determinado; las de los oyentes, desconocidas algunas veces, y siempre tan fáciles en cambiar, tan volubles, las distracciones que pueden asaltarle y desviarle de su asunto; su memoria que, faltándole á lo mejor, le hace perder una parte de su plan, acaso su division principal, en el perentorio momento de ir á desarrollarlo; la imaginacion que le falta, y pinta débil y confusamente lo que debia el orador describir copiándolo de sus cuadros; una palabra desgraciada que se le escapa; una espresion propia que le huye; una frase mal empezada y de la que no se sabe como salir; y en fin, todas las influencias á que está espuesto, y las mil miradas que por todos lados se le asestan, son á fé, suficiente motivo para trastornársele á uno la cabeza ó perder el valor, tan solo al reflexionarlo, pareciendo imposible que haya quien se atreva á desafiar semejantes peligros, esponiéndose á tales azares. De modo que solo deben arrostrarse compromisos de tal naturaleza, cuando lo exiga el deber, cuando

haciéndolo se cumple con una misión, y solo para satisfacer una obligación de conciencia ó de posición social. Cualquier otro motivo, como la ambición, la vanagloria, el interés, esponen á desengaños crueles y á merecidas derrotas.

La fuerza de voluntad, necesaria para abordar tal situación, se ayuda y se sostiene con una conveniente preparación, y la mejor de todas las preparaciones es saber lo que se quiere decir, y concebirlo con claridad. Mas sin embargo, aparte de la posesión de la idea y del enlace de los pensamientos que sugetamos con mano firme, existe todavía el albur de la elocución, la fortuna ó desgracia que en la expresión se corre. ¿Quién está cierto de que en tal día le será fácil construir las frases, que le acudirán oportunamente voces adecuadas, y que la lengua no le hará traición? En los detalles de la elocución del momento, ó en la repentina fabricación del discurso y de la frase, es cuando mas decisión se necesita para escoger al vuelo las palabras, pesarlas rápidamente, y no dejar escapar de los labios mas que las que convienen, en medio de tantas otras que deben ser rechazadas. Es preciso también en semejante posición, cierta audacia que acaso no será siempre afortunada, para emprender el desenvolvimiento de una idea imprevista, sin saber donde os conducirá; para abandonarse á un arranque oratorio, que pue-

de desviar del asunto, y en fin, para entrar, y á veces saltar á pié juntillas, dentro una frase cuya salida no se prevé, sobre todo en la lengua francesa que solo tiene un remate posible para todos sus períodos. Mas una vez así comprometidos, es fuerza no retroceder en perjuicio de la idea ó de la frase; hay que dirigirse atrevidamente al objeto, aun cuando para llegar al fin sea preciso salvarse por medio de un rodeo insólito ó de una incorrección de lenguaje. Los espíritus tímidos se espantan en presencia de semejantes extremos, y he aquí por que decimos que nadie debe esponerse á ellos, como se espone todo improvisador, sin contar con una voluntad decidida, y aun antes de la acción, para osar lanzarse á ella, para sostenerla una vez arrostrada, no desanimarse con sus eventualidades y peligros, y llegar á feliz término sin graves heridas, ó cuando menos, sin haber caído ó fracasado.

§. 6.º *Carácter expansivo.*

Dos géneros hay de expansión, la del corazón y la del espíritu.

El espíritu busca la verdad que es su objeto natural; y, la verdad es como la luz, ó mejor, es la luz misma, la luz inteligible; razón de ser por naturaleza difusa, y de que espontáneamente se derrame

por do quiera que se le facilita acceso. Asi es que al percibir ó al creer percibir una verdad, nuestro espíritu se regocija y se nutre con ella, por que ella es su natural alimento; y asimilándose la ó apropiándose la participa de su fuerza expansiva, en cuyo caso experimenta aquél la necesidad de anunciar á los demás lo que el mismo conoce, y de hacerles ver lo que él vé: siéntese feliz al constituirse en antorcha de esa luz, y al contribuir á estenderla, exallándole á menudo en medio del goce que experimenta, bien que en este goce no deje de tener su parte, la gloria de ilustrar, de dominar hasta cierto punto á los demás. Un genio vivo, inteligente, que busca la verdad, que se apodera de ella rápidamente, y la concibe con lucidez, siente mayor necesidad que los demás de comunicar lo que sabe; y si á esto añade un vehemente deseo de gloria—¿quién no ama la gloria, por lo menos en la edad juvenil?— se sentirá impelido á hablar en público, y mas capaz de ejercer el imperio de la palabra.

Pero hay además cierta disposicion de temperamento y de corazon que contribuye á ello mucho. segun se observa en las mugeres y niños, quienes se complacen en hablar, haciéndolo comunmente con una facilidad extraordinaria, en razon de su sensibilidad mas impresionable, de la esquisidad de su organismo, y de su veleidad estremada. El improvi-

sador necesita algo de todo esto. Un hombre reconcentrado, que tiene precision de reflexionar mucho, de meditar largo rato para percibir una verdad ó apreciar una semejanza, y que no puede ó no quiere manifestar lo que siente ó piensa, sino despues de haber formulado exactamente la expresion necesaria, este hombre no puede improvisar un discurso. Una persona triste, morosa, misántropa, que huye de la sociedad, teme el comercio de los hombres y se complace en sus propias meditaciones y en su aislamiento, difficilmente podrá hablar en público; su gusto se opone á ello, su naturaleza se lo impide. Para este arte es menester junto con un genio vivo, un carácter franco, confiado, algo alegre, que ame á los hombres y su comercio: la desconfianza retrae al espíritu, cerrando el corazon y la boca.

Este carácter expansivo, favorable á la improvisacion, tiene tambien, sin duda, sus inconvenientes: comunica tal cual vez al espíritu, cierta veleidad, cierta ligereza, sobrada indolencia, atrevimiento y superficialidad al discurso; mas estos inconvenientes pueden disminuirse ó neutralizarse, por medio de serias preparaciones, meditando bien el plan, y sujetándose á él para contener y dirigir la exuberancia de la locucion y limitar por medio de la reflexion interior; todo cuanto podria favorecer las divagaciones é inconsecuencias.

§. 7.º *Instinto ó don natural de la palabra.*

El arte puede desarrollar y perfeccionar el talento de la palabra, pero no crearlo: se puede aprender á hablar correcta y elegantemente á beneficio de los estudios y ejercicios de la gramática y retórica; mas nunca se aprenderá á ser elocuente con esa elocuencia que parte del corazón y vá recta á él. Todos los preceptos, todos los artificios conocidos y desconocidos no pueden formar mas que las apariencias ó un débil trasunto de ese don precioso; pues esta elocuencia tan natural como verdadera, que conmueve, que persuade, que arrebatá, se compone de una alma y un cuerpo como el hombre del cual es la imágen, el esplendor y el verbo.

El alma de la elocuencia es el foco mismo del alma humana, que iluminado por el resplandor de una idea ó enardecido y emocionado por efecto de una impresion, irradia ó estalla exteriormente, para manifestar por medio de un signo cualquiera lo que siente ó vé en aquellos momentos. He aquí lo que da vida y movimiento al discurso; figuraos una tea que se enciende, figuraos una fibra que late y se estremece.

El cuerpo de la elocuencia es el language, de que la misma tiene necesidad para hablar, y que debe

adaptarse armoniosamente á cuanto ella piensa ó siente, como una forma hermosa se armoniza con el espíritu que reviste. Por instinto se aprende el materialismo de la lengua, y por el uso se forma cada cual á sentir y apreciar sus variados matices y sus esquisidades. La inteligencia que no carece de tacto y concibe con claridad, y el corazón que siente con viveza, hallan naturalmente, y sin esfuerzo, las palabras y sus coordinaciones mas análogas á lo que se trata de espresar. De ahí el talento innato de la palabra, que resulta, á la vez, de ciertas disposiciones intelectuales y morales, y de la constitucion física, particularmente de la de los sentidos y de los órganos vocales.

Hay personas organizadas para hablar bien, como hay pájaros que lo están para cantar agradablemente, como hay abejas para hacer miel, y castores para construir.

No hay duda que todos los hombres son capaces de hablar, por lo mismo que son seres racionales, y que el ejercicio de la razon es imposible sin la palabra; es tambien indudable que todos los hombres pueden, en un momento dado, llegar á ser elocuentes por la súbita iluminacion de una idea, por una inspiracion pasajera ó por el violento impulso de un sentimiento, de un deseo. Las explosiones, los gritos de la pasion, son á menudo de la mas alta elocuen-

cia; pero, todo ello es efecto de un momento que pasa con las circunstancias extraordinarias que lo produjeron, y en todo el resto de su vida pueden esas personas hablar muy mal y ser incapaces de pronunciar en público una sola frase. No poseen el don de la palabra; y únicamente aquellos á quienes la naturaleza ha dotado de esa cualidad estimable, pueden sacar algun provecho de los consejos que vamos á dar, para explotar ese talento precioso, que debe ponerse siempre á disposicion de la verdad, de la justicia y del bien.

La elocuencia es como las demás artes; para sobresalir en ellas son preciso, ante todo, las necesarias disposiciones naturales, la vocacion indispensable, esto es, sentirse hácia ellas incesantemente atraído y de una manera casi invencible, por una inclinacion misteriosa, por una inesplicable atraccion que influye en toda la existencia y la dirige en definitiva hácia su objeto, como la aguja náutica busca siempre el norte. En el fondo de todas las artes, tan diferentes por su expresion, hay algo de comun y de unismo: tal es la vida del alma, la vida del espíritu que necesita difundirse, manifestarse, multiplicarse; luego, cada hombre en particular, tiene alguna cualidad que le es propia, tiene algo de original que le impele en razon de su organizacion peculiar, y de su temperamento físico y moral, á espresar, repro-

ducir su vida interior, por determinados medios, de cierta manera, por tal forma de la materia; y de ahí la infinita variedad de artes y sus producciones.

La palabra es, ciertamente, la mas noble y poderosa de las artes, primero por que está por su naturaleza mas directamente en relacion con la inteligencia, cuyas ideas basta por si sola á espresar con perfeccion; luego, por la gran claridad y esquisita delicadeza de sus medios de expresion, los menos materiales de todos, pues solo tienen la existencia terrenal de un soplo ligero y fugitivo; y en fin, por su accion tan directa, tan enérgica, sobre el espíritu, como es la que se requiere para hacerle concebir las cosas, comprender los pensamientos y apreciar la verdad.

Es, pues, necesario para egercer con buenos resultados el arte de la palabra, ó para hablar con elocuencia, un talento natural: don del cielo que toda la ciencia del mundo con sus preceptos, y todas las doctrinas con sus prácticas, jamás podrán suplir.



CAPITULO TERCERO.

DE LAS DISPOSICIONES ESPIRITUALES NECESARIAS PARA
HABLAR EN PÚBLICO QUE PUEDEN ADQUIRIRSE Ó
FORMARSE POR MEDIO DEL ESTUDIO.

Después de las disposiciones naturales del espíritu, siguen las disposiciones adquiridas ó que pueden formarse por medio del estudio; que serán objeto de este capítulo.

Llamamos *disposiciones adquiridas* á ciertas aptitudes del espíritu cuyo gérmen suministró sin duda la naturaleza, pero que pueden escitarse y desarrollarse notablemente á beneficio de los preceptos, del ejercicio y del hábito, en tanto que el talento puramente natural, á pesar de que puede tambien perfeccionarse por medio del arte, se parece no obstante hasta cierto punto, al instinto, que acierta el objeto al primer golpe. Puede suceder tambien que una disposicion adquirida y notable, como por ejemplo, la facultad de hablar con elegancia, deba poco á la naturaleza, es decir, al talento, y que nada remarkable produzca sino á fuerza de arte, de ejercicio y de trabajo; bien que si carece completamente de fon-

do natural, por mas bellas que al pronto parezcan sus obras, no tardará en sentirse su artificio y falta de vida.

Las disposiciones adquiridas son: el *arte ó método del pensamiento*, y el *arte ó la manera de decir*. Mas antes de entrar en consideraciones particulares sobre los mismos, bueno será que digamos algo sobre los *conocimientos* del orador, que es preciso no confundir con las *disposiciones adquiridas*.

§. 1.º *Del fondo de conocimientos necesario al orador.*

La ciencia ó la instruccion no son cosas que puedan improvisarse; asi es que el orador debe adquirir ante todo esa suma de ciencia ó conocimientos que son indispensables para hablar pertinentemente; y si bien no dá la ciencia el talento de la palabra, con todo, el que está penetrado de lo que ha de decir, tiene muchas probabilidades de que lo espresará bien, sobre todo si lo concibe con claridad.

Lo que bien se concibe se enuncia claramente, y sin esfuerzo acuden las voces al efecto. La mejor y mas excelente preparacion para el arte de la palabra es el estudio perseverante, no solo del punto sobre que se ha de discurrir,—pues esto lo hace siempre mas ó menos antes de hablar en público el que no es fá-

tuo ó presumido—sino el estudio general de todas las materias que forman parte de una educación liberal y que constituyen la instrucción propia de los que deben dedicarse á las profesiones intelectuales y morales. Tal es lo que se llamaba antiguamente estudios clásicos, que comprendían junto con la gramática, las humanidades, retórica, lógica, algo de literatura, de historia, de ciencias matemáticas y físicas, y el conocimiento de la religión; perfeccionándose luego estos estudios con los cursos superiores de las facultades ó de las universidades.

Es inmensa la ventaja del que ha sido aprovechado en sus estudios, como se dice comunmente; pues en la infancia y en la adolescencia es cuando mejor se aprenden las cosas, que, á más de adquirirse en mayor número y con la fijeza y estabilidad propias solo de esa época de nuestra vida, constituyen por su carácter indeleble, un fondo indestructible, una especie de cimiento espiritual sobre que se levanta el edificio de la instrucción y de la educación, determinando por la manera como ese fondo está sentado en nuestro espíritu, la solidez y extensión de la existencia intelectual y moral de cada uno.

No puede apreciarse rigurosamente la influencia de las primeras lecciones que el hombre recibe, pues depende de la virtud de la palabra que le instruye y de la manera como la recibe. Es una especie de fe-

cundación cuyos frutos son á veces tardíos y lentos en sazonar. Como la acción vivificadora de la enseñanza no puede ejercitarse sino por medio de las palabras y signos del lenguaje, suele á menudo prevalecer la forma sobre el espíritu, y muchos conservan en la memoria tan solo las palabras, que reproducen con facilidad, al paso que otros, por el contrario, profundamente impresionados por el sentido de las frases, son precoces en concebir ideas fecundas que están llamadas á ser las ideas matrices de todos sus ulteriores pensamientos. De ahí que el espíritu de los últimos, mas reflexivo, mas ocupado en el fondo, parezca menos vivo, menos brillante exteriormente; sus ideas se dilatan en una esfera mas elevada de la que no puede darse cuenta todavía; tan solo mas tarde y á medida que va adquiriendo la fuerza y edad de la reflexión es cuando sabe reconocer, explotar y comunicar los tesoros que en él se escondían.

De aquí dimanar dos clases de conocimientos, ó de riqueza intelectual, frutos de la instrucción, y provenientes de la manera como ha sido aquella comunicada y recibida; tales son:

1.º Uncaudal de palabras, de frases, de imágenes, de hechos, de pensamientos superficiales, de lugares comunes, de cosas admitidas y refutadas, en una palabra, de todo cuanto es capaz de herir los sen-

tidos, escitar la imaginacion é imprimirse fácilmente en la memoria. No hay duda que ese bagage intelectual, por ligero que parezca, amontonado por espacio de muchos años, y distribuido con cierto orden, puede ser muy útil para hablar en determinada ocasion, pero á manera de los retóricos, es decir, improvisando una especie de discurso ó arenga mas ó menos elegante, con mucha fraseología y con pocas ideas, que tal vez proporcione á los oyentes una satisfaccion pasagera, mas sin cautivarles ni instruirles. En muchas circunstancias bastan semejantes discursos, pues el orador no hace mas que representar un papel determinado, llenando parte de un programa; y es en verdad una ventaja no desatendible, la de desempeñar con honor ó sin embarazo el cometido.

2.º Mas donde principalmente se distingue el caudal de conocimientos que adornan al orador, es en las ideas y no en las frases, en la hilacion ó encadenamiento de aquellas, y no en la profusion de hechos y de imágenes. El que de esta suerte se haya formado, no puede improvisar con tanta facilidad, por que existe en él un verdadero pensamiento, un pensamiento propio con el que su espíritu brega para abarcarlo, dominarlo y manifestarlo cuando lo haya penetrado, profundizado, desentrañado: éste no hablará jamás de memoria, ni solo de imaginacion,

pero sí á consecuencia de un trabajo mental que alumbrá en el momento preciso de la improvisacion, y que, por lo tanto, no puede menos de resentirse de los esfuerzos y dolores del alumbramiento: pero entonces, y solo entonces, es cuando se produce algo que tenga vida, que tenga nervio, que haga sentir; en lo que se distingue el orador del retórico.

Este último puede agradar por medio del lenguaje, mas nunca infundir animacion en los oyentes, en cuyo espíritu nada engendra, nada aviva con su bella peroracion; música agradable que complace por un instante los oidos sin dejar en pos de sí ni una impresion, ni un recuerdo: *sunt verba et voces, preterea nihil*.

El orador influye en la mente que le escucha, los sentimientos, las afecciones, las emociones y las ideas que en la suya se agitan; el alma atenta se regenera y se trasforma, porque el orador se ha apoderado de ella para modelarla á su imagen, y bien como Dios lo creó todo con la omnipotencia de su palabra, asi mismo el hombre elocuente lo anima todo con la suya, haciendo que los que le escuchan no vivan mas vida que la que le es propia, y no sienten si no lo que el siente y les quiere inspirar. Pero en ese caso, como siempre, la vida solo se trasmite mediante la gracia divina; inspiracion celeste, fuego sagrado, que inflama el pecho del orador: *pectus est*

quod disertum facit. Sin él las mas bellas frases no son otra cosa que sonoras campanadas, un címbalo retumbante.

Esa instruccion, que deben reunir cuantos se desentinan á hablar en público, consiste en un tesoro de ideas, de pensamientos, de conocimientos bien concebidos, estrechamente ligados y cultivados con esmero, de tal suerte, que en sus diferentes estudios, no admita el espíritu, mientras pueda, cosa alguna que no comprenda á fondo, ó que no se haya cuando menos apropiado hasta cierto punto, por medio de la meditacion. De este modo la ciencia se reduce extraordinariamente, ocupa breve espacio en el entendimiento y no sobrecarga la memoria. Es la esencia ó sustancia de las cosas reducida á su menor expresion, la cual encierra toda la fuerza, todo el valor de su virtud reconcentrada; es una gota de esencia de rosa, estraida de mil rosas, y henchida de todos los perfumes de estas reunidos; es la febrífuga potencia de un quintal de corteza de quina encerrada en algunos granos de quinina; es, en una palabra, la idea en su intelectualidad, en su pureza metafísica ante los hechos y la multiplicidad de imágenes, de que ha sido estraida, ó en que domina. Ved ahí lo que todavía no se comprende bastante en nuestros dias, en que tanto predominio se concede á la materia, en que se dá mas valor á la letra que al espíritu, de

manera que en la instruccion y en las cosas espirituales, como en todo lo demás, se prefiere la cantidad á la calidad.

Bajo el especioso pretesto de preparar temprano á los jóvenes para su futura profesion en la sociedad, y de formar de ellos lo que se llama *especialidades*, se les aplica desde la edad mas tierna á los fenómenos que ocupan los sentidos y la imaginacion sin escitar el pensamiento, y sobre todo, sin concentrar y recoger á este sobre si propio para enseñarle á conocerse, á dirigirse y á poseerse: lo que seguramente vale tanto como el conocimiento y la posesion de otra cosa, cualquiera que sea. Materializase cuanto cabe la enseñanza, sensualizando por consiguiente la educacion, y precipitándola en la senda que tanto se ocha hoy en cara á las bellas artes, esto es, en el naturalismo, en el realismo; búscase no mas que instruccion positiva, llamada profesional, es decir, que proporcione ganarse la vida; fórmase á los hombres con la sola mira de hacerlos aptos para explotar la tierra, y labrarse en ella una posicion confortante, olvidando que el hombre, el verdadero hombre es, como su pensamiento, una idea mas bien que un cuerpo ó una letra, letra y cuerpo que solo valen por la idea que les anima y que aquella debe espresar. Hoy se tiene miedo á lo ideal, ó mejor, se le desconoce, no se le aprecia en nada, porque la

realidad absorbe la atención de todos, porque se prefieren los deleites sensuales á las dulces fruiciones del alma.

He aquí por que las ciencias físicas y naturales cuyo objeto es el análisis de la materia, y las matemáticas que constituyen sus auxiliares, por que enseñan á medir lo que es commensurable, alcanzan hoy tantos honores. En ellas, en efecto, todo es positivo, materia, forma, letra, número, peso, medida; y como el fin de esos estudios no es otro que mejorar ó perfeccionar la vida terrenal, casi todos se apresuran á seguir este camino, con lo cual acaba el espíritu por ser el servidor ó mejor el esclavo del cuerpo.

En el día, cualquier ciencia que no corresponda directa ó indirectamente á una necesidad ó á un goce material, es decir, á algo positivo, que tal es la palabra favorita, es despreciado, infamado, ó por lo menos dado al olvido. Triste ejemplo es de ello la filosofía; bien que lo tenía merecido por sus errores y extravagancias en los últimos tiempos, lo que por otra parte le sucede siempre y cuando quiere darse ínfulas de independencia, y sacudirse la autoridad divina. Ejemplos son también la literatura, las bellas artes, todo cuanto tiende á humanizar á los hombres y á que ese ser divino, creado á imagen de Dios, prevalezca en ellos sobre la materia formada á imagen del mundo: cosas todas, aunque

grandes, relegadas como inútiles, ó poco importantes para las necesidades y la dicha de la actual sociedad. Tan solo la religión permanece todavía en pie, gracias á la inmutabilidad de su dogma y á la divinidad de su origen que la ponen al abrigo de las acechanzas de los hombres y de las mundanas vicisitudes. Sin la peña de la divina palabra, sin la piedra fundamental de la Iglesia, en que está la misma firmemente asentada, habríase la también humillado, naturalizado, materializado bajo el pretexto de una utilidad ó positivismo mas en armonía con las necesidades y las luces del siglo, y entonces, roto el último lazo que une al hombre con la divinidad, muerta y sepultada en el lodazal de este mundo la espiritualidad de nuestro ser, solo hubiera quedado á los hombres la esperanza del mas abyecto materialismo. Véase, sino, lo que ha sido de la religión, separada del catolicismo y de su autoridad divina, y se comprenderá hasta que punto salva aun hoy la iglesia al género humano de la degradación en cuya pendiente se arrastra. La iglesia es el postrer refugio de la libertad, de la dignidad del espíritu contra la fuerza material; fuera de ella, la enseñanza religiosa, sin fé ni regla alguna, se halla á merced de la humana sabiduría, y por consiguiente, bajo el poder temporal que la convierte en instrumento de su dominación ambiciosa.

Dispensémos en esta digresión escapada á un pecho

profundamente contristado por la relajacion de nuestros estudios, por la decadencia de nuestra educacion, que han de atraer sobre el siglo actual un nuevo género de barbarie, y volvamos al asunto de que estábamos ocupándonos, cual es, el fondo de conocimientos que debe atesorar el que se propone hablar en público.

En su consecuencia, diré á los jóvenes que lean estas páginas, si acaso las leyeren, ó por lo menos á cuantos se sientan inclinados por naturaleza al noble ejercicio de la palabra: «Amigos míos; procurad antes de hablar, que lo que trateis de decir os sea bien conocido, y para esto estudiad, estudiad mucho. Aplicaos ante todo con perseverancia á cuanto diga relacion con los estudios clásicos; y luego trabajad cada cual con ardor en el género hácia el que se sienta con vocacion. En cuanto estudiéis proceded con sólidez, concienzudamente; concentrad toda la inteligencia en el objeto que os proponéis conocer y no lo abandoneis hasta haberlo penetrado, dominado, poseído, á fin de comprenderlo, de concebirlo íntimamente, de abarcar su idea precisa para poder daros cuenta de él y comunicarlo con facilidad á los demás. Solo hay una época en la vida para adquirir, la de la juventud. Las abejas no salen á recoger su botín mas que en la estacion de las flores, para alimentarse despues con la cera y la miel que fabri-

can. En la edad juvenil, las facultades todas están admirablemente dispuestas para recibir y retener, y el espíritu se muestra ávido de todo cuanto ignora y le escita: siendo la mejor ocasion para hacer provisiones, para recoger la mies y entrojarse el trigo; mas tarde se aventan las gavillas, sepárase el grano de la paja, y muélese transformándolo en blanca y delicada harina que, amasada luego, dá un pan sabroso y nutritivo. Mas no puede haber pan, ni harina, ni grano, como no se haya antes recolectado y ¿quien pretende segar sin haber sembrado á su debido tiempo, si no se ha abierto y preparado convenientemente la tierra? Empanad pues, cuanto os sea posible el campo de vuestra inteligencia; cultivadlo, regadlo con vuestros sudores, para que la buena semilla prospere en él y fructifique, y segad animosamente en mitad de los ardores del dia, ó de vuestra vida, para llenar la troje de vuestro entendimiento. Y cuando tengais que alimentar á un pueblo hambriento del pan de la palabra os será fácil convertir en rico candel las espigas que tendreis á la mano, estrayendo una sustancia pura, amasada en vuestro espíritu con la levadura celeste, con cuyo divino formento podreis componer un pan espiritual, gustoso y alimenticio que bastará á nutrir el alma y la inteligencia de ese pueblo, como el pan material alimenta y restaura las fuerzas de su cuerpo.»

§. 2.º *Para hablar bien, es preciso aprender antes á pensar.*

Pasemos ya á las *disposiciones adquiridas*, propiamente llamadas, esto es, el arte de pensar y la manera de decir, que pueden aprenderse con el estudio y formarse por medio de un ejercicio bien dirigido.

Aunque la facultad de pensar es en nosotros innata, existe sin embargo un arte que enseña á hacer de un modo mas facil y seguro lo que por nuestra cualidad de entes racionales estamos espontáneamente inclinados á verificar. En todo cuanto opera voluntariamente el hombre tiene su parte la libertad, compañera inseparable de la inteligencia, manantial fecundo de todo progreso, de todo perfeccionamiento. El hombre aprende á pensar como aprende á hablar, á leer, á escribir, á cantar, á mover con gracia su cuerpo, en una palabra, á utilizarse de todas sus facultades morales y físicas.

Siendo la lógica la base del arte de pensar, se infiere que el orador debe conocer profundamente esta ciencia, no tanto en teórica como en el ejercicio constante de la misma; sin que le baste saber disertar sobre el origen y formación de las ideas, ni sobre las cuatro operaciones del pensamiento; puesto que no

es la didáctica lo que le hace falta, sino la práctica de la lógica; práctica viva y diestra á la par, que podrá únicamente adquirir á costa de multiplicados ejercicios, dirigidos por un pensador experimentado, por un artista del pensamiento que le enseñe á ejecutar con desembarazo, lo que él sabe y la experiencia aconseja.

En este particular echamos hasta cierto punto á menos el método silogístico desterrado no ha mucho de nuestra aulas, pues estamos en la convicción de que aplicado con oportunidad y dirigido con inteligencia, dá al espíritu cierta sutileza, cierta agilidad y lucidez, cierto vigor y decision que encontramos generalmente á faltar en nuestros modernos pensadores. Tal vez se pecaba entonces por un exceso de dialéctica que hacía áspero y pesado muchas veces el estilo, dándole como una apariencia de pedantismo; pero en cambio conociase el modo de proponer y tratar una cuestión, sabíase por donde combatirla, desarrollarla y resolverla, y el hilo del discurso, trazado siempre con toda claridad, guiaba recto á determinado fin, ó á una conclusion preventivamente enunciada. Hoy día se peca por ausencia ó falta de método; permanécese largo tiempo indeciso ó fluctuante en presencia del asunto, sin saber por que lado decentarlo, si es que se tiene clara y distinta conciencia de su estension y límites, lo cual lleva

consigo preparaciones interminables, prolegómonos difusos, y, en general, una confusa esposicion, un desenvolvimiento desordenado, sin un plan terminante ó decisivo. Pocos hay, ciertamente, en la actualidad que sepan pensar, es decir, plantear, dividir y esponer un asunto de manera que logre instruir é interesar á los oyentes ó lectores. Como respecto de todo, se tiene hoy horror á las reglas ú otras cortapisas, y se han llegado casi á levantar las barreras que contenian la actividad humana y la garantizaban, obligándola á ejercitarse en sendas conocidas: la libertad ha venido á parar en desórden, cada cual divaga á su antojo, y lejos de ganar en ello, piérdese gran parte de tiempo y esfuerzos en buscar el camino, que desde un principio se hallara indicado si quisiera aceptarse la disciplina y dejarse por ella conducir. Para pensar con libertad ó ser original en las concepciones, piensase casi á la ventura, tal como las ideas se presentan, si es que llegan á presentarse; consiguiendo así, frecuentemente, producir tan solo vaciedades, estravagancias y confusiones. Estamos en la época de la vaguedad, ó del poco mas poco menos; todos quieren hablar de todo, á la manera que cada cual pretende mezclarse en todo; resultando de ello que en medio de esa marea de pensamientos, palabras y acciones divergentes ó contradictorias, aturridos los entendimientos flotan

al azar, sin saber donde se dirigen, segun el viento que les impele ó la corriente que les arrastra.

Seria de desear, pues, que los que se destinan á hablar en público, siguiesen un curso de lógica antes práctico que teórico, de vigoroso ejercicio para el espíritu, en dividir y combinar las ideas por materias interesantes é instructivas. Estos ejercicios podrían ser orales ó escritos; ora tendria lugar una disertacion sobre un punto cualquiera de literatura, de moral ó de historia, habituándose á componer con órden y método, pues se indicarian al paso, las partes del discurso, las de la narracion, los medios de prueba, en una palabra, todo lo que coadyuva á tratar convenientemente un asunto; ora una discusion entre varios interlocutores, con todo el aparato, con todas las reglas severas de las conclusiones dialécticas, bajo la direccion del maestro, sin que se permitiera proceder ni concluir de otro modo que reduciendo el pensamiento á las formas de la argumetacion silogística, lo que hace algo próligo y aun pesado el discurso, pero enseña en cambio á desarrollarlo con firmeza, órden y claridad; otras veces la discusion podria ser improvisada, dando márgen á que despuntaran las superiores inteligencias, y á distinguirse los verdaderos talentos, aptos para apoderarse súbitamente de una idea, penetrarla, dividirla y esponerla. No faltarían para todas las posicio-

nes ó lésis, anáfitesis ú oposiciones, ni quien las sostuviese, pues toda materia tiene su pro y su contra. Así se aprendería á considerar las cosas bajo aspectos diferentes, y á no ceñirse en un solo punto de vista, ó en una opinion preconcebida. Mas esta gimnástica del pensamiento debiera dirigirla un profesor experimentado que no se dejase dominar por la forma, ni llevar dela rutina: bajo tales métodos de controversia y argumentacion se debiera pensar realmente, procurando que la letra del discurso no apagase su espíritu, como sucedía á menudo en las antiguas escuelas, por que en ese caso fuera todo cuestion de memoria, desapareciendo la vida de la inteligencia. Bien convencido estoy—y tengo hecho la prueba durante largos años en la facultad de Strasburgo, donde instituí estos ejercicios—que los jóvenes que de esta suerte se ocuparan por espacio de uno ó dos años en resolver muchas cuestiones y revolver muchas ideas, escribiendo y hablando para ello mucho, siempre con orden, con método, y bajo una buena direccion, llegarían á ser diestros pensadores, y si estuviesen dotados de elevada inteligencia, serian hombres fuertísimos por la palabra, por la accion, ó por una y otra á la vez, segun fuese su capacidad, su carácter y su naturaleza.

§. 3.º *De como puede aprenderse á decir bien.*

No basta, sin embargo, pensar con método para hablar bien, por mas que constituya una gran ventaja; es menester saber espresar ó decir, ó en otros términos, añadir la forma al fondo.

Es preciso pues, aprender á hablar como se aprende á pensar.

En este punto sirve la práctica mas que la teoría, y el egercicio diario mas que la didáctica. A la retórica corresponde enseñar el arte de hablar, esto es, á espresarse ó escribir con elegancia, así como á la gramática dar las reglas para hacerlo correctamente, siendo óbvio que ante todo deben conocerse y observarse esas reglas; mas la correccion no da gracia ni elegancia, que son las cualidades mas necesarias al orador; y ¿como se adquirirán?

Existe en primer lugar un fondo natural que no se adquiere sino que es debido solo á la naturaleza, de lo que nos ofrecen las mugeres un ejemplo tan comun como notable. La gracia de que están naturalmente dotadas se ostenta generalmente en su lenguaje, habiéndolas que hablan y aun que escriben admirablemente sin estudio alguno, solo por la inspiracion del sentimiento y de la pasion; bien que no debe perderse de vista su posicion mediana, el trato

que las cerea, y que forman como una atmósfera moral donde su inteligencia tan impresionable como abierta cuando no intenta reconcentrarse, absorbe con avidéz todas las influencias y recibe cierta especie de educacion y cultura espontáneas. Asi como las plantas, que encierran en sus gérmenes los ocultos tesoros de las flores mas brillantes y perfumadas, aspiran en el suelo á que están sujetas y en el aire que las circunda, las sustancias mas groseras y los mas sutiles fluidos, transformándolos y asimilándoselos maravillosamente; de la propia manera esas almas delicadas convierten en sustancia propia todo cuanto las mueve, las impresiona y nutre, manifestándolo por medio de cierto suave brillo, de cierta graciosa eflorescencia en sus movimientos, en sus acciones, en sus palabras, y en todo cuanto emana de su persona.

Las mujeres hablan naturalmente mejor que los hombres; espresanse con mas facilidad, con mas viveza é ingenuidad, por la razon que sienten mas rápida y delicadamente. De ahí la locuacidad que les echamos en cara, y que tan solo es efecto de su temperamento y de su organismo, y el que haya tantas mujeres que escriben agradablemente y hasta de una manera notable, con todo y no haber cursado retórica ni lógica y no conocer la gramática ni la ortografía. Escriben del mismo modo que

hablan, y hablan poco mas ó menos como cantan los pájaros, de cuyo canto tiene tambien los hechizos su lenguaje; á lo cual hay que añadir la dulzura de su órgano vocal, la flexibilidad de su acento, la variedad de sus entonaciones, segun el sentimiento que las anima, y, lo que coadyuva singularmente al efecto del discurso, la movilidad de su fisonomía, lo pintoresco de sus gestos y la gracia en fin de toda su exterioridad. Asi es que aunque por su sexo y posición natural y social no están llamadas á ser oradores, en sus relaciones y en el círculo de su actividad poseen toda la superioridad y alcanzan todo el triunfo á que aquellos pueden aspirar; por que nadie como ellas sabe persuadir, conmovir y seducir, en lo que consiste, á no dudarlo, el fin y la perfeccion de la elocuencia.

Fuerza es, pues, que los que quieren sobresalir en el arte de hablar aprendan por medio del estudio lo que tan naturalmente hacen la mayor parte de las mugeres; en cuyo particular tendrán menos trabajo y saldrán mas airosos los que mas se acerquen al temperamento femenino estando dotados de viva impresionabilidad.

No obstante, como el que habla en público debe espresar ideas mas elevadas, nociones generales y consideraciones mas profundas y vastas, que presuponen penetracion de inteligencia, madurez de pen-

samiento y fuerza de reflexion, cualidades muy raras en la muger, jamás podrá esponer tales cosas, producto de la abstraccion y meditacion, con aquella gracia espontánea del sentimiento y natural soltura. Es menester pues suplir con el arte lo que negó la naturaleza, y por medio de un asiduo trabajo, de ejercicios multiplicados hasta el infinito, suavizar el lenguaje, diciplinar, ductilizar la lengua, para convertirla en instrumento dócil y obediente al menor impulso de la voluntad, á la mas leve escitacion del pensamiento, y para que vierta sin esfuerzo abundante locucion que, siendo el mas sùtil producto del arte, parezca manar espontáneamente: bien como las aguas conducidas con grandes espensas y magnificencia de los rios á nuestras plazas públicas, diríase que brotan en estas por si mismas.

Por esto debe la palabra del orador adquirir á fuerza de trabajo y de arte, aun al tratarse de los asuntos mas abstractos, una marcha límpida y fácil, de que apenas parezca ocuparse mientras que no separa de ella su atencion, á fin de dar á luz las ideas que en su imaginacion se suceden, las imágenes que crea el pensamiento y las emociones que agitan su corazon.

Hé aqui el talento que es menester adquirir. *Fit fabricando faber*, dice el proverbio. Lo mismo puede decirse del obrero del pensamiento, del herrero de

la palabra. El hierro no se elabora sin batirlo mucho: tampoco se domina y ductiliza el lenguaje sin batirlo á menudo, ni se consigue poder hablar en público. No basta, no, aprender las reglas del estilo, los tropos y las figuras retóricas; es preciso saber usarlas, emplearlas y aplicarlas oportunamente, y esto solo puede aprenderse hablando y escribiendo con gran frecuencia bajo un director experimentado, y que sepa á su vez hablar y escribir: precepto y ejemplo son necesarios, y éste mas que aquel.

A los que tengan aptitud para hablar en público, nada les será tan provechoso como el escuchar á los que hablan bien, y adelantarán mas esforzándose por imitarlos, que con todas sus instrucciones. Del mismo modo que salidos por primera vez los pajarillos del nido materno, ensayan al principio su vuelo novicio animados por sus padres, guiados y sostenidos por estos, y solo se aventuran volviéndose hácia ellos la vista; asi los jóvenes que aprenden á escribir siguen á su maestro con confianza imitándole, y en sus primeros ensayos, caminan tímidamente sin separarse de las huellas de aquel, no atreviéndose á avanzar sino hasta donde se les acompaña, pero probando cada dia de ir un poco mas lejos arrebatados y como llevados por su guia. Es gran fortuna tener por maestro un hombre de talento: vale esto mas que todos los libros, pues ese maestro es un libro ani-

mado que nos comunica la vida á la par que la instrucción ; es una antorcha que enciende otra antorcha. Además, hay la inapreciable circunstancia de que á la autoridad oficial del maestro, que los jóvenes tienden siempre mas ó menos á poner en duda, se añade la supremacía del talento que en todo caso les domina, haciendo que reciban con placer los consejos y la dirección del hombre cuya superioridad reconocen: y bien es necesario todo esto para reprimir el orgullo de la juventud, para abatir ó disminuir cuando menos su presunción y confianza en sí mismos. Los jóvenes por lo general escuchan atentos al profesor que excita su admiración, y cifran su gloria en poder imitarle.

Yo tuve esta suerte, por la que he quedado siempre reconocido profundamente al Supremo hacedor que se dignó deparármelo, y al hombre ilustre que fué el instrumento de tal beneficio. Por espacio de cerca de cuatro años en el Liceo Carlo-Magno y en la escuela Normal he aprovechado diariamente las lecciones y ejemplos de M. Villemain, entonces casi tan joven como sus discípulos, y si se hablar y escribir regularmente, á nadie mas que á él, lo digo muy alto, después de Dios, lo debo.

§. 1.º Para hablar bien en público, es preciso ante todo saber escribir.

Jamás podremos hablar convenientemente en público si antes no nos hacemos dueños de nuestro pensamiento de manera que podamos descomponerlo en partes, analizarlo en sus elementos, recomponerlo después según fuere necesario, reducirlo y concentrarlo de nuevo por medio de la síntesis: análisis de la idea que la pone de manifiesto á los ojos del espíritu y que solo se alcanza á hacer bien escribiendo. La pluma es el escalpelo que disecciona los pensamientos; y únicamente al escribir es cuando se profundiza, cuando se logra percibir con verdadera lucidez todo cuanto en una concepción se encierra, dándonos de ella clara y propia objetividad; cuando comprendiéndonos, podemos hacernos comprender.

Preciso es, pues, comenzar por aprender á escribir para poder darnos exacta cuenta de nuestros pensamientos. Los que desde un principio no lo han aprendido hablan por lo común mal y difícilmente, á menos que estén dotados de esa malhadada facilidad mil veces peor que la hesitación ó el silencio, que anega el pensamiento en oleadas de palabras, en torrenciosa facundia que arrebatada la tierra buena no dejando mas que arena y cascajo en pos de sí. Presérvenos Dios

de semejantes inagotables habladores, como se encuentran por lo comun en las comarcas meridionales, que os inundan á proposito de todo y fuera de proposito, con la lluvia de sus discursos, con los charparrones de su elocuencia; sin un pensamiento generalmente razonable, deslizanse en tal clase de charlataneria todas las vulgaridades, todos los lugares comunes mas conocidos y manoseados. Estas gentes, que no se paran en toser para decir un discurso, y que á cada instante improvisan una arenga, una disertacion, ó una alocucion, son incapaces de componer una frase regular; y, vuelvo á repetirlo, salvo algunas notables escepciones, no puede saber hablar quien antes no haya aprendido á escribir.

Para esto, es menester escribir mucho, imitando siempre los mejores egemplos y bajo la direccion de buenos literatos, tal como se aprende á dibujar ó pintar con presencia de escelentes modelos y á beneficio de sabias amonestaciones. Hay en este trabajo escolar algo que trasciende á taller y su buena parte material ó mecánica, indispensable á todo literato, como lo es para el músico el lastimarse los dedos antes de poder ejecutar fácil é instantáneamente todos los movimientos necesarios para la produccion rápida de los sonidos, segun la estructura de cada instrumento; como lo es para el cantor el dominar los movimientos de su garganta á cuyo efecto voca-

liza sin descanso, hasta tanto que la voluntad alcanza á ejecutar sin esfuerzo las contracciones ó dilataciones de las fibras de la laringe, que modifican y amoldan la voz en todos sus grados y en todas sus inflexiones.

Del propio modo debe el futuro orador, por medio de largos estudios y frecuentes composiciones de estilo, volver y revolver las voces de su idioma, todas las construcciones de frases, todas las combinaciones de la palabra, de manera que esta llegue á transformarse en instrumento dócil y suave para la voluntad, y se preste sin resistencia al menor impulso del pensamiento.

Esto presenta poca dificultad tratándose de idiomas ricos en inversiones; pues puede cada frase constituirse de mil maneras y espresarse cada idea de muchos modos; lo cual ofrece grandes recursos para producirse, sino mejor, con mas desahogo. Mas, tocante á la lengua francesa, cuyo mérito principal consiste en la claridad, y que se habla siempre en sentido recto, esto es, lo mas lógicamente posible, lo cual constituye su gloria, puesto que el fin de todo idioma es transmitir el pensamiento, es mas difícil hablar bien, y sobre todo improvisar, en razon de que no hay mas que una sola manera de construir cada frase, de modo que en teniendo la desgracia de equivocarse al principio esta via directa y única, se

anda perdido en una vereda cegada, de la que no puede salirse sino rompiendo las barreras ó salvándose campos á través. Entonces se atasca uno y habla á la ventura; posicion enojosa tanto para el orador como para los que le están escuchando.

Preciso es, pues, que esté uno bien seguro de su instrumento, si es que ha de tañerlo ante el público de una manera agradable y sin confundirse. Asi como el violinista tiene el tacto de todas las distancias de la cuerda, y sus dedos caen precisamente sobre el punto que deben para formar un sonido ajustado, la inteligencia del orador debe caer con la misma precision sobre la voz propia que á cada parte del pensamiento corresponde, eligiendo la colocacion mas adecuada para esponer el desenvolvimiento de sus partes diferentes, junto con sus relaciones en la unidad de la frase y en el conjunto del discurso. Trabajo admirable, prodigioso por la prontitud y seguridad del discernimiento que pone en accion en el instante de improvisar, y por el gusto y tacto que presupone. En esto es en lo que mas se justifica, como de paso vamos á demostrarlo, la verdad y utilidad de los antiguos estudios literarios y del método que hasta nuestros dias se ha empleado; método que parece despreciarse ó cuando menos descuidarse en la actualidad, con gran perjuicio de la lógica y la elocuencia.

Redúcese el objeto de este método á escitar y desarrollar la inteligencia del niño por medio de la continua descomposicion y recomposicion del lenguaje, esto es, por medio de un egercicio incesante de análisis y síntesis, en el que, para hacerlo mas razonado y eficaz, toman parte á la vez dos idiomas estudiados simultaneamente, antiguo el uno y muerto, que por lo mismo no puede aprenderse de rutina, y el otro vivo y lo mas análogo posible al primero. En ese caso es preciso al discípulo darse explicacion de todas las voces de que uno y otro se componen y de sus relaciones en determinadas frases con objeto de establecer entre aquellas el mas firme paralelismo, la sinonimia mas exacta, reproduciendo en consecuencia con la posible fidelidad en una y otra lengua, una idea ó un pensamiento cualquiera.

De ahí los llamados témas y versiones, desespero de estudiantes perezosos, pero que sirven muy eficazmente para formar ó perfeccionar la lógica natural de nuestro entendimiento, y que ejecutados durante muchos años con inteligencia, son el mejor modo de iniciar la razon débil y novicia de los mismos en todas las operaciones del pensamiento; como quiera que este no pueda espresarse en definitiva mas que por palabras, ni trabajar y manifestarse sino valiéndose de los signos del lenguaje.

Los hombres superficiales ó *positivos* imaginan que

ese largo trabajo, que ocupa los mas preciosos años de la infancia, no lleva mas objeto que el de aprender el latin ó el griego, y esclaman, partiendo de tal supuesto, que semejante resultado no es bastante á indemnizar el tiempo y trabajo que en él se pierde, y que, idioma por idioma, mas cuenta tendria enseñar á los niños algunas lenguas modernas y habladas, que pudiesen serles de alguna utilidad en el curso de su vida. No dejarian de tener razon si en efecto no se tratase mas que de aquello; pues el ingles ó el aleman serian, á no dudarlo, mas útiles para los viajes, para la diplomacia, el comercio ó algo parecido.

Mas hay otro objeto que no se les alcanza, y es el principal: trátase de enseñar á pensar á hombres que deben trabajar un dia en la sociedad por medio del pensamiento; trátase de educar á los obreros de la inteligencia en las funciones intelectuales, del propio modo que á los aprendices ó peones se les instruye y forma para las funciones materiales y ejercicios mecánicos. Como se enseña á estos últimos á servirse de sus instrumentos, y para ello á conocerlos y manejarlos habilmente, asi debe enseñarse á los primeros á conocer los instrumentos de su profesion, los útiles de su oficio, á fin de que puedan servirse de ellos cuando les convenga; y el instrumento necesario, el útil indispensable al pensamiento es el language; razon por la que apesar de hablarse naturalmente y

casi sin poner en ello atencion, por el solo motivo de vivir en sociedad, con todo, si se quiere llegar á ser un hábil obrero de la palabra, como tambien del pensamiento, del propio modo que otros desean ser hábiles cerrageros ó albañiles, es menester instruirse en los rudimentos del arte, é iniciarse en las reglas y métodos que le hacen mas fácil y eficaz.

Tal es lo que se alcanza por medio del trabajo, en los idiomas objeto de los estudios clásicos. Las clases, desde la elemental á la de humanidades, forman un curso de lógica continuado por medio de la gramática comparada, y la única lógica de que la infancia es capaz: es el **noviciado mas fácil del pensamiento por medio de las palabras y á traves de las palabras**, que son sus signos sensibles. Ejercítase el niño de esta manera por espacio de muchos años en discernir la semejanza de las ideas por medio de las relaciones de unas voces con otras que se enseña á manejar de continuo, y al paso que se ejercita en la construccion de las frases, con presencia siempre de un pensamiento que es menester esplicar y espresar en sus menores detalles, **hábitúase al análisis y á la síntesis**, preludiando, á beneficio de las modestas funciones de la gramática, las mas elevadas operaciones de la ciencia, que en último resultado tampoco son otra cosa que la descomposicion y combinacion de las ideas.

¡Quién no comprenderá á primera vista la inmensa

destreza que consigue el espíritu por medio de esa perpetua comparacion de los términos y locuciones de dos lenguas una de las cuales debe acomodarse á la otra, y la sutileza y finura que el pensamiento adquiere cuando enfrente de una idea que es preciso transmitir se miden, se pesan continuamente las expresiones de uno y otro idioma comparándolos entre sí y con la idea, para decidir cual sabrá verterlo mejor!

No, no han de ser estériles los esfuerzos de esas jóvenes inteligencias que luchan de esta manera todos los dias con los pensamientos de los escritores mas distinguidos de la antigüedad, para comprenderlos y traducirlos. Como no reportarse gran beneficio de la participacion diaria de la elevada razon, de las ideas sublimes, del lenguaje distinguido de esos grandes y esquisitos talentos! ¡Qué fruto no ha de dar de semejante comercio, y cuanto no ha de ganar la inteligencia en tan escogida sociedad y en esta cohabitacion por decirlo así cotidiana!

Luego, que felicidad la de encontrar un término equivalente, la de haber trasladado al idioma pátrio lo que con la misma energia ó delicadeza há dicho en el suyo un autor esclarecido! ¡Que ventaja tan grande la que resulta de semejante coalicion entre las expresiones en donde centellea á menudo el brillo de las ideas; de semejante lucha, desigual sin duda

pero llena de noble emulacion, entre el joven que ensaya la naciente fuerza de su pensamiento y el genio superior cuyas obras iluminan y guian la humanidad!

Y en fin, en lo que hace mas particularmente relacion á nuestro propósito, cuanta facilidad en la palabra, cuanta aptitud para la improvisacion no ha de dar esa costumbre contraida desde la infancia de manejar la frase en todos sentidos hasta dar con la construccion mas perfecta; de combinar sus términos de mil maneras diferentes para darles el orden mas conveniente á la manifestacion del pensamiento; de corregirla en todas sus partes, borrando toda aspereza y suavizando el enlace de ellas; de escogitar las mejores voces, á fin de darles unidad, medida y armonía, y cierta cadencia que la haga tan agradable al oido cuando se la pronuncia, como luminosa es al espíritu que la medita!

No, jamás podrá formarse de otro modo á los artistas de la palabra, y si tal se intentare, como al parecer se pretende hoy dia, en lugar de artistas tendríamos meros operarios. Los medios deben ser siempre proporcionados al fin: si quereis formar oradores, enseñadles á hablar; y esto no podrá alcanzarse de otro modo que como se ha hecho hasta aqui. Todos los grandes oradores de los siglos XVII y XVIII se formaron de esta suerte, sin que haya habido en el mundo, que sepamos, escritores mas distinguidos, ni

se haya sobrepujado esa gloria peculiar á la nacion francesa. Renúnciese, en buen hora, á ese esplendor de la civilizacion, á esa magnífica eflorescencia del espíritu por medio de la poesía, las bellas letras y la elocuencia, que fueron siempre el mas brillante florón de la corona que ha ceñido la humanidad sobre la tierra, su mas bella aureola; renúnciese á ella por el afán de conquistar, por las riquezas de la industria y del comercio, muy admirables tambien sin duda, pero que en último resultado sirven mas al cuerpo que al alma; acaso entonces seremos mas sabios en lo que concierne á la materia, y seguramente mas ricos, tendremos mayores medios de ganar y de perder dinero, y de gozar de esta vida mundana; de usarla en consecuencia y de degradarla tal vez; pero seremos mas venturosos? Lo pongo en duda; ¿seremos mejores? es mas dudoso todavía: pero no lo es que la vida de la sociedad humana ó la civilizacion por dorada que parezca, perderá su belleza, nobleza y gloria.

Otro ejercicio hay que contribuye singularmente á facilitar el lenguaje y perfeccionar su forma; tal es el de aprender de memoria los mejores pasajes de los grandes escritores, particularmente de los poetas mas armoniosos, de suerte que puedan recitarse de golpe y en las ocasiones menos ocupadas, como por ejemplo durante los paseos solitarios, en que tan

facilmente se inclina el espíritu á divagar. Semejante ejercicio, al alcance de todas las clases, es útil sobre todo al retórico y durante los bellos años de la adolescencia. A esta edad es fácil y agradable; y el que aspire al arte de la palabra no debe desatenderlo.

Además de comunicar al espíritu toda clase de pensamientos preciosos bien espresados y encadenados, lo cual constituye su alimento, su riqueza y su desarrollo, tiene tambien la ventaja de llenar el entendimiento de imágenes graciosas, de acostumbrar el oído al ritmo y número del periodo, de darle el sentido armonioso de la palabra que tiene tambien su música, de manera que las ideas, aun las mas abstractas, entran con mayor facilidad en el espíritu penetrando en él mas profundamente, espresadas de una manera agradable. Con la continuacion de leer y recitar los bellos versos de Corneille y de Racine, las frases magestuosas y rotundas de Bossuet, la prosa tan armoniosa y cadenciosa de Fenelon y Massillon, llega á formarse poco á poco y sin esfuerzo, un lenguaje que parece aproximarse á aquél, imítase instintivamente el estilo de los escritores, por la natural atraccion de lo bello y la inclinacion á reproducir lo que á uno le agrada, acabando despues de repetir semejante ejercicio diariamente y durante años enteros, por adquirir un gusto refinado para las bellezas del lenguaje y matices del estilo; tal como el

paladar habituado á los sabores de los platos mas exquisitos no puede sufrir ya los groseros. Mas lo que presenta inconveniente para el gusto físico, por lo menos en determinadas circunstancias, es siempre ventajoso para el gusto literario que debe alimentarse, como la abeja, de las partes mas aromáticas de las flores para componer una miel sabrosa y perfumada.

Por medio de ese ejercicio, se prepara además en la parte imaginativa del entendimiento cierta capacidad para la forma oratoria, para la composicion de la frase, que á nada puede compararse mejor que á un molde esmeradamente preparado y cubierto de adornos delicados, de variados dibujos, en donde el chorro del pensamiento, saliendo lleno de vida y ardor de una alma fogosa, en el calor del discurso ó de la composicion, se estiende, y fija modelándose, asi como el metal en fusion se convierte repentinamente en una preciosa estátua.

Del propio modo la frase oratoria debe fundirse en una sola pieza, en un solo acto, á fin de que presente una bella unidad, una unidad animada. Mas para esto se hace preciso un buen molde, y el jóven orador que debe, por otra parte, haber recibido de la naturaleza el poder artístico, no puede formárselo sino con el ausilio é imitacion de los grandes mode-

los. Solo hay en esto una escepcion; la del verdadero genio: pero el genio es raro.

Los mejores profesores de retórica, los verdaderamente artistas de la palabra que quieren formarlos á su imágen, recomiendan y emplean mucho semejante ejercicio, á que cuesta acostumbrarse algunas veces, pero cuyos frutos recompensan prodigamente el trabajo que exige. Por otra parte hay un medio muy fácil de aminorar su fatiga, y consiste en leer y aprender las páginas selectas de nuestros grandes autores, de paseo bajo las enramadas de un jardin ó en medio de una rica campiña, y cuando la naturaleza se presenta con mas esplendor. Recítanse entonces en alta voz en el seno de esta bella naturaleza cuyas impresiones vienen deliciosamente á mezclarse á las de la poesía y de la elocuencia. No hay jóven, por poco talento y gusto literario que tenga, que no haya experimentado lo que estamos apuntando. En la primavera de la vida se reciben con encanto particular las impresiones que la primavera de la naturaleza ofrece, y la exhuberancia de esta nueva vida en una alma jóven que aprende á pensar, á pintar y á cantar, se enlaza admirablemente y como por una simpatía instintiva á esa magnificencia de la vida del mundo que la rodea, cuya fecunda virtud escita su genio al mismo tiempo que cautiva sus sentidos por medio de las emociones mas

delicadas, enriqueciendo su imaginacion con variados cuadros y esplendentes colores.

Luego—y esto es privilegio de la juventud, la cual tiene sus ventajas como sus inconvenientes—jamás se saborea mejor, esto es, con mas delicia y amor, la poesía y la elocuencia, que en esa edad, en la auro-
ra de la vida del alma, con las primicias del entendimiento, con la virginidad del corazon, y en el primer destello de lo ideal, que aparece en el horizonte de la inteligencia como un sol naciente que empieza á colorarlo todo iluminándolo con la esplendente luz de sus rayos. La belleza intelectual y la belleza fisica se armonizan de un modo admirable, realizándose y poniéndose mutuamente en relieve; ó mejor no se siente, no se comprende lo bello sensible sino por el reflejo del bello moral, por la luz de la idea que brota del espíritu iluminando y cambiando las formas y la vida de la naturaleza: como la naturaleza por su parte al recibir armoniosamente el destello del pensamiento divino lo refringe en sus prismas con magnificencia, multiplicando sus luces al reflejarlas.

He aqui lo que el jóven orador, ó el que tiene facultades para llegar á serlo, sentirá, experimentará segun su carácter y organizacion, cuando haga repetir á los ecos de una bella naturaleza, los mas hermosos acentos de la elocuencia ó del humano pensa-

miento; y al tiempo mismo que los grava profundamente en su memoria, mediante el auxilio de los lugares donde los aprende, que avivarán sus recuerdos, facilitándolos mas tarde, conseguirá inspirarse inadvertidamente en una segunda vida, la mas pura, la mas gloriosa de la humanidad; de esta grande vida de la naturaleza, idea de Dios estendida por la creacion. Y entrambas vidas, la del hombre y la de cuanto le rodea, dimanadas de un solo origen al que han de tornar, enlazadas sin confundirse, que nutren y alimentan su propia vida, la de la inteligencia y la de su alma, harán que brote un dia de su pecho, de su corazon de poeta ó de orador, un raudal de elocuencia ó de poesía que alcance inmortalidad.



CAPITULO CUARTO.

DE LAS DISPOSICIONES FÍSICAS DEL ORADOR, NATURALES Y ADQUIRIDAS.

Tener ideas y saber espresarlas convenientemente no basta al orador, ni el saber dar á cada frase elegante giro y verter la abundancia del lenguaje en la forma de un período nutrido y sonoro; necesita ademas saber articular las palabras, pronunciar y decir el discurso: necesita oportunidad en la voz y en el gesto, ó sea la accion oratoria, de eficacia inmensa para el éxito de la elocuencia, en la cual, como en todo, la naturaleza tiene gran parte, sin que el arte deje de servir mucho. Tambien aqui existe, pues, una predisposicion natural que desenvolver, y una habilidad que adquirir.

§. 1.º *De la voz.*

La voz, con todos los órganos que coadyuvan á producirla y modificarla, es el instrumento principal para el orador, dependiendo en primer lugar y esen-

cialmente su calidad, de la conformacion del pecho, de la laringe y de la boca. Poco poder tiene el arte para mejorar esta conformacion; puede mucho, sí, para facilitar y modificar los movimientos orgánicos, por lo que hace á la respiracion, á la emision de la voz y á la pronunciacion: lo cual debe ser objeto de especial estudio.

Es de la mayor importancia, lo mismo para la palabra que para el canto, saber emitir y economizar el aliento de suerte que se pueda dar salida á prolongados sonidos y decir un período completo sin perder la respiracion, y sin cortar una frase armonizada ó una tirada por la absorcion de aire, necesaria para los desfallecidos pulmones, pero que constituye una especie de hiato ó suspension desagradable.

Importa asimismo precaverse de hablar con mucha rapidez, en voz muy alta, ó con gran animacion en el principio; porque, esforzando la voz al debutar, pierde uno el aliento, se desgañita, enronquece, y ya no es posible adelantar sino á beneficio de repetidos esfuerzos que asi fatigan al orador como al auditorio.

Tales precauciones, en apariencia fútiles, y con tododegran importancia en la práctica, por medio del trabajo, del ejercicio, de la esperiencia propia es como mejor se aprenden; mas no deja de ser útil el

aviso ó consejo, fruto de agena experiencia; asi que producirá buenos resultados el recitar frecuentemente en alta voz bajo la direccion del maestro en el arte declamatorio.

Desatiéndese sobrado estas advertencias, llegando tal vez á olvidarlas del todo, en las clases de retórica, de literatura y en los seminarios, donde, sin embargo, debieran formarse los oradores. Hoy dia tan solo los actores se ocupan de dichos puntos con formalidad, motivo por el cual tanto escasean los hombres, en las profesiones liberales, que sepan decir ó recitar bien un discurso.

Los antiguos nos llevaban en esto gran ventaja, pues daban mucha mayor importancia á la accion oratoria, como tenemos ocasion de verlo en los tratados de Ciceron y de Quintiliano: formaba en su sentir la mitad de la elocuencia, y para Demóstenes, segun se dice, la cualidad principal del orador. Tal vez acerca de ella caían en la exageracion, efecto en todo caso de que sus discursos tenían lugar ante la multitud, cuyos sentidos y pasiones importaba mover y escitar, sobre lo cual tenía el brio y esplendor de la voz gran influencia; pero nosotros caemos en el extremo opuesto, no sabiendo frecuentemente nuestros oradores mas distinguidos decir ni aun medianamente sus discursos. Tan poco acostumbrados estamos á las bellas formas y mane-

ras nobles é imponentes, que nos pasma el dar con quien las posee: orador hay que no debe su nombradía y reputacion mas que al goce de esas ventajas. Pero no basta tenerlas; poco ha conseguido quien cubre pensamientos ordinarios y un lenguaje mas sonoro que nutrido bajo un modo de decir y unas maneras elegantes ó aun espléndidas; vicio harto fácil de conocer por la simple lectura de esas arengas que tanto efecto produjeron al pronunciarse, pues nada se encuentra en ellas de lo que se habia experimentado escuchándolas, una vez asentadas, tibias todavía, por decirlo asi, en el papel por medio del arte del traquigrafo: fáltales el prestigio de la accion oratoria.

Proviene sobre todo las modulaciones de la voz, de los movimientos de la laringe, que la produce y modifica casi hasta el infinito dilatándose y contrayéndose. Lo primero que se ofrece es, pues, la conformacion de la laringe, con sus músculos, sus cartilagos, sus membranas y sus cuerdas, que son á la produccion de la voz lo que las circunvalaciones del cerebro son con toda probabilidad á la formacion del pensamiento. Mas en esto como en aquello, las relaciones de los órganos con los efectos producidos nos escapan por completo, y bien que sin cesar nos utilizemos del instrumento, en ninguna manera se nos alcanza el porqué de sus operaciones: por el solo uso,

despues de esperimentos á menudo repetidos, aprendemos á usarlos con mas facilidad, con mas energía, siendo nuestra habilidad en cuanto á esto puramente empírica.

Las investigaciones de la mas sutil anatomía han sido en este punto infructuosas. No podemos sentar sino que cada voz tiene un timbre natural, que la hace de bajo, de tiple ó intermedia, con sus respectivos matices. La voz media, ó de tenor, es la mas favorable para un discurso, la que mejor se sostiene y la que alcanza á mayor distancia si va acompañada de buena articulacion; al paso que es la mas agradable, la mas cariñosa y rica en recursos por sus inflexiones, pues hallándose en mitad de la escala, sube y baja con mas facilidad, esparciéndose mejor por todos lados; y pudiendo disponer de mayor número de inflexiones, no cae en la monotonía de la recitacion y despierta la atencion del oyente que con tanta facilidad se adormece.

La voz de tiple, clarísima al principio, propende á hacerse chillona: se agría conforme adelanta, y acaba por ser voz de falsete ó gangosa. Mucho talento, gran vivacidad de pensamiento, en el lenguaje y el modo de decir se requiere, para compensar ó redimir tal desventaja: bien que uno de los oradores mas distinguidos del dia lo haya conseguido, logrando hacerse escuchar horas enteras á despecho de su

voz endeble y estridente; verdadero triunfo del espíritu sobre la materia.

La de bajo sube con dificultad y tiende incesantemente á bajar; grave y magestuosa en el comienzo, se oscurece y convierte en monótona. Algunas de sus cuerdas son magníficas, pero si ha de durar largo tiempo, produce con frecuencia el efecto de un bordon, es decir, fatiga y con sus sonidos confusos adormece. ¡Que no sucederá, por lo mismo, si la voz es gruesa, violenta, despedida con estrépito! Desgarra el tímpano si resuena dentro de pequeña nave, y si estalla en una grande, que por lo comun tienen eco, las ondas sonoras repercutidas en uno y otro extremo se mezclan entre sí, caso de que el orador hable con viveza, de lo que resulta una confusion que ensordece, una especie de caos acústivo.

Gozará pues ventaja el orador cuya voz fuere intermedia, toda vez que esta posee mayores medios de espresion á beneficio de sus numerosas inflexiones. Compréndese que por medio de multiplicados ejercicios, de frecuentes recitaciones desempeñadas con inteligencia bajo una direccion hábil, se puede dominar estas inflexiones, producirlas á voluntad, subir y bajar cuando se habla, lo mismo que en el canto, por grados ó bruscamente de un tono á otro, aun los mas apartados, en razon del sentimiento, del pensamiento ó del movimiento del ánimo. Entre los

actos de la vida espiritual y los de los órganos que les secundan hay natural correspondencia, innata analogía, en virtud de la constitucion del hombre, que consiste en la union del alma á un cuerpo; y por esto las impresiones todas, las agitaciones, los temblores, las agonias del corazon, movido por los afectos y la pasion, ni mas ni menos que los mas sùtiles actos, las mas delicadas operaciones del entendimiento, todas las modificaciones de la vida moral, requieren cierto tono, cierto acento en la voz, de la misma manera que requieren cierto signo del lenguaje, cierta armonía, cierto paralelismo entre la vida física y sus medios de espresion.

Sea como quiera, y llámese la voz por su timbre, de bajo, tenor ó soprano, lo que mas cautiva á los oyentes, lo que seduce y conserva mejor su atencion es lo que puede llamarse una *voz simpática*, que no podremos decir en que consiste, pero que está claramente caracterizada por el don de hacerse escuchar. Es esa simpatía cierto poder de atraccion que se enseñoera de los ánimos del auditorio; es cierta secreta virtud escondida en el habla, que de improviso, ó paulatinamente, penetra á través del oido hasta el corazon de cuantos escuchan, los encanta y mantiene bajo esta misma impresion, por manera que están dispuestos no solo á escuchar, si que tambien á admitir lo que oyen, á recibirlo confiadamente; es

cierta magia que inspira afeccion para aquel que está hablando y coloca instintivamente á su lado á los que le escuchan, de suerte que su palabra encuentra en el ánimo de éstos un eco que repite cuanto él dice, reproduciéndolo con facilidad en el corazon y entendimiento.

La voz simpática es de gran influencia para el éxito del discurso, y por otra parte el mejor, el mas insinuante exordio. Un orador conozco que posee, entre otras cualidades, la de que me ocupo, quien, cada vez que sube al pùlpito, produce impresion profunda á causa de la austeridad de su semblante y de los primeros sonidos de su voz.

¿De que proviene tal cualidad, de casi imposible adquisicion por medio del arte? Primeramente, sin duda, de la natural constitucion del órgano vocal, como en el canto; luego, del alma y pensamiento del orador en razon del sentimiento que le anima, y de lo que se esfuerza para espresar lo que siente y comunicarlo á los demás. Algo simpático hay en la manifestacion viva y sincera de una afeccion cualquiera, y cuando el oyente ve al orador presa de la emocion, esta emocion penetra en él como en virtud de contagio y siente con el orador y como el orador, viniendo á ser dos cuerdas que vibran al unisono. O tambien, si á su vista se espone claramente una verdad, con buen órden y con ardor, si aquel que ha-

bla demuestra comprender ó sentir lo que dice, los oyentes, iluminados súbitamente y partícipes de una misma luz, prestan á aquello su aquiescencia, y reciben gozosos la palabra. En tales casos, el poder de la convicción anima, vivifica, transfigura la voz, y la hace á un tiempo agradable y eficaz, resultado de la espresion, bien asi como una alma bella, ó un talento distinguido, realzan y hermocean un rostro comun y hasta feo. El medio mas á propósito, pues, para comunicar á la voz ese poder simpático, aun cuando naturalmente no se posea, consiste en espresarse con alma, y por consiguiente en verter enérgicamente todo lo que se diga, á fin de que lo sientan los demás; consiste en ser muy benévolo, muy caritativo y gustar de aplicar y manifestar esta benevolencia y esta caridad. Nada como la bondad del alma hace simpática la voz.

En este particular son inútiles los preceptos del arte. Es imposible enseñar á conmoverse, á sentir vivamente, á espresarse con ardor y persuasion; esto es obra del *pectus*, por lo mismo el *pectus* es el que hace al orador; *pectus est quod disertum facit*. Tal es el motivo de que, sin dejar de admitir lo que puedan el arte y la enseñanza para dulcificar la voz, para disciplinarla, para hacerla obediente, fácil, susceptible de pasar por todos los grados de la inflexion y de adoptarse á cualquier tono; sin dejar de recomen-

dar á los que quieran hablar en público este asíduo ejercicio para perfeccionar su instrumento, de la misma manera que un cantor hábil ó un actor práctico; les hemos de recordar, con todo, que el instrumento mejor preparado es impotente, muerto, sin el auxilio de un alma que le anime, mientras que sin cultura alguna, ni preparacion, sin esta gimnástica, ó especie de educacion de los órganos vocales, cualquiera que se lance á hablar en público movido por el sentimiento, por la pasion, por la convicción, dará naturalmente con el tono, las inflexiones y todas las modulaciones de la voz, que mejor han de responder á lo que pretende decir. La fuerza de la naturaleza estallará en él espontáneamente, fuerza que debilita ó aniquila á veces el arte, porque el arte es útil á los recitadores, á los oradores *de memoria* y á los actores, quienes pueden sin duda conseguir gran éxito por la ilusion de lo natural, pero al fin y al cabo no producen mas que ilusion, algo parecido á lo natural, no exento del artificio; luego valdrá mas indudablemente la naturalidad por si sola.

Por esto todo discurso improvisado, siendo lo que debe ser, tiene mas eficacia, mas penetracion que otro recitado; muestra menos artificio, y la voz, impresionada y conmovida en aquel mismo instante con lo que el orador experimenta, halla naturalmente el

tono que le conviene, las mas adecuadas inflexiones y la mas oportuna espresion.

§. 2. *De la pronunciacion.*

Cualidad de la mayor importancia es la pronunciacion para hacerse oír y por consiguiente escuchar: ella determina la voz, ó las vocales, con motivo de la modificacion que les imprimen las consonantes; ella hace de las mismas, sílabas que enlaza entre sí por medio de la articulacion, lo cual nos da palabras; y el encadenamiento de las palabras forman el lenguaje que se llama *articulado*.

Organizado el hombre para que pueda hablar, habla naturalmente el idioma que oye y del modo que lo oye. Su pronunciacion, meramente instintiva y de iniciativa, depende de la estructura de los órganos vocales y del modo como pronuncian los que le rodean: la naturaleza es, pues, quien alcanza la mejor parte; mas no deja el arte de tener en ello algun valimiento, para corregir ó disminuir defectos orgánicos ó hábitos viciosos, para desarrollar y perfeccionar felices disposiciones. Demóstenes, el orador mas grande de la antigüedad, cuyo nombre se ha conservado como símbolo de la elocuencia, es de ello un notable ejemplo. Nadie ignora el embarazo de que adolecia su pronuncia, embarazo próximo del

tartamudeo, y que consiguió sobreponerse á él declamando con frecuencia á la orilla del mar con piedrecitas en la boca: estas piedrecitas le ponian en el caso de tener que redoblar sus esfuerzos para vencer la resistencia del órgano rebelde, y el ruido de las olas, rompiendo contra la orilla, al paso que le obligaba á pronunciar mas distintamente y á arreciar la voz para oírse él mismo, le acostumbraba al tumulto, mas ensordecedor aun, de la poderosa voz del pueblo en la plaza pública.

Los profesores de declamacion insisten fundadamente una y otra vez sobre la manera de pronunciar; pues para que el órgano se forme y adquiriera soltura en hacerlo distinta y agradablemente, no son necesarios pocos ejercicios guiados por hábil disciplina y que una el ejemplo á los preceptos.

Porque en primer lugar hay que fijarse en el modo de emitir la voz, que importa saber elevar y descender al traves de todos los grados de su fuerza; y aumentarla ó disminuirla, esforzarla ó suavizarla segun las circunstancias, y siempre de modo que solo produzca sonidos acompasados agradables al oído.

En seguida hay que atender á la articulacion, que debe ser limpia, clara, muy distinta, todo sin exageracion, para que no adquiriera pesadez, dureza, y ese martilleo que desgarrá el oído.

Luego es preciso observar la prosodia del idioma,

marcar las largas y breves, como se marcan en el canto las corcheas, semicorcheas y fusas; lo cual comunica á las frases variedad, movimiento y medida. Una frase hablada ó escrita es susceptible rigurosamente de ser puesta en música, así que el discurso en general adquiere espresion y encanto, si la voz del orador obedece á esa observacion.

Viene en seguida la acentuacion, que marca el tono dominante en cada frase, y aun en cada palabra la sílaba sobre la cual se debe apoyar. Poco puede el arte en este punto, en particular por lo que hace á la dicion de las palabras; pero el acento de la frase lo modula sobre todo la vibracion del alma, lo enternecen el deseo, el sentimiento y la conviccion.

Y ofrécese finalmente el movimiento en el decir, que, á la manera del ritmo en música, debe acomodarse á lo que se quiere espresar, ora grave, lento, sotemne; ora ligero, rápido, refrenado; acelerándose ó deteniéndose, esforzándose ó atenuándose segun las ocasiones, estallando tal cual vez con vehemencia, precipitándose como un torrente, y otras veces deslizándose suave, límpido como un riachuelo, ó deramándose gota á gota, bien así como el agua filtra en el silencio, acabando por llenar el vaso que la recibe, ó por gastar la piedra sobre que cae.

Descúbrese en la voz hablada infinidad de relaciones, de primores, lo propio que en el canto, cuyos

efectos debe por hábito conocer instintivamente el orador, lo cual presupone cierto gusto, cierto tacto particular, que el arte podrá perfeccionar pero no producir. Importa por lo mismo estar sobre sí acerca de este punto, como acerca de muchos otros, para no malear la naturaleza con la ciencia, al tratar de perfeccionarla. Pueden las lecciones escolares dar cierta soltura en la declamacion; pero jamás infiltran el sagrado fuego, vivificador de la palabra, ni el vivo sentimiento tan delicado, tan preciso de una alma conmovida ó apasionada, de un espíritu convencido, que echan mano instántaneamente de las espresiones y de la voz mas apropiadas.

Los profesores de declamacion y del arte de decir se parecen un tanto generalmente al profesor de filosofía de Mr. Jourdain, que le enseñaba á hacer mal y dificilmente lo que naturalmente hacia bastante bien. Todos empezamos por hablar en prosa sin saberlo, y no es ciertamente de las peores; que es lo que acontece respecto del modo de decir el discurso, de la pronunciacion, la acentuacion, y el manejo general de la palabra; pues los mejores guías en tales cosas son la naturaleza y la inspiracion del momento, y el ejemplo la mas provechosa enseñanza. Quien tenga disposicion para la elocuencia, aprenderá á hablar con solo oír hablar bien. Los oradores son sobre todo los que forman á los oradores.

§. 3. *De la accion oratoria.*

Compréndense especialmente bajo este título los movimientos de la fisonomía, el continente y las maneras del cuerpo y sobre todo los ademanes: tres cosas que acompañan naturalmente al habla y coadyuvan muy mucho á su espresion. Tambien en ello tiene la mejor parte la naturaleza; pero la eficacia del arte no es mala, con especialidad en lo que dice al continente del cuerpo y al accionado.

Para formar idea de cuanto realce dá á las palabras de un orador su fisonomía, basta fijar la atencion en la necesidad de verle que se experimenta, aun en los casos en que se le oye perfectamente. No solo estan dirigidos hácia el orador todos los oidos, si que tambien todos los ojos; por la razon de que el rostro, y sobre todo su mirada es el espejo del alma del hombre; de que lanza rayos de luz que iluminan el discurso; y he aquí porque es tan de lamentar que Bourdaloue hablase con los ojos cerrados. Otro de los inconvenientes del recitar consiste en que apaga, debilita ú oscurece la antorcha del discurso.

Añádanse las rápidas contracciones y dilataciones de los músculos faciales, que á cada punto cambian las facciones y renuevan la fisonomía, formando en el rostro una especie de cuadro análogo al sentimiento

ó idea del orador; los signos de terror ó de gozo, de desconsuelo ó de esperanza, de intranquilidad de ánimo ó de serenidad, de borrasca ó de placidez, cosas todas que unas tras otras surcan y agitan el rostro, como la mar conmovida por los vientos, y que tanto movimiento, tanta vida comunican á la fisonomía, que esta viene á formar una segunda esplicacion que dobla la energía de la elocuencia: recursos que debe aprovechar cuidadosamente el orador, pues son de gran valía para con las masas á las que cautivan y seducen. Y el modo de sacar de ellas el mejor partido es con la naturalidad; y el método mas escelente, el método único que acerca de su uso le interesa seguir, es el de apoderarse con viveza, adquirir perfecta conciencia de lo que debe decir ó describir, y hablar luego muy sinceramente, si bien con el ardor de su conviccion ó de su sentimiento. Entonces el rostro desempeñará por si solo su cometido; porque, así como los variados movimientos de la fisonomía se producen con espontaneidad en razon del sentimiento que las origina, cuando realmente está conmovido é impresionado el orador, el rostro se emociona naturalmente con la palabra, como la palabra con el alma; sirviendo de poco en tal circunstancia el concurso del arte.

No se olvide, en efecto, que el orador no es un actor. Este representa un personaje ficticio; colócase

en el lugar de otro; así es que debe entrar á fuerza de arte, en la situacion que representa, no pudiendo, impresionarse, conmovirse, sino por medio del estudio de su modelo y de la meditacion de su papel. Debe acomodar la voz lo mismo que el rostro, necesitando grande habilidad y estensa práctica para imitar con las inflexiones de la voz y movimiento de la fisonomía todo lo que dá la naturaleza á la pasion real y espontánea. En una palabra, el actor debe contrahacerse moral y físicamente, motivo de que aun en los casos con que está mejor, en que parece identificarse con lo que representa, como en verdad nada siente, no hace sentir; y esto tratando de los mejores actores; pues al fin y al cabo su accion no pasa de ser una *mueca*. Y de ahí proviene el vicio y desfavor de esta profesion, que sin embargo exige tanto talento y estudio; parece tener algo de ruín eso de decir lo que no se piensa, y manifestar lo que no se siente.

Por el contrario, el orador, en virtud de la posicion, y á menos que consienta el abogar por la mentira, se halla siempre en medio de la verdad: tócale sentir y pensar cuanto diga, y puede por consiguierte dejar que sus ojos y rostros hablen naturalmente. No bien estará conmovida, ardiente, su alma se expresará iustantáneamente por medio de la cara ni mas ni menos que con el resto del cuerpo, produ-

ciendo tanto mayor efecto el juego de la fisonomía cuanto sea mas espontáneo y natural.

No acontece lo propio, ó en el mismo grado por lo menos, respecto del continente y maneras. Sin duda que el cuerpo y los miembros del que habla, animados por el alma que se espresa con calor, representarán, hasta cierto punto y sin esfuerzo con sus movimientos exteriores, los movimientos interiores del alma; pero en este punto la maquinaria, si es lícito hablar así, es mas complicada, mas pesada, mas embarazosa, porque en él domina la materia. No es cosa fácil mover holgada; elegantemente todo el cuerpo, y sobre todo los brazos que son los órganos mas movibles y visibles. ¡Cuántos hay que hablan bastante bien, y no saben menear oportunamente brazos y manos, ó cuyas acititudes de cabeza son desagradables ó no guardan concordancia con lo que están diciendo! Por esta parte del accionado se echa de conocer, mas que por ninguna otra, la inespriencia ó embarazo de los oradores; y eso, que la torpeza ó inconveniente del accionado, la trivialidad la afectacion en las maneras basta para malograr el efecto del mejor discurso.

Conviene pues adquirir preventivamente buenos hábitos acerca de este punto, con objeto de que el cuerpo, acostumbrado desde largo tiempo á obedecer al impulso de la palabra, á andar acorde con sus

inspiraciones, opera con espontaneidad y gracia los movimientos mas espresivos, toma por sí mismo las mas convenientes aclitudes, y no se agitan vanamente los miembros, ó no permanezcan pegados á lo largo del cuerpo, y las manos como pegadas al púlpito ó á la tribuna. Evítense sobre todo los movimientos bruscos y duros, que, yendo periódicamente de arriba abajo y de abajo arriba, asemejan un tanto los brazos á dos tajos en continuo movimiento. La sobriedad en el accionado es en general preferible á la superabundancia; nada fatiga tanto al auditorio como una gesticulacion sin cesar violenta; nada le somoriza con mas facilidad, después de la monotonía de la voz, que un gesto igual, que marca exactamente cada parte de los períodos, á la manera que un péndulo marca el tiempo.

Esta parte de la accion oratoria, es mas importante que no se cree, tan cuidada por los antiguos, tan descuidada por nosotros, puede aprenderse por medio de todos los ejercicios que educan el cuerpo comunicándole aplomo, soltura, gracia en el continente y en los movimientos, y sobre todo con el auxilio de estudios de declamacion bien dirigidos, en cuanto al gesto, por un hábil maestro; á lo cual interesa añadir el ejemplo, árdamente estudiado, de los oradores mas distinguidos por esta cualidad, por desgracia hoy muy escasa.

Pero lo que contribuye mas que todo lo dicho tal vez á formar esta aptitud, es el frecuentar la buena sociedad, es decir, la sociedad mas distinguida por la elegancia de su lenguaje y sus maneras. En este punto nada puede suplir la ventaja de la primera educacion entre la gente culta, segun la cual se modela el niño, con relacion á las impresiones que á cada instante recibe, y por la instintiva imitacion de cuanto vé y oye: privilegio de los hombres del gran mundo y de los que se llamaban antes cortesanos. Apréndese entre ellos á espresarse correcta y elegantemente casi sin estudio y á fuerza del hábito; de modo que si las personas de calidad uniesen á esa facilidad de elocucion el saber, que solo por medio del estudio se adquiere, y la fuerza de reflexion, que se forma en particular en el aislamiento, que se aviene poco con la vida del gran mundo; conseguiran mas facilmente que los demás buen éxito en la oratoria. Pero ordinariamente carecen de fondo, asi como los hombres sabios y reflexivos pecan por la forma.

Reasumiendo; aparte de la ciencia y de los conocimientos indispensables al orador, que neselita mas que todo saber lo que dice, las predisposiciones mas indispensables al arte de la palabra, y que pueden adquirirse, son:

El hábito de descomponer y componer el pensamiento, ó el análisis y la síntesis;

Saber escribir correctamente, con claridad y elegancia;

Poder manejar á voluntad la lengua, sin esfuerzo, y organizar súbitamente cada frase, sin pararse, de una manera irreprochable;

Una declamacion fácil é inteligible;

Pronunciacion clara, distinta y acentuada;

Buen continente;

Gesto holgado, espresivo y gracioso;

Y por cima toda distincion natural, ó adquirida, en las maneras y en la persona.

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO QUINTO.

DIVISION DEL ASUNTO.

Manifestadas las disposiciones naturales ó adquiridas mas necesarias, ó muy útiles cuando menos, al orador, pasemos ya á ponerle en accion, considerándole en cada uno de los diferentes puntos de su trabajo, y en los procedimientos sucesivos que debe emplear para darle perfecta cima.

Débase con todo tener entendido que no es nuestro ánimo imponer preceptos; pues no nos proponemos sentar una teoría ni escribir una obra didáctica, y si solo dar algunos consejos sacados de nuestra experiencia en la materia que nos ocupa, y que cada cual aprovechará á su modo tomando ó dejando lo que mas le convenga, segun su genio ó sus necesidades.

Cada inteligencia, por lo mismo que no representa mas que una individualidad, tiene su personalismo, tiene su vida que le es propia, que no puede ser la de otro por mas que se parezca á todas las de su especie. Si en el mundo físico no existen dos cosas

perfectamente iguales, lo mismo sucederá, con mayor razon, en las criaturas libres ó inteligentes, por reinar en ellas una variedad todavia mas maravillosa, en razon de la libertad que tan diversamente se emplea en medio de las condiciones generales de desarrollo y bajo el imperio de las propias leyes; todo lo cual constituye lo que se llama originalidad de talento que es en el órden intelectual lo que en el moral, la responsabilidad.

Mas al paso que reconocemos esa variedad de accion proveniente de la naturaleza y de las posiciones y situacion de cada cual, hay que observar sin embargo, que como á pesar de todo somos de condicion igual en el género y en la raza, siendo asimismo idéntica en el fondo la organizacion constitutiva de nuestro ser, debemos obrar todos, en parecidas circunstancias, de una manera análoga en cuanto al fondo, pero diversa en cuanto á la forma: motivo de que hasta determinado punto sean útiles á todos ó á muchos ciertas generales indicaciones, estraidas de una continúa y laboriosa esperiencia.

Tal es la que nos anima á esponer los resultados de la nuestra, dándolos por lo que en sí valen, sin tratar de imponerlos á nadie, con el sincero deseo que sirvan de alguna utilidad á la juventud que nos sigue, evitándola los escollos y obstáculos que ofrece sin duda la difícil carrera que tan á menudo recorrimos.

Hablar en público es dirigir la palabra á muchas personas á la vez, á una asamblea convocada fortuitamente ó con motivo de un interes cualquiera: mas como esto puede tener lugar en diversidad de circunstancias y por objetos diferentes, preciso es que el discurso se acomode en él y en la forma á semejantes variedades. Con todo, hay condiciones comunes que deben llenarse siempre si se desea hablar pertinentemente y con probabilidades de buen éxito.

En efecto, no se habla en público si no para alcanzar el asentimiento del auditorio, hacerle participe de las convicciones propias, ó disponerle cuando menos á sentir, pensar y querer tal como desea el orador en presencia de un fin ú objeto determinado.

Asi pues, sea cual fuere el lugar en que se haga uso de la palabra y el auditorio á que la misma tenga que dirigirse, lo que primero se ofrece es la causa impulsiva ó la cosa que se ha de decir, indicada por las circunstancias; la manera de espresarse ó el método y el plan en cuya conformidad debe esponerse el pensamiento, y finalmente, la realizacion de ese plan por medio del discurso compuesto y pronunciado en el acto y en presencia de los mismos á quienes se quiere persuadir.

De modo que en el discurso improvisado hay que considerar tres cosas:

1.ª Dado el asunto, la preparacion del plan ó la

organizacion del discurso, por medio de la cual se entra en posesion de la materia de este;

2.ª La transportacion ó impresion del mismo plan, fijada primero por medio de la pluma sobre el papel, en la mente del orador, en donde debe quedar gravado de una manera eficaz y animada;

3.ª El discurso en sí ó la realizacion sucesiva y completa, en lo posible, del plan por medio de la palabra.

Confúndese alguna vez las dos primeras operaciones en el caso en que, por ejemplo, es preciso tomar de repente la palabra sin tener tiempo de escribir y meditar un plan; mas cuando ese tiempo no falta es del caso verificarlos con toda distincion y con la oportunidad que cada una de ellas exige.

Examinemos pues separadamente cada una de estas tres interesantes operaciones.



CAPITULO SEXTO.

PREPARACION DEL PLAN.

La preparacion del plan del discurso supone ante todo el conocimiento de las cosas de que vá á tratarse, sin que baste tener sobre las mismas una noticia general; pues aun que la memoria se halle á veces sobrecargada de materiales, documentos y multitud de datos, puede suceder que no se alcance á dar á todo ese bagage una metódica y ordenada salida. Sucede á veces tambien que los que mas saben, ó los que tienen la cabeza mas llena de conocimientos, son incapaces de verterlos con facilidad, por que la superabundancia de ideas y de palabras abrumba al espíritu, le apaga, de la manera que un escesivo flujo de sangre paraliza al cerebro, ó se apaga una lámpara por esceso de aceite.

Preciso es pues empezar ordenando ante todo lo que se sabe relativamente al objeto de que se trata de hablar; de modo que en todo discurso se debe,

tomando por centro ó por idea principal el punto en cuestion, subordinar á aquella todas las demas ideas, con el fin de constituir una organizacion particular, con su corazon, sus órganos, sus miembros principales y todos los medios de trabazon y circulacion, por donde la luz de la idea dominante, emanando del foco, se comuniqué á cada una de las partes mas extremas, hasta el último pensamiento, hasta la última palabra; bien como en el cuerpo humano partiendo la sangre del corazon, se derrama y penetra por todos los tegidos animando y colorando la superficie de la piel.

Solo de esta suerte se alcanzará á dar vida al discurso, por reinar en el mismo verdadera unidad, esto es, unidad natural, proveniente de un desenvolvimiento interior, de una evolucion interna, y no del conjunto ficticio de miembros esparcidos, ó de una justa posicion arbitraria.

He aqui lo que distingue la palabra animada de la palabra muerta; y si bien puede esta lisonjearse de brillar en cierto modo por la pompa del estilo ó la elegancia de la diction, el encanto que produce es tan momentáneo, que desaparece con los últimos sonidos para no dejar en pos de sí mas que vaciedad en el espíritu y frialdad en el corazon. El orador que no se ha poseido bien del asunto, que no lo ha penetrado apropiándoselo por medio de la meditacion, re-

fleja ó representa lo mismo que un espejo las ideas ajenas sin comunicarlas, por su parte, ni vida ni calor. Es una luz pálida y artificial que ilumina vaga é indistintamente como la de la luna, sin calentar ni fecundizar; su brillo tiene siempre algo de frio, algo de mate que lo amortigua.

Esta clase de oradores, aun cuando improvisan, hablan mas de memoria que con inteligencia ó sentimiento; reproducen con mas ó menos facilidad algunos relazos de cuanto han leído ú oído, no careciendo de cierto tacto para operar semejante reproduccion con una facilidad tal que llega á rayar en facundia ó locuacidad: ignoran á punto fijo de que están hablando, y lejos de hacerse comprender de los demás, ni siquiera comprenden todo cuanto dicen: sin haber entrado siquiera en el asunto, se han llenado la cabeza de una porcion de cosas que con el mismo se relacionan, y que se derraman una tras otra como el agua de un depósito mas que colmado, ó por la espita que cierran y abren á voluntad.

Semejante género de elocuencia, no es mas que agua clara, ó mejor agua turbia que solo arrastra en su curso palabras y sombras de pensamientos, esparciendo el fastidio y el enojo entre los que escuchan. Cien veces preferible es el silencio, que deja al menos el deseo de escuchar; al paso que esos interminables habladores que venden frases por ideas,

y exclamaciones por sentimientos, quitan hasta el humor de atender, é inspiran el mayor disgusto por el ejercicio de la palabra.

Este inconveniente podrá evitarse tan solo á beneficio de un plan bien concebido, profundamente meditado, y elaborado con todo discernimiento; de manera que el que no sepa componer un plan semejante jamás llegará á hablar con vivacidad y eficacia; será si se quiere retórico pero jamás orador.

Veamos pues como nos hemos de gobernar para echar este cimiento al arte oratorio, que es al discurso lo que el dibujo en la arquitectura al edificio. El plan del discurso es el orden de las cosas que se han de esponer; por consiguiente, se ha de comenzar recogiendo estas cosas, hechos ó ideas; se las ha de examinar individual y separadamente en su relacion con el asunto ó el fin del discurso y en sus relaciones mútuas en presencia del fin mismo; discernidas luego las que hagan mas para la materia y eliminadas las que no le convengan, es menester agruparlas en torno de la idea pincipal, de suerte que guarden orden gerárquico segun su importancia atendido el objeto que uno se proponga. Pero lo que todavía vale mas que esta composicion ó sintesis, es el trabajo de sacar de una sola idea todo el desarrollo que la deduccion ó el análisis pueda facilitar, formando con ella un centro único, que al propio

tiempo forme el gérmen de todo lo demás: bien que esto no es siempre posible, y requiere por otra parte haber asimilado preventiva y convenientemente todos los materiales. Es el modo mejor de esplicar ó desarrollar, puesto que asi reproducen las existencias en la naturaleza, y como solo asi tiene el discurso todo su valor y eficacia, debe imitar á aquella en su procedimiento vital y aun perfeccionarla idealizándola.

En efecto, la razon que piensa y espresa sus ideas, desempeña una funcion natural como la planta que germina, florece y fructifica; opera en verdad en una potencia mas elevada, pero sigue en sus operaciones las leyes propias de todos los seres vivientes, y los métodos de análisis y sintesis, de deduccion é induccion que le son esenciales; tiene sus tipos y sus símbolos en los actos vitales de los seres orgánicos, que proceden todos igualmente por via de expansion y contraccion, de desarrollo y envolvimiento, de diástole y sístole.

El plan mas perfecto es pues, el que organiza un discurso del propio modo que la naturaleza forma al ser viviente; única manera de dar al producto de la palabra, verdadera unidad, unidad natural, y por consiguiente, la fuerza y belleza verdaderas que consisten en la unidad de la vida.

He aqui sin duda la perfeccion, á la que sin em-

bargo no siempre es dado tocar á causa de la índole del asunto y de las circunstancias en que se hable, de lo cual surgen algunas diferencias en la elaboracion del plan, que se hace preciso señalar.

Debemos prevenir ante todo, que no intentamos ocuparnos de esa elocuencia popular que estalla tal cual vez como el rayo en medio de la anarquía de las sociedades, en las conmociones, levantamientos y revoluciones; porque en ellas no hay plan posible ni tiempo para prepararlo; porque varía segun las circunstancias y como á merced de los vientos que la impelen, y porque participa del desórden que la es-cita, lo cual le dá casi siempre un poder inmenso para destruir. La elocuencia popular obra á la manera de los huracanes, derribando cuanto á su paso se opone, al obcecado furor de las pasiones que enardece, de las voluntades irracionales que arrebatá, sin ilustrar con la luz de las ideas, sin cautivar con la belleza del estilo. Esta elocuencia instintiva pero poco inteligente, es á la que nos ocupa, lo que la fuerza de la naturaleza desencadenada en los terremotos ó en los grandes cataclismos es á la Providencia, quien, en sus leyes inmutables, produce, desarrolla y conserva las existencias. Es la fuerza del vapor que reventia la caldera llevando el desastre y la muerte hasta donde alcanza, mientras que contenido por el contrario poderosamente en sus límites y dirigida

con inteligencia, funciona con regularidad, dominada por una mano hábil, trabajando pacífica y ordenadamente para utilidad de los hombres.

Ningun consejo podemos dar por consiguiente, á los oradores de clubs y motines, ni tampoco á los que pueden ser llamados á combatirlos ó defenderlos. Difícil es prepararse convenientemente en situaciones semejantes, tan variadas é imprevistas por otra parte, que desconcertarian á no dudarlo, la preparacion mas esmerada. Basta decir que en esta clase de palenques en donde queda de ordinario vencedor el que mas apasionado, violento y vociferador se muestra dejándose llevar de las circunstancias, no se conocen otros recursos que los que el genio y las facultades individuales aconsejan. Por fin, hay generalmente en semejantes situaciones cierta clase de fatalidad que domina; la fuerza de las cosas aplasta la fuerza de los hombres. Es la roca desprendida de la montaña que se precipita; es el torrente que aumenta sus olas al despeñarse; es la lava del volcan que se desborda. Locura sería intentar detenerlos; harto trabajo hay en precaverse en tanto que el mal cedé á su propio curso y el órden se restablece pasada la tempestad.

Mas en el estado normal de la sociedad, al que queremos únicamente referirnos, existen por el hecho mismo de la organizacion social y en razon de las

formas peculiares de la propia organizacion, circunstancias habituales en las que se ofrece ocasion de hablar en público á causa de la posicion que se ocupa ó de las funciones que se ejercen. Asi es que no faltarán asambleas donde se traten los negocios é intereses públicos del estado ó de la nacion, y cuyas resoluciones deliberativas ó consultivas sean adoptadas por mayoría de votos, independientemente de la constitucion y atribuciones de aquellas. Tampoco faltará un consejo de estado, consejos generales y municipales, cuerpos legisladores, parlamentos y comisiones de todas clases.

Habrà en segundo lugar, tribunales que administren justicia, y en donde los intereses privados en union con los intereses públicos, ó tan solo entre sí, deberán discutirse ante jueces á quienes será preciso convencer y persuadir.

Habrà tambien una enseñanza pública destinada á ilustrar y educar á todas las clases de la sociedad; ya sea por medio de la palabra de los hombres de letras que deben instruir al pueblo en los diversos ramos del humano saber, y enseñarle cuanto es necesario en el órden temporal, para conducirse rectamente en la vida pública y privada; ya sea por el órgano de los ministros de la religion, quienes enseñando en nombre de Dios, deben recordar incesantemente á los hombres su fin pastrero, y el

mejor medio de alcanzarle, subordinando sus intereses terrenales y pasajeros á su felicidad celestial y eterna.

He aqui pues, cuatro grandes instituciones en las que hay personas llamadas á hablar diariamente en público para tratar en ellas los intereses mas graves de la sociedad, de las familias y de los individuos, ó para esponer allí verdades mas ó menos elevadas, difíciles á menudo de comprender ó aceptar, y cuyo conocimiento ó conviccion importa grandemente á los intereses generales y particulares de la sociedad. No es pues, indiferente que los que esas profesiones desempeñan, ocupados todos los dias en discutir sobre cuanto pública ó privadamente afecta á la nacion ó á demostrar las verdades fundamentales de la ciencia y de la religion, sepan hacerlo con método, con claridad, con eficacia y buenas formas, en una palabra, todos los medios de persuacion para corresponder á la elevacion de su ministerio, y para derramar y hacer mas particularmente prevalecer en los espíritus con la sana razon y el buen sentido, la verdad, la justicia y el bien, sin lo que nada se funda, nada hay estable en las naciones. De ahí podrá comprenderse cuanta es la importancia que pueden adquirir los hombres elocuentes para suerte ó desgracia de las sociedades, por estar llamados á preparar, formar, arastrar casi todas las revoluciones de pueblos ó par-

ticulares destinadas á cambiar y decidir de su presente y de su porvenir.

Cuanto vamos pues á indicar es aplicable á cuatro clases de oradores: orador parlamentario, orador del foro, magistrado ó abogado, orador profesional ó catedrático, orador del púlpito ó predicador. En estos cuatro lugares, la tribuna política, el santuario de la justicia, la academia y la iglesia, la palabra improvisada se egerce diariamente, y puede ser de la mas saludable influencia si acierta á ser poderosa, animada y diestra, esto es, verdaderamente elocuente.

CAPITULO SEPTIMO.

DE LOS DISCURSOS POLÍTICOS Y DE LOS FORENSES.

No me detendré mucho en hablar del discurso político y de los informes ó defensas en estrados, por que no tengo de ellos práctica alguna y solo me propongo hablar por esperiencia. Dejo á los que tales profesiones abrazaron la honra de dar á sus cólegas los consejos mas escelentes, los de la práctica, para lo cual sería preciso entrar en detalles que solo el egercicio de las funciones públicas, de la magistratura ó del foro puede enseñar. Me limitaré pues sobre el particular á algunas observaciones generales que se destacan de la teoría del arte de hablar, aplicada á las funciones del hombre político y del abogado.

Dos clases de cuestiones son las que se ofrecen al orador político: cuestiones de principios y cuestiones de hecho.

En el segundo caso que es el mas frecuente, por lo menos en los pueblo bien constituidos y cuya legis-

lacion y gobierno se apoyan en antecedentes lejanos y fijados por la experiencia, el plan del discurso no presenta dificultad alguna. Con presencia de principios reconocidos por todos, trátase única y sencillamente de esponer el asunto con las circunstancias que lo determinan y las razones que motivan la solucion que se pide á los sufragios de la asamblea. La ley ó la costumbre invocada, forma la mayor; la especialidad del caso que la esplicacion demuestra comprendido en la sancion legal, constituye la segunda proposicion ó la menor, y luego sigue la conclusion. Para arrastrar el consentimiento de la mayoría, se añadirá el cuadro de las ventajas de la medida propuesta, y los inconvenientes de la resolucion contraria ó de cualquiera otra determinacion.

Para tratar bien semejantes asuntos basta solo el buen sentido, cierta práctica en los negocios y clara concepcion en lo que se quiere decir y se trata de hacer prevalecer. Es necesario saber bien lo que se quiere, y saberlo espresar. La mejor elocuencia política, ó la discusion de los negocios consiste, á mi modo de ver, en esponerlos clara y suscintamente, con conocimiento de causa, no diciendo mas de lo menester, con tacto y sobriedad, y dejando aparte la pompa de las palabras y las frases retumbantes, asi como tambien las frases de sentimiento, salvo alguna vez en el exordio y la peroracion, segun las circuns-

tancias. Asi se habla en general en el parlamento de Inglaterra, y de esta manera es como los discursos sirven allí de alguna cosa, conducen á una decision y activan ó terminan los negocios. ¡Felices los pueblos que no tienen otra elocuencia política! Desgradamente para nosotros, no es esta la que ha dominado en nuestras asambleas parlamentarias.

Desde que se fundó en Francia el Gobierno representativo, los discursos políticos se han ocupado casi siempre de las cuestiones de principios: nada de constitucion bien establecida y de todos respetada; nada de legislacion fija é interpretada por un largo uso; nada de antecedentes reconocidos y confesados; cosas todas que aseguran la posicion del orador por estar éste escudado en los antecedentes en que se apoya, y en los egemplos que le prestan autoridad. Hase empleado, ó mejor perdido la mayor parte del tiempo en sentar principios ó en procurar hacer prevalecer lo que por tales se daba. La constitucion misma, y por consiguiente la organizacion de la sociedad y del gobierno, han estado siempre en tela de juicio, y todas nuestras asambleas, sea cual fuere el nombre con que se las haya decorado, se hallaron de una manera mas ó menos directa en estado de *constituyentes*.

Esta es sin duda la peor de las situaciones, no solo para el orador, si que tambien para las mismas asam-

bleas y sobre todo para el país, como lo ha demostrado la esperiencia, á pesar de algunos bellos discursos y de la reputacion de muchos oradores de que se gloria la Francia.

En ese caso se encuentra en efecto el orador, sumamente embarazado para tratar cuestiones nuevas y sin antecedentes, salvo empero algunos egemplos estrangeros que nunca se aplican exactamente de una nacion á otra. Su pensamiento no ilustrado, no sostenido por la esperiencia, no hace mas que divagar, flotando en una especie de caos; y como es preciso sin embargo, basarse en alguna cosa para la demostracion, vése obligado á recurrir á teorías filosóficas ó ideas abstractas, siempre contestables, oscuras á menudo, incomprendibles para la mayor parte del auditorio, y combatidas por los partidarios de los sistemas opuestos. Una vez lanzada la discusion al terreno de las ideas filosóficas ya no hay limites ni reglas que la contengan; las opiniones mas contradictorias se hallan en frente unas de otras, chócense, mas no siempre brota la luz de ese choque, sino que por el contrario, sucede con harta frecuencia que cuanto mas se prolonga la deliberacion, mas oscuridad se difunde; el Parlamento se convierte en academia de filósofos, en palenque de sofistas y retóricos, y como es menester concluir, sea por la necesidad de las circunstancias, sea á causa del fastidio de los

discursos y de la saciedad de las arengas, ciérrase el debate sin haberse esclarecido la cuestion, y cada cual vota, al menos el mayor número, no en razon de la conviccion que ha adquirido, sino segun el santo y seña del partido á que pertenece.

Preténdese que en una asamblea es preciso obrar de este modo para terminar los negocios, la cual se comprende muy bien, pues de otro modo la deliberacion seria interminable; mas lo que tambien es fácil de comprender, es que votar de confianza con los gefes de partido y porque han trazado el camino que se debe seguir, es una manera poco inteligente de servir al país y de llenar su mandato.

Desgraciadamente las decisiones así formadas á nada estable conducen, y ahí está la parte funesta para las asambleas como para el país; nada pueden fundar porque no son respetadas por el pueblo que se divide al igual que los Parlamentos en mayoría y minoría que se suceden alternativamente en el triunfo. A la subida de cada ministerio se deroga cuanto hiciera el anterior; y como la lucha se renueva todos los dias, y los partidos disputándose continuamente el poder, se suceden en él mas ó menos rápidamente, en poco tiempo parecen y desaparecen todas las contradicciones, después de haber reinado á su vez cada uno lo suficiente para destruir á su rival.

De ahí un gran descrédito en la opinion pública, de leyes siempre formadas y siempre reformables, que no pueden por tal motivo arraigarse en el ánimo, ni merecer el respeto de los ciudadanos; viniendo á parar la legislacion en una especie de caos en el que nada sólido puede constituirse, por hallarse en él constantemente elementos rebeldes que tienden á combatir y desorganizar todo cuanto se produce.

Luego— y esto es tambien otra calamidad para el país —, como los partidos están generalmente vacilantes, y dependiente la mayoría de algunos votos para llegar á una solucion siempre arriesgada, hay necesidad en los casos importantes, de fundir los partidos, coaligarlos de cualquier modo por el cebo de un interés particular, lo cual solo puede hacerse mediante recíprocas concesiones; en cuyo caso, cuando parece estarse de acuerdo sobre el conjunto en la discusion de los artículos, cada cual, queriendo procurarse sus garantías, exige que se introduzca en uno ú otro punto alguna disposicion para sí, cuya disposicion se encuentra casi siempre en pugna con el espíritu general del proyecto. Así que, con solo que haya três ó cuatro partidos en una Cámara— y es fortuna cuando no son mas— compréndese lo que puede ser una ley de tal suerte formada; especie de sincretismo compuesto de las mas opuestas

opiniones; ser monstruoso cuyos miembros forzosamente asociados se hacen una guerra intestina y por consiguiente nada viable, despues de haber tan penosamente nacido. De lo que resulta que la aplicacion de semejantes leyes es imposible, y que si despues de un ensayo desgraciado no son abolidas inmediatamente por el partido que entra á su vez á gobernar, caen en desuetud, ó subsistiendo tan solo á fuerza de escepciones ó espedientes, sirven de embarazo ú obstáculo á la rotacion de la máquina política, por ellas incesantemente espuesta á romperse ó desquiciarse.

A pesar de cuanto se ha dicho y practicado en nuestros dias, nada hay mas deplorable para un pueblo que una asamblea constituyente, puesto que es una reunion de filósofos, ó de hombres que creen serlo, que se entienden poco á si propios, y ni poco ni mucho entre sí. En tal caso el porvenir de una nacion, su gobierno, su administracion, su estado y su fortuna, su suerte ó su desgracia, su gloria ó su vergüenza, están á merced de los azares, de las contradicciones de los sistemas, de las especulaciones y de las utopias.

Ahora bien, cíteseme un solo filósofo que haya dicho la verdad, toda la verdad, sobre los principios metafísicos, morales y políticos que deben servir de base á la organizacion social. ¿ Acaso en ma-

teria tan grave mas que en cualquier otra no han justificado en todas las épocas esta sentencia de Ciceron: «Ningun absurdo ha dejado de ser defendido por algun filósofo?» Y si reunís muchos filósofos para elaborar una constitucion ¿cómo esperar que lleguen á ponerse de acuerdo? Tan solo podrá esto alcanzarse de una manera, y esta es la que acabamos de indicar mas arriba, es decir, mediante mútuas concesiones arrancadas al interés y no á la conviccion, en cuyo caso, la fuerza misma de las cosas les obligará á producir una obra ridícula y absurda, repugnante al buen sentido y á la conciencia de los pueblos. Mas entonces, se dirá, ¿cómo debe hacerse la constitucion de un pueblo? Contesto: la constitucion de un pueblo no se hace; ella se forma por sí misma, ó mejor, la forma la Providencia, con la ayuda de los siglos, y la escribe con su dedo en la historia de una nacion. Tal es el origen de la constitucion inglesa, y por esto dura.

Mas si por desgracia despues de una revolucion que ha destruido todos los antecedentes, alterado, arrancado de cuajo cuanto un país tenia establecido, hay que reconstituirlo, será preciso hacer entonces como los antiguos, quienes en este punto tenian mas talento que nosotros: cometer ese cargo á solo un hombre, que reuna inteligencia y autoridad suficiente para dar cima á tan grande obra, y que ven-

ga á ser temporalmente la personificacion del pueblo entero; será necesario dar ese cargo á un Licurgo, á un Solon ó á un Pitágoras, puesto que nada exige tanta sabiduría, tanto talento y tanto valor como semejante empresa, para la cual no bastan los hombres de genio si las circunstancias dejan de favorecerles. Por lo demás, á esto debe venir siempre á pararse despues de las revoluciones y sus tentativas de constituciones parlamentarias: las siete ú ocho que cuenta la primera república, concluyeron por la del Imperio, que brotó vigorosa del cérebro de un nuevo Júpiter; y la Constituyente de 1848, con su nuevo producto dado trabajosamente á luz sin mas condiciones de viabilidad que las otras, desapareció en un dia, ante la constitucion del Imperio actual, que no es mas en el fondo que la del antiguo. Por este conducto hemos llegado, sino á la libertad de que tanto se nos ha hablado sin dejárnosla ver jamás, por lo menos al buen sentido y al orden, á la paz de la vida social.

Diré, pues, en pocas palabras, y para terminar lo concerniente á la elocuencia política: si habeis de hablar sobre un asunto en el cual existan principios admitidos y antecedentes autorizados, estudiadlo cuidadosamente en sus relaciones con estos y aquellos, para que no os falten bases ni ejemplos; luego, profundizadlo en todos sus elementos, en todas sus

ramificaciones y consecuencias , y entonces os será fácil combinar un plan, determinado siempre por la naturaleza de las cosas , y cuando lo tendreis bien concebido y meditado, hablareis holgadamente, con naturalidad y con fruto.

Mas si tenéis que tratar del origen de la sociedad , de los derechos del hombre y de los pueblos, del derecho natural y social , ú otras cuestiones análogas , solo puedo daros un consejo : empezad por leer relativamente á esas mismas cuestiones todos los sistemas de los filósofos y jurisconsultos , despues de lo cual os hallareis tan confusos , tendreis tanto trabajo para formaros una conviccion razonable, que, si sois sincero y honrado , esto es, si no quereis decir y sosteneis mas que lo que sepais ó creais , no vacilareis en renunciar á la palabra , tomando el partido de callaros para no acrecer las tinieblas y aumentar el caos.

En cuanto al foro , si esceptuamos las mercuriales y arengas de entrada que son didácticas ó políticas , y que por consiguiente pertenecen á otros géneros , los discursos ó informes de los abogados son siempre referentes á pleitos , por cuya razon el plan no ofrece dificultad , puesto que está naturalmente indicado por los hechos y por el objeto del litigio. Además , como en este género de elocuencia se hable siempre con el proceso en la mano, muy inep-

to se ha de ser ó muy mala la causa , para no mantenerse con facilidad en la marcha del asunto , al que todo conspira á conduciros y guiaros. Es de todos los discursos el mas sencillo , por exigir menos invencion , y porque comparando aun algo superficialmente los hechos de los autos con los artículos de la ley , preséntanse como por sí mismas las razones en pró ó en contra , segun el partido que se desea tomar , bastando muy á menudo enumerarlos con esplicacion de cada uno.

A pesar de todo , son escasos en esta como en otras materias los buenos discursos , porque el talento es raro en todas partes ; solo hay que es mas fácil mantenerse en una conveniente mediania tratándose de una produccion hablada que comporta muchos detalles , que marcha siempre con los hechos , y constantemente sostenida por medio de apuntes y del proceso.

Poco trabajo ofrece , pues , la preparacion del plan en semejante clase de composiciones. La índole del asunto hace en él casi todo el gasto, quedando muy poco á la inventiva y á la imaginacion. Por otra parte , como no hemos informado jamás , nada podríamos decir por esperiencia , y las especulaciones son poco útiles en semejante materia.

Lo mas difícil para el orador forense no es desarrollar su defensa ni decir muchas cosas, sino al con-

trario, el restringirla, el concretarla y no decir mas que lo que conviene.

Los abogados adolecen generalmente de proligidad y superabundancia, pero debe decirse en justificacion suya, que á ello les obliga la naturaleza misma de los asuntos y la manera con que inevitablemente deben tratarlos. Viéndose siempre en la necesidad de explicar hechos, comentar testos y discutir razones contradictorias, piérdense fácilmente en detalles, á los cuales se ven obligados á dar gran importancia; y la discusion mas ó menos sutil de los artículos de la ley, de los hechos y de las objeciones, acostumbra á llevar muy léjos. Preciso es tener una imaginacion muy clara y un talento distinguido para no abandonarse al raudal de esa facilísima elocuencia, tan dispuesta á degenerar en facundia. Aquí, sobre todo la proporcion y la sobriedad son muy laudables; y antes que de decir mucho, debe cuidarse de no decir sobrado.



CAPITULO OCTAVO.

DISCURSO SAGRADO Y DISCURSO EN CÁTEDRA.

Reunimos en una misma consideracion, por lo que concierne á la preparacion del plan, los discursos del púlpito y de la cátedra, bien que la diferencia que entre los mismos existe sea notable, en razon de la situacion de los oradores y de las materias que les ocupan, diferencia que harémos notar de paso, sin embargo de la gran analogía que les une, particularmente en cuanto al plan, pues uno y otro tienden en último resultado á instruir á los oyentes, esto es, á hacerles comprender y admitir una verdad, á convencerles ó persuadirles de la misma, y á indicarles los mejores medios de aplicarla ó ponerla en práctica.

Esta asimilacion, que puede parecer paradógica á primera vista, se funda no obstante en la naturaleza, como se echa de ver considerando en el fondo estas diferentes clases de discursos, atendiendo al fin que se proponen, y no á su forma oratoria ó á su letra solas.

En efecto: ¿qué es lo que ante todo pretende el orador sagrado? ¿A qué debe aspirar por todos los medios? ¿Qué es lo que la naturaleza y gravedad de su ministerio le imponen? Ciertamente no otra cosa que la instruccion moral y religiosa de los que le escuchan, á fin de inducirlos, por medio del conocimiento y conviccion de la palabra divina, á observarla en su conducta, y á aplicar en sus actos los preceptos, los consejos y las aspiraciones de la misma. Así pues, ya esponga el dogma, ya la moral ó cuanto al culto y á la disciplina se refiere, tomará siempre por punto de partida y por base una verdad dogmática ó práctica que deberá explicar, analizar, desenvolver, confirmar y poner en evidencia. Es necesario que esparza la claridad con y al rededor de esa verdad á fin de que penetre en el ánimo de los oyentes, produzca en ellos clara percepcion, conviccion, escitando y aumentando su fé, y que esta fé, esta conviccion, y esta percepcion les induzca á fijarse en aquella, á abrazarla y á realizarla en los actos de la vida.

Sean cuales fueren despues de esto la pompa y ornato del estilo, la variedad y brillo de las imágenes, el sentimiento y lo patético de las frases, del acento, y de la accion; que escite vivamente la imaginacion, mueva la sensibilidad, exalte las pasiones, y haga vibrar las cuerdas del corazon; todo

esto será bueno sin duda, pero como accesorio y mientras que tales medios conspiren al objeto final, que es siempre transmitir la verdad. Sin la principal, pierden todos estos recursos su verdadera eficacia, ó si algun efecto alcanzan á producir, no es profundo ni duradero, porque el discurso carece de fondo, y el orador trabajando y esmerándose en adornar lo exterior, ha descuidado el interior que resulta desprovisto y vacío.

En una palabra, en elocuciones de este género no hay idea; no hay mas que frases, imágenes y movimientos. Sé que basta con ello para cautivar, inflamar momentáneamente los ánimos; pero es un arrebató ciego, fácil muy á menudo de encaminarse al mal, ó por lo menos á una exageracion insostenible; es un ardor pasajero que se enfria bien pronto en medio de los obstáculos, y se estingue fácilmente en los apuros que su imprudencia y precipitacion ha suscitado.

Llevar ó no llevar una idea; instruir formalmente ó hablar tan solo á la imaginacion; convencer al espíritu y persuadir la voluntad, ó cautivar el corazon con las escitaciones de la sensibilidad: he aquí lo que distingue á los oradores sagrados como á todos los restantes. Mas para instruir y convencer á los oyentes, es indispensable tener instruccion y estar convencido; para hacer pasar la ver-

dad á su espíritu, preciso es poseerla en el nuestro, lo cual solo puede alcanzarse tanto por parte del que debe trasmitirla como por parte de los demás, independientemente de la iluminacion de la fé sobrenatural, que es un don del Señor, por medio de una seria meditacion de la santa palabra, y el trabajo enérgico y perseverante del pensamiento aplicado á la verdad que se desea esponer, al punto de doctrina que se trata de enseñar.

Lo mismo puede decirse de todos los géneros de enseñanza científica ó literaria.

Esto es evidente para la filosofía: el que enseña tiene siempre que explicar una doctrina; ora trate de las facultades del alma, de las operaciones del pensamiento y sus métodos; de los deberes y derechos; de la justicia, del bien y aun de lo bello; del Ser supremo, de las criaturas y sus leyes; de lo finito y lo infinito; de lo contingente y lo necesario, de lo relativo y lo absoluto, tiene constantemente delante una idea que esponer, desarrollar y esclarecer, debiendo el conocimiento de esta idea que trata de infundir á sus discípulos, servir para hacerlos mejores, al propio tiempo que mas ilustrados; de lo contrario, la filosofía se haria indigna de su nombre, dejaria de ser el amor á la sabiduría, ó su investigacion.

Si en la enseñanza de las ciencias naturales se li-

mita el profesor á hacer esperimentos ó á describir hechos y fenómenos, podrá sin duda entretener é interesar á sus oyentes, particularmente á la juventud; pero en este caso no será mas que un pintor, un observador ó un empérico; convertirá su curso en una especie de espectáculo ó sesion de física recreativa. Para ser verdaderamente profesor debe instruir, pero instruir con ideas, es decir, explicando las leyes que presiden en los hechos, enlazándolos en lo posible al conjunto del admirable sistema de la creacion, debe conducir á sus discípulos á las alturas que dominan los hechos y á las profundidades de donde nacen los fenómenos, y solo serán científicas sus explicaciones, en cuanto las reduzca á algunos puntos de doctrina, cuyo encadenamiento constituye precisamente la ciencia que profesa. Entónces podrá proseguirlos en sus consecuencias y confirmar su teoría por medio de aplicaciones á las artes mecánicas á industriales ó á cualquier otra utilidad humana.

En idéntica condicion se encuentra la enseñanza de las letras y de las artes: ella debe ser siempre dirigida por la esposicion de los principios, de las reglas y de los métodos. No basta estasiarse en los grandes modelos, y entusiasmarse por las obras clásicas: algo es en verdad un entusiasmo sincero, y una admiracion bien sentida; mas la explicacion

debe ser didáctica ; debe enseñar á confeccionar revelando el secreto de la confeccion , indicando los procedimientos y dirigiendo el trabajo. Conviene enseñar á los discípulos á reconocer , saborear lo bello y á reproducirlo ; á cuyo efecto es indispensable poder decir en que consiste lo bello en general , y en cada arte , y como se alcanza á discernirlo en la naturaleza , á conservarlo ó imaginarlo en el espíritu idealizándolo , y á hacer pasar lo ideal á real por medio de los recursos del arte.

Bien que en este punto los hechos y los ejemplos tengan mas influencia , puesto que el sentimiento y la imaginacion toman en la obra mayor parte , con todo , son asimismo necesarias las ideas , particularmente en literatura , poesía y artes habladas. La que mas distingue á los artistas y á sus escuelas , es precisamente el predominio de la idea ó de la forma ; las mas bellas formas sin idea , quedan siempre superficiales , frias , muertas ; solo la idea dá vida á todas las producciones del hombre , así como las ideas divinas vivifican las producciones de la naturaleza ; pues donde quiera el espíritu anima , y la letra sola , mata. Así que , el profesor de la literatura y artes deben tener formada una doctrina , una especie de ciencia de su arte , cuyos principios , cuyas reglas y procedimientos espone aplicándolos á la práctica y robusteciéndolos con ejemplos.

Si pasásemos sucesivamente revista de las diversas especies de enseñanza , en todas hallaríamos el mismo fin y las propias condiciones que en el discurso sagrado ó en la enseñanza religiosa , á saber , clara esposicion de una verdad para instruir al auditorio , convencerle é inducirle á obrar segun su conviccion.

Veamos pues ahora , de una manera general , como debe uno gobernarse para preparar el plan de un discurso , y hacer cuanto acabamos de decir , sea como predicador , sea como profesor. En este punto podrémos hablar por esperiencia , lo cual nos infunde alguna confianza , puesto que vamos á esponer ni mas ni menos , lo que llevamos hecho por espacio de cerca cuarenta años enseñando filosofia , y lo que todavía hacemos y deseamos continuar haciendo mientras nos quede un poco de fuerza y ardor , en la cátedra del Espíritu Santo.

CAPITULO NOVENO.

DETERMINACION DEL ASUNTO Y CONCEPCION DE LA IDEA DEL DISCURSO.

El que desea hablar en público debe ante todo fijar claramente sobre que ha de hablar, y concebir bien lo que ha de decir. Determinacion del asunto é idea del discurso : tales son los dos primeros pasos de la preparacion.

No es tan fácil como se cree, saber sobre que debe de hablarse ; por lo menos muchos oradores parecen ignorarlo ú olvidarlo en el decurso de su peroracion, pues suele á veces sucederles que de todo tratan, menos de lo que mejor convendria á aquella precisa circunstancia.

La exacta determinacion del asunto es todavía mas necesaria cuando se improvisa, por haber en este caso mas probabilidades de divagar. No hallándose ayudado el discurso por la memoria ni por notas, el espíritu se encuentra mas espuesto á las influencias del momento, bastando la falta ó la inexactitud de una palabra, la seduccion de un pensamiento es-

traño, una distraccion, para desviarle de su propósito, lanzándole en un camino transversal que le aleja del fin propuesto. A lo cual hay que añadir la necesidad de continuar, una vez que se ha principiado á hablar, puesto que no cabe pararse sin embarazo ni retroceder sin mengua.

Ahora, para dirigir y sugetar la marcha del discurso, es preciso saber de donde se sale y á donde se va, sin perder jamás de vista estos dos puntos de partida y de término. Mas al efecto, debe haberse medido preventivamente la via y plantado las partes principales; pues de otra suerte hay peligro de extravíarse durante el camino, y entonces, ó no se llega jamás al término, apesar de muchos esfuerzos y fatigas, lo cual da lugar á razonamientos interminables que á nada conducen, ó si por fin se llega, es á fuerza de rodeos y circuitos que dejan fatigado al auditorio tanto como al orador, sin fruto ni placer para nadie.

La determinacion del asunto no debe fijar tan solo el punto sobre que debe de hablarse, si que tambien el radio que parte de este punto y la circunferencia que producirá. El círculo puede evidentemente estenderse mas ó menos, y como en el mundo de las ideas todo tiene una relacion mas íntima todavía que en el mundo físico, y como en último resultado, todo se contiene en todo, puede hablarse de todo

á propósito de cualquiera cosa, y ved aquí lo que suele acontecer con sobrada frecuencia á los que improvisan.

En ese caso el discurso conduce al espíritu y no el espíritu al discurso. Es una barca que derriba por faltar quien la gobierne, puesto que el que va dentro, incapaz de dirigirla, se abandona á la corriente del río, con peligro de zozobrar contra el primer escollo, y sin saber á donde abordará.

Es pues prudente no ponerse á hablar sin haber por lo menos, mediante una rápida ojeada en el conjunto, caso de no tener tiempo de preparar un plan, trazado la línea principal del discurso, y bosquejado en el espíritu un extracto que fige sus rasgos mas culminantes. Los preceptos no aprovechan en esto gran cosa; lo que se necesita es sentido comun, tacto y una inteligencia despejada y viva, á fin de escoger debidamente el punto en cuestion y sostenerse en él, para lo cual nada es tan útil como formularlo desde luego lo mas brevemente posible, ó por medio de una proposicion, que reduzca la materia á su expresion mas sencilla, determinando sus proposiciones.

Una cuestion con ser bien planteada, está medio resuelta. Del propio modo un asunto bien determinado se deja tratar con mas holgura, y facilita singularmente el discurso. Por lo demás la posicion, las circunstancias, la índole de la materia contribuyen á

ello poderosamente, habiendo casos en que el asunto se determina por si solo, por la necesidad de la situacion y la fuerza de las cosas. El fijarlo aumenta en dificultad cuando el orador es el único arbitro, como en el profesorado, donde puede distribuirse la materia á gusto, dando á cada leccion la amplitud necesaria; pero en todos los casos, y procédase como se quiera, es menester que el discurso tenga unidad y constituya un todo, á fin de que el auditorio abraza en su entendimiento lo que se le ha dicho, lo conciba á su manera, y pueda reproducirlo cuando convenga.

Mas no bastan la ojeada general del asunto y la fórmula que le precisa; importa formarse del mismo lo que propiamente se llama *idea*, la idea animada, la idea nativa, fuente de la vida del discurso, y sin la cual las palabras no serian mas que una letra muerta.

¿Qué es pues esta idea matriz, y cómo la obtendremos?

En el mundo físico todo cuanto tiene vida sale de un germen, y este germen contenido preventivamente en otra existencia ya viviente, adquiere en ella vida por sí mismo, y en utilidad propia, á beneficio de la fecundacion. Una vez fecundado sale del centro; *punctum saliens*, se abre paso, y tiende á desarrollarse en razon de la vida primordial que en sí

lleva y del alimento que recibe, y mediante su evolución gradual, forma su organismo y constituye su existencia, su individualidad, su cuerpo.

Lo propio sucede en el mundo intelectual respecto de todo cuanto se produce en nuestro espíritu, y por el mismo fuera de él, mediante el lenguaje y el discurso. Existen en nuestro entendimiento gérmenes de existencias inteligibles, que una vez excitados por el espíritu que les es análogo, adquieren vida, y se desarrollan, organizándose primero en el seno mismo del entendimiento, que viene á ser su matriz, y pasando luego al mundo exterior por medio del lenguaje que las dá cuerpo, se encarnan en él formando igualmente producciones animadas, con mas ó menos vida, en razon del gérmen fecundado, del entendimiento que lo pare, y del espíritu que la vivifica.

En todo discurso, cuando es animado, hay una idea matriz ó un gérmen fecundo, formando todas las partes de aquel, como los órganos principales y los miembros de un cuerpo animado. Las proposiciones, las frases y las palabras, se parecen á esos órganos secundarios que unen á los principales, como los nervios, los músculos, los vasos, las membranas y la piel, y enlazándolos uno con otro, les hacen solidarios para la vida y para la muerte. Además, en medio de esa masa animada y organizada,

hay el espíritu de vida, que reside en la sangre, y que con la misma se desparrama por todas partes, desde el corazón, centro de la vida, hasta la epidermis, y del propio modo existe en la elocuencia ese espíritu de la palabra, el alma del orador inspirado por el asunto, su inteligencia iluminada por la luz espiritual, que circula á través de todo el cuerpo del discurso, derramando en él claridad, calor y vida. Un discurso sin idea matriz es un arroyo sin manantial, una planta sin raíz, un cuerpo sin alma; es un conjunto de frases vacías, de sonidos que hieren el aire, un címbolo resonante.

Sin embargo, es del caso advertir que cuando decimos ser necesaria al discurso una *idea matriz* no pretendemos que esta sea una idea nueva, no concebida ni desarrollada anteriormente. Si así fuese no habría orador posible, pues ya en tiempo de Salomón nada nuevo había bajo del sol, y el ciclo del tiempo reproduce las mismas cosas bajo formas diferentes.

No es, pues, probable que existan en nuestros días muchas mas ideas verdaderamente nuevas que en la época del rey de Israel; pero las ideas, al igual que todas las existencias de este mundo, se renuevan cada siglo y por cada generación reproduciéndose con las modificaciones de las circunstancias; *non nova, sed nové*, dice San Vicente de Lerins. Las

mismas cosas se manifiestan de diferente manera, por lo cual se apropian á las necesidades de los hombres, quienes varían con el tiempo y los lugares.

He aquí porque el orador puede, y aun debe, decir cosas antiguas en cuanto al fondo, mas las dirá de manera que respondan á las disposiciones de los hombres de su época, añadiendo á ellos la originalidad de su concepción y expresión propias.

Para ello se hace necesario, que, en todo el rigor de la palabra, conciba bien el asunto, para adquirir la *idea* del mismo; preciso es que esta idea nazca, se desarrolle, se organice en él de una manera latente, y como no hay concepción sin fecundación, fuerza es que esa fecundación espiritual le proceda del exterior, ya sea espontáneamente, ó de un modo invisible, tal como en las inspiraciones é iluminaciones del genio; ya sea, y esto sucede muy á menudo, por la profunda consideración del asunto, ó por la meditación de los pensamientos ajenos.

Sea como fuere que tenga lugar en todos casos el modo de la fecundación del entendimiento, y proceda de donde quiera la luz que la inspira,—luz que constituye la vida del espíritu—obsta absolutamente que conciba la idea de lo que debe decir, caso que haya de decir algo que tenga vitalidad, y que sea, no nuevo sino original, es decir, engendrado, nacido en su espíritu, y cuyo carácter lleva impre-

so. En este caso le serán propios los pensamientos, en virtud de su producción, y por mas que se parezcan á otros; así como los hijos pertenecen á su madre, por mas que se parezcan á todos los demas individuos de la especie. Pero cada uno posee, en razón de su misma individualidad, alguna cosa nueva para la familia y para la generación en que están llamados á vivir. Tal es lo que queremos significar cuando exigimos del que debe hablar en público, que tenga, al menos, una idea que esponder, una idea fruto de las entrañas de su espíritu, y que producirá animada en el mundo intelectual por medio de la palabra, como en el orden físico una madre libra al mundo el hijo que llevó en su seno. Esto significa sencillamente y en el lenguaje del sentido comun, que el orador debe haber concebido bien lo que trata de decir.



CAPITULO DECIMO.

CONCEPCION DEL ASUNTO—MÉTODO DIRECTO.

¿Por que medios llegaremos á concebir bien el asunto del discurso?

Hay para ello dos caminos ó métodos; el primero directo, que es el mejor pudiendo adoptarlo; el otro indirecto, mas largo y menos seguro, pero mas accesible á los novicios, mas al alcance de los entendimientos comunes, á cuya formacion contribuye. Es factible tambien servirse de entrambos, ya echando mano del segundo cuando se ha seguido el primero, ya comenzando por el mas sencillo para pasar luego al mas árduo.

El camino principal, ó el método por escelencia, consiste en ponerse en directa relacion con el asunto sobre que se debe hablar, contemplándolo cara á cara y calándolo con la mas intensa mirada del entendimiento, mientras que este á su vez se penetra ási mismo de la luz, que aquél proyecta ó difunde.

Fórmase en el entendimiento, por resultado de este cruzamiento de rayos y de su penetracion reci-

proca, una concepcion que representa el asunto que la ha engendrado, que participa del entendimiento en que se ha formado y la entrafia.

En tal caso, hay fecundacion del entendimiento, ó del sujeto por medio del objeto, y el producto es la *idea* de este objeto, engendada y vivificada en el entendimiento por su propia virtud: idea que está siempre en razon de los dos factores que concurren á formarla, de su estado y del modo como se opera su mútua penetracion.

Tratando de un entendimiento claro, recio, puro, ardoroso inquiridor de la verdad y ávido de conocerla, cuando se planta en presencia del asunto directamente, con plenitud, fija en él con amor su mirada, y se espone y abre á su luz, deseoso de penetrarlo y ser penetrado, de unirsele con todas sus fuerzas y por medio de su capacidad; si, además, posee bastante constancia y energia para mantenerse en tal estado sin distraerse, y, condensando todas sus facultades, replegando todos sus rayos y haciéndolos converger hácia aquel punto, se absorbe por completo en esta union que le fecunda, entonces la concepcion espiritual se completa con regularidad, y á un tiempo con plenitud. La vida del objeto se comunica con la luz al sujeto, y del gérmen intelectual vivificado, surge la *idea*, débil y oscura en un principio, como todo lo que acaba de nacer, para desarrollarse

luego á beneficio de la nutrición del trabajo del espíritu. Poco á poco se organiza, se estiende, se completa, y cuando su constitucion es bastante fuerte para salir del entendimiento, solicitará nacer por medio de la palabra, para desplegar á la luz de este mundo los tesoros de verdad y vida que en si misma entraña.

Mas si el espíritu solo considera el asunto lateralmente, oblicuamente, de una manera accidental é incompleta, entonces, como la union no sea llena y profunda, ha de resultar de ella una concepcion análoga á la relacion que la produce, y por lo tanto una idea del asunto que podrá aun contener algo real, algo vital, pero no presentarlo mas que por una de sus facas, ni darlo á conocer sino con mezquindad é insuficiencia.

Echase de ver que en el mundo intelectual acontece lo mismo que en el mundo fisico. El conocimiento se constituye por las mismas leyes que la existencia, y el conocimiento de los objetos metafísicos se forma como el de las cosas sensibles, bien que unas y otras difieran esencialmente por la forma y su naturaleza. Las mismas leyes presiden en la transmision de la vida que en la del pensamiento, que concibe y engendra á su manera; y así sucede, porque tales leyes son las que se aplican á la produccion de todos los seres vivientes de la eterna ley de la generacion divina,

por medio de la cual el Ser de los seres, Principio de la vida, que es la vida misma, engendra en si propio su imágen ó verbo, en virtud del eterno conocimiento que tiene de si propio, y por medio de su misma perfeccion, que le es dado contemplar.

De esia suerte hay que discurrir respecto del entendimiento humano, hecho á imágen de Dios, cuya semejanza deja traslucir en todas sus operaciones. Su conocimiento es así mismo una generacion, puesto que no tiene ciencia de las cosas sensibles sino por las imágenes que estas imprimen en su entendimiento, y preciso es, para que tal imágen se forme, que el entendimiento esté penetrado de las impresiones de los objetos á traves de los sentidos y sus órganos. De ahí las *nociones*, las *imágenes*, las *ideas*, ó, para hablar mas filosóficamente, los conceptos ó concepciones de cosas exteriores; que no tan solo forman la primera materia del conocimiento, si que tambien los principios mas ó menos fecundos de la ciencia de la naturaleza, segun la manera como se han formado en el entendimiento; lo que explica en parte la vivacidad de las primeras inspiraciones, la virtud del primer aspecto ó de la primitiva conjuncion del sujeto con el objeto.

Con todo hállanse cosas ininteligibles, espirituales, del mismo modo que se hallan objetos sensibles, materiales. Nosotros vivimos merced á nuestro en-

tendimiento y al comercio de éste con el de nuestros semejantes en un mundo moral, que se realiza y perpetua por el habla y en el habla, como las existencias físicas se fijan en el suelo y en él se desarrollan. El lenguaje de una sociedad humana, que llega à ser depósito ó almacén de los pensamientos, de las ideas y de la ciencia de esta sociedad y sus componentes, constituye el verdadero mundo de los espíritus, la esfera de las existencias intelectuales, con su vida, su luz y sus leyes.

Así, pues, con este linaje de existencias sùtiles, aéreas, por decirlo así, y que están como condensadas en las palabras, de la misma manera que el vapor de la atmósfera lo está con las nubes, con estos metafísicos objetos debe à menudo familiarizarse nuestro entendimiento, para que le fecunden, sin más intermediario que los signos que los espresan, y con el fin de formarse su *idea*, que luego debe desarrollar la ciencia por medio del análisis, y que espondrá el profesor en sus discursos para dar à conocer su verdad à los que la ignoran. Compréndese cuan difícil ha de ser el entrar en comercio por la vista del entendimiento con objetos tan delicados, tan fugitivos, y que solo es posible asir por su nebulosa cubierta, siempre más ó menos variable, formada por las espresiones de nuestros idiomas; compréndese cuanto más difícil ha de ser todavía persistir en esta con-

templacion, y que la inteligencia debe bien pronto fatigarse de su union con objetos tan deslizantes que por todos lados se le ocurren y escapan. A los espíritus privilegiados está reservado verdaderamente el saber contemplar las cosas inteligibles cara à cara, con fijeza y perseverancia; y por esto tienen más fecundidad, pues entrando en íntima relacion con los objetos del pensamiento, y penetrándolos con intensidad, reciben la vida de estas mismas cosas al recibir los resplandores de su luz.

Los entendimientos de este temple son también los que conciben ideas y piensan por el resto de hombres, cuya antorcha y guía son en el mundo intelectual; y con motivo de que su palabra, que nos transmite sus concepciones y sus pensamientos, se emplea en enseñar à reproducir, es decir, engendrar en los entendimientos de los demás las ideas que la luz de las cosas ha hecho brotar en los suyos, llámaseles por esto *hombres de genio*, esto es, *generadores* por medio de la inteligencia, ó transmisidores de la luz y de la vida del espíritu por medio de la palabra.

Esta consideracion nos lleva al segundo camino ó método, con cuyo auxilio los entendimientos más débiles, ó aquellos que teniendo talento carecen de genio, pueden conseguir formar la *idea* sobre el asunto acerca del cual deben hablar.

CAPITULO UNDECIMO.

CÓNCEPCION DEL ASUNTO.—MÉTODO INDIRECTO.

Aquellos que deben tratar un asunto que aun no lo ha sido, se ven obligados á sacar todo lo que digan de la consideracion del asunto y de su propio fondo; por tanto, segun sea su genio y penetracion, y segun la manera como se relacionen las cosas, sus discursos contendrán mas ó menos verdad, exactitud y fondo. Lo que no podrá faltarles es la originalidad, puesto que cogen las primicias, y puesto que, por punto general, la primera ojeada, libre de influencia, de toda preocupacion, de toda prevencion, y resultante de la impresion natural del asunto sobre el alma, produce ideas limpias y profundas, que quedan en el dominio de la ciencia ó del arte como un fondo comun, como una especie de patrimonio para los que vienen después. Mas adelante, trillada ya la via y recorrida por muchos, que dejaron en ella las huellas de sus pasos, cuando se ha escrito y hablado sobre un asunto en tiempos distintos y en

pueblos diversos, es difícil ser estrictamente original en semejante materia, es decir, tener sobre ella pensamientos nuevos y que nadie haya dado á luz; pero si esto es difícil, puedese y aun se debe tener otra especie de originalidad, que consiste en no escribir mas que ideas que hemos prohijado por una concepcion propia, y que salen animadas por la vida de nuestro entendimiento. Llámase á este procedimiento *tomar lo nuestro donde quiera que lo encontramos*; y Moliere, imitando á Plauto y á Terencio, La Fontaine, imitando á Esopo y á Fedro, no creian faltar adoptándolo. Esta operacion, indispensable para vivificar el discurso, es la que distingue esencialmente al orador, que echa mano de su fondo aun para decir lo que no es suyo, del actor ó del lector que solo recita ó declama ajenas producciones.

Para tal caso el problema es el siguiente:

Si el asunto sobre que se debe hablar ha sido tratado por varios autores, recójase cuidadosamente sus pensamientos mas verdaderos y culminantes, analízense y escójase con discernimiento y mediante el auxilio de una critica penetrante; fúndanse luego en el molde propio por medio de una poderosa sintesis que, escluyendo todo lo heterogéneo, reuna y condense lo homogéneo ó asimilable, formando de ello una masa, por decirlo así, una idea compleja, idea que adquirirá consistencia, unidad y color en el en-

tendimiento, á beneficio del ardor del trabajo intelectual.

Si puede compararse las cosas espirituales con las materiales, como en efecto se puede en todo caso, pues lo que unas mismas leyes las rigen, y de ahí su analogía, diremos que acontece en la formacion de la idea por este medio, lo mismo en cierta manera que en la confeccion de los productos del arte cerámico, compuestos de diversos elementos, tierras, sales, metales, alcalís, ácidos y otros, los cuales, separados, entresacados, purificados convenientemente, se amalgaman al principio en una sola composicion y luego son amasados, amoldados, molidos ó torneados y finalmente sometidos á la accion del fuego, que los consume en su unidad, y les presta á un tiempo brillo y solidez.

Del propio modo el orador que habla despues de otros muchos y se ocupa del mismo asunto, tratará en primer lugar de conocer cuanto sobre este se haya escrito, para entresacar los pensamientos que puedan servirle; luego agrupará y fundirá en su propia imaginacion estos pensamientos, y unida, concentrará en un mismo punto los rayos de esos focos diversos.

Imposible le ha de ser omitir este trabajo, si desea tratar la mater con plenitud y profundidad; en una palabra, si toma seriamente su tarea, que consiste en inquirir la verdad y manifestarla. Como todos los

artistas verdaderamente tales, posee el presentimiento de lo ideal, y el divino instinto de su inteligencia le estimula sin cesar para que eleve hasta él sus concepciones y pensamientos, á fin de producir en si propio, y luego esteriorizar por medio del lenguaje ú otro medio de espresion cualquiera, algo que se aproxime á dicho ideal, sin igualarlo jamás. Porque como las *ideas* propiamente dichas son las concepciones de Dios mismo, los eternos ejemplares sobre los cuales han sido formadas las cosas creadas con todas sus fuerzas, su actualidad y su perfeccionamiento posible, el espíritu humano, hecho á imágen del Criador, pero limitado siempre, sean cuales fueren su fuerza y luces, nunca puede conseguir mas que entreverlas ó contemplarlas acá bajo de una manera incompleta, y será siempre incapaz de concebirlas y reproducirlas con su inmensidad, con su infinitad.

Preciso es con todo, andar con cuidado para no dejarse llevar de consideraciones sobrado elevadas en ese campo por demás vasto; todo está enlazado, y mas que nunca tratándose de ideas divinas, puesto que son el reinado de la unidad, de la universalidad soberanas. El filósofo, que medita y escribe, puede remontarse en alas de la contemplacion sin temor de que su vuelo sea sobrado alto ni su acento sobrado enérgico, si la luz de la verdad ilumina su inteligencia y la dirige por buen camino; pero el

orador tiene delante un público que comunmente no se halla á su nivel y al que es preciso tomar en el grado en que se encuentra; el orador habla en una circunstancia dada, para producir un efecto de momento, para conseguir tal fin; condiciones que restringen el asunto, y á las cuales debe subordinarse y acomodarse el discurso. No se trata para el orador de decir cuanto se podria, sino solo lo necesario ó útil en el caso actual para ilustrar y persuadir al auditorio; y por lo tanto debe circunscribir la materia para mejor conducirla al fin que se propone, y su palabra debe tener el alcance, la elevacion y la direccion convenientes para aquella circunstancia.

Bajo este punto de vista es como debe el orador preparar sus materiales, y hacer, por decirlo asi, las provisiones de su discurso.

En primer lugar, hemos dicho, recogerá los elementos que han de entrar en su composicion. Conduciras pues como la abeja, que hace presa en las mejores flores, pues por un admirable instinto que jamas la engaña, no toma del caliz de estas sino lo que necesita para formar la cera y la miel, lo mas aromático y untuoso. Pero, nótese bien, la abeja se alimenta primeramente de sus extractos; los digiere, los transforma, y si los convierte en miel y cera es por medio de una operacion de intus-suscepcion y de asimilacion.

Esto mismo debe hacer el orador. Enfrente de él está el campo de la ciencia y de la literatura, campo sembrado de flores y frutos de toda especie, de todos colores, de todos sabores. En ese campo recogerá su botin pero con discernimiento, y, eligiendo lo que puede ser util á su obra, extraerá, á beneficio de una lectura reflexiva y del gusto de su entendimiento, preocupado en el asunto y que se fija por lo mismo rapidamente en cuanto con él se relaciona, todo aquello que pueda servir para nutrirle, llenarle y aun perfumarlo; en una palabra, los elementos sustanciales y aromáticos de su miel, ó de su idea, siempre á condicion de ingerir y digerir como la abeja, para que haya transformacion, apropiacion y por consiguiente produccion animada.

He aqui el modo como podrá conducirse, ó por lo menos he aqui como hemos procedido nosotros en iguales circunstancias, con provecho; y perdonémosenos estos detalles de interioridades, ó de gobierno oratorio, que creemos mas útiles que la enseñanza didáctica: ellos constituyen los procedimientos del oficio y los secretos del taller. A mas de que, para los novicios, no para los maestros escribimos; y para aquellos, de mas auxilio son los consejos prácticos resultado de la esperiencia, que las reglas generales y especulaciones.

Antes que todo, es preciso fijar con claridad com-

pleta sobre lo que se quiere hablar. No pocos oradores proceden respecto á esto con gran vaguedad, lo cual creo un vicio original que debe hacerse sentir en todo el trabajo, y en el auditorio. Nada hay peor que la vaguedad en el discurso; y sus consecuencias son la oscuridad, la difusion, la monotonía y la pesadez. El auditorio no se interesa por aquel que le está hablando sin saber lo que pretende decirle, y que mientras se propone guiarle parece ignorar á donde va.

Una vez determinado el asunto, sábase ya donde pedir auxilio. Tomanse informes de los autores mas distinguidos que sobre él han escrito; juntanse sus obras y procédese á leerlas con gran atención, parándose sobre todo en los capítulos ó parages que conciernen especialmente á aquella materia.

Leed siempre con la pluma ó el lápiz en la mano. Señalad los lugares que mas os chocan, aquellos en que se descubra el gérmen de una idea ú otra cosa para vos nueva; y despues, concluida la lectura, tomad una nota, pero una nota substancial, no una simple transcripcion ni un extracto, una nota que absorva del libro la idea que habeis comprendido, y que os habeis ya asimilado.

Sean estas notas, sobre todo, claras y breves; ponedlas unas á continuacion de otras, de suerte que podais mas tarde recorrerlas de una ojeada.

Desconfiad de las lecturas prolongadas que no dan que extraer: nuestra imaginacion es naturalmente tan perezosa, le es tan penoso el pensar, que se abandona voluntariamente al placer de leer los pensamientos de otros, para no tener el trabajo de formárselos, y entonces el tiempo se pasa en lecturas interminables, con el pretesto de encontrar materiales, lecturas que á nada conducen. El espíritu se desazona y embaraza, como sobrecargado de alimentos indigestos que no le dan luz ni fuerza.

No solteis un libro sin haber estraído cuanto se relacione con mas proximidad á vuestro asunto: solo cuando lo hayais hecho pasareis á otro para desflorarle, si es lícito hablar así, de la misma manera.

Este trabajo debe repetirse en otros varios, esto es, hasta observar que las mismas ideas se repiten, ó poco menos, y que apenas hay que ganar en esa especie de saqueo, ó bien cuando creais vuestro entendimiento ilustrado lo bastante, y que el espíritu necesita digerir el alimento recibido.

Descansad entonces por algun tiempo, con objeto de que se opere esta digestion intelectual; y luego, cuando esos alimentos diversos principien á transformarse, á penetrarse, vendrá el trabajo secretorio, que extrayendo de la masa alimenticia jugos diversos, los distribuirá por todas partes, contribuyendo á formar la unidad de la vida por la heterogeneidad de sus productos.

Sucede con el espíritu lo que con el cuerpo: después del alimento y descanso, necesita obrar y comunicarse. Cuando ha reparado sus fuerzas, necesita ejercitarlas; cuando ha recibido, necesita dar; cuando se ha concentrado, necesita dilatarse; le es preciso espeler lo que ha absorbido, y la plenitud contenida le es tan dolorosa como el vacío. Ahí están los dos movimientos de la vida, la atracción y la expansión.

Cuando esta plenitud se haga sentir, ha llegado el momento de obrar ó de pensar.

Vuelvase á tomar las notas, y reléanse cuidadosamente, teniendo á la vista el asunto de que se ha de tratar. Las que se alejan de él ó no parezcan substanciales, se borran, y, por medio de semejante eliminación, se van concentrando, comprimiendo los pensamientos que tienen entre sí mas analogía. Se los elabora por un espacio de tiempo mayor ó menor en el entendimiento, como en un crisol, por medio del fuego interior de la reflexión, y por punto general acaban por amalgamarse, por fundirse, hasta el punto de formar una masa homogénea que á beneficio del martilleo perseverante del pensamiento se reduce, como las moléculas de los metales en fusión, á una unidad densa y sólida.

Desde el momento que se adquiere la conciencia de esta unidad, entreevee la idea esencial de la com-

posición y en ella las ideas principales que han de constituir su división, y que van apareciendo ya como las primeras delineaciones de la organización del discurso.

En este caso, como la idea se forma por medio de una síntesis, ó por una especie de coagulación espiritual que tiene vida porque en un solo espíritu se ha verificado la penetración de ideas diversas, y el espíritu solo las ha asimilado entre sí, asimilándose-las á sí propio. Cobran vida en su misma vida que las identifica, y, bien que en esta circunstancia la idea se componga de elementos múltiples, con todo, como estos elementos han sido transformados por medio del pensamiento, se armonizan y constituyen un nuevo producto que recibe del entendimiento, donde se forma, algo de propio y original.

Algunas veces, sin embargo, no sucede de esta manera, sobre todo respecto de los mas activos y fecundos entendimientos. La lectura de ideas ajenas constituye para ellos no ya la causa eficiente sino la causa ocasional de la idea buscada, la cual nace por medio de súbita iluminación, en medio del trabajo de la imaginación acerca de las ideas de otros, como brota la chispa del pedernal que el hierro hiere.

Constituye una idea mista entre el método directo que es el de la naturaleza, y el indirecto, que acabamos de describir. Del primero participa en cuanto

tiene en si mismo una especie de generacion de la idea que se produce repentinamente; bien que esta generacion es menos viva y como si dijéramos de segunda mano, porque no se ha formado en la imaginacion mediante la accion de la cosa misma, y sí por su imágen ó reflejo en humano concepto. Participa de la segunda en cuanto la lectura y reflexion han dado lugar al nacimiento de la idea.

Esta, inferior siempre á la que ha engendrado el objeto mismo, es mas natural y por lo tanto mas viva que aquella que fue producida por la síntesis; es tambien mas sencilla y original; guarda mas intimidad con el entendimiento, que la ha concebido de golpe y del que sale llena de vida, como Minerva, segun la fábula, salió armada del cérebro de Júpiter, partido por el hacha de Vulcano. Lo propio sucede con el entendimiento del orador que á la impresion de un concepto se abre, brotando de él organizada ya la idea de un asunto, que viene á ser la Minerva ó la ciencia de la peroracion. El plan de la composicion, en este caso, se hace por si mismo. La idea madre se ofrece dominando desde luego; toma su puesto por derecho de nacimiento, y las demas acuden á agruparse en torno de ella, constituyéndose naturalmente en subordinadas suyas, para cooperar á su manifestacion y á su gloria, no de otra manera que se alinean las abejas al rededor de la reyna, á

fin de trabajar bajo su direccion en la comun obra, ó que en las revoluciones y crisis que deben ponerles término se alzan los pueblos instintivamente al hombre providencial, suscitado por Dios para restablecer el órden, la justicia y la paz.

CAPITULO DUODECIMO.

INCUBACION Y ORGANOGENIA DE LA IDEA.

La idea se forma , ya por la fecundacion del entendimiento por medio del objeto que en el engendra su imágen y depone su vida , ya por la síntesis de elementos diversos, transformados y aunados á beneficio de la intus-suscepcion, ya en fin por el procedimiento misto , que participa de entrambos, y acabamos de describir.

Mas en los tres casos , durante el primer instante de la concepcion un producto informe , vago, que flota, por decirlo así, en las aguas del entendimiento y por cima del cual se cierne el espíritu de vida que acaba de animarle, y que debe desarrollarle, organizar y constituirle en determinada existencia, dándole individualidad por medio de la palabra y en el discurso.

No es otra cosa que el gérmen fecundado en el maternal seno, del cual no puede salir sin peligro, por carecer de organizacion bastante fuerte para tomar asiento y vivir en el mundo en que está llamado

á establecerse. Existe, pues, una época indispensable de incubacion y organogenia , cuya falta traeria el aborto y la pérdida de la vida.

Y lo mismo sucede respecto del orador, que ha concebido su idea y la lleva en las entrañas de su entendimiento. Vedado tiene el darla á luz mientras no pueda presentarse con las condiciones de viabilidad, es decir, mientras no está en todas sus partes organizada para funcionar convenientemente en el mundo en que va á descender ; sino quiere que su discurso aborte y carezca de vida su palabra.

En ocasiones, la idea concebida se desenvuelve y forma con rapidez formándose en consecuencia subitamente el plan del discurso que puede arrojarse en el papel tibio aun, por decirlo así, del ardor de la concepcion que acaba de operarse , como el metal fundido se vierte en el molde cuyos lineamientos llena de golpe, que es el caso mas favorable á la elocuencia si fué bien concebida la idea y viene de luz henchida.

Mas, por punto general, importa no precipitarse en formar el plan. En la naturaleza, la vida no se organiza sin determinado tiempo; los seres efimeros se forman solo rápidamente, porque rápidamente han de desaparecer. Pero todo cuanto está destinado á durar crece lentamente, como quiera que la solidez y fuerza de cuanto existe se halle en razon di-

recta del tiempo empleado en el crecimiento y maduración del producto.

Cuando hayais, pues, concebido una idea, á menos que desde el momento aparezca perfectamente clara, no os apresureis á echarla en el molde; llevadla algun tiempo en vuestro espíritu, así como una madre lleva su fruto, y durante este período de gestación, por la propia razón de vivir el germen en vuestro entendimiento, pugará él mismo por desarrollarse y completarse. Mediante la incubación espiritual de la meditación, pasará del estado de huevo al de embrion ó feto, y ya sazonado para nacer, hará el esfuerzo necesario rompiendo las trabas de su cárcel y descenderá á la región de la luz: y la ocasión de escribir ha llegado.

No se explica mejor la organogenia de las ideas que la de los cuerpos: el trabajo de la naturaleza es en las dos misterioso; bien que como en la esfera intelectual, y para la producción de los pensamientos, intervienen la libertad y la conciencia, podemos entrever con alguna más claridad, y nuestra actividad tiene en ella más participación.

El entendimiento, en efecto, es una matriz espiritual que se siente, se conoce á sí propia, y conoce hasta cierto punto cuanto en ella pasa. No podemos concebir una idea sin tener conciencia de ella; porque la propiedad de una concepción espiritual es for-

mar en nosotros un conocimiento; así es que no estamos abandonados, bajo este punto de vista, como en la concepción física, á la acción de las ciegas fuerzas de la naturaleza.

La madre de los Macabeos decía á sus hijos: ignoro como os formasteis en mi seno, y como se ha coagulado en él la vida que recibisteis. Ahora bien; el entendimiento, que es la madre de las ideas, toda vez que las engendra y da vida, goza el privilegio no solo de sentir, si que de ver esta formación; porque sin esto no fuera entendimiento. Asiste al desarrollo de sus ideas cooperando á él de una manera activa é inteligente, por medio de las operaciones del pensamiento, por medio de la reflexión, de la meditación, del trabajo del espíritu; y ahí está la diferencia entre la naturaleza física y la naturaleza moral, entre la del cuerpo y la del alma, entre la actividad de la materia animada y la de la inteligencia.

El pensamiento se aplica á la frecuente consideración de la idea ya concebida, la vuelve y revuelve en todos sentidos, la considera bajo todas sus facetas, la coloca relacionándola de mil maneras; y luego la penetra con su luz, escudriña su fondo y sucesivamente la examina en sus partes principales, que principian á surgir, á distinguirse, á determinarse, bien así como se ven en el embrion los primeros ru-

dimientos del corazon y de la cabeza, aparecen despues muchos órganos uno tras otro como puntos vitales, ó como lineamientos confusos al pronto y que poco á poco se van destacando.

Asi mismo la idea aparece cada dia desde el instante posterior á su formacion, con mas desarrollo al espíritu que la lleva, y que se asegura de su progreso por medio de perseverante meditacion.

No pocas veces sucede morir ideas buenas en el entendimiento del hombre, como niños en el seno de su madre, sea por falta de alimento, sea motivado por la debilidad del espíritu, que, en virtud de su ligereza ó afanes, no obra con bastante eficacia sobre lo que ha concebido por medio de la reflexion. Obsérvase tambien que los que conciben con mas presteza y facilidad paren generalmente por el pensamiento y palabra productos débiles y efimeros, ya sea que no se den el tiempo necesario para el sazamiento de su concepcion ansiosos por dar á luz prematuramente en virtud de la vivacidad de sus sentimientos y de su imaginacion, que sea á causa de su impresionabilidad y actividad de su espíritu, que, cediendo siempre á impresiones nuevas, gastándose en reacciones sobrado prontas, carece de fuerza para meditar con paciencia, permitiendo que escapen de su entendimiento, producciones formadas á medias, pensamientos apenas bosquejados y sin via-

bilidad. Está pues en nuestra mano favorecer en mucho la maduracion de nuestras ideas, y conducir las felizmente á término.

Sin embargo, fuerza es reconocerlo y confesarlo humildemente, la razon y la libertad tiene en este trabajo, como en todo, y mas tal vez que en todo, incontestable participacion, pero gran parte de él es involuntario, debiendo poco al mérito propio del hombre comparado con lo que debe á los dones inmensos y gratuitos de que este se halla dotado. ¿Quien podrá dar al genio, ni aun al talento, ese notable entendimiento con cuya ayuda concibe las cosas con prontitud y limpieza; capacidad ó fecunda matriz de las ideas, que se atecta á la menor impresion de los objetos, cuyos tipos reproduce tan maravillosamente?

¿Quien les da esa poderosa inteligencia cuya mirada penetrante va hasta el fondo de las ideas, apoderándose de cuando pueden tener útil, distinguiendo sus mas íntimas relaciones; esa imaginacion ardiente que reviste cuanto concibe con los mas brillantes colores; esa memoria segura, que conserva todas sus facciones y las reproduce á voluntad, separadamente ó en conjunto, segun conviene el trabajo del pensamiento y de la meditacion?

¿Quien les comunica ese vigor en la atencion, al espíritu esa facultad de hacer presa, facultad que le permite asir, y retener con energia y perseverancia

ante el ojo de la inteligencia lo que esta debe apreciar y profundizar; esa paciencia en su observacion, que constituye por si sola una especie de genio, sobre todo tratándose del estudio de la naturaleza?

Tan ricas facultades son susceptibles, sin duda, de adquirir desarrollo por medio del egercicio, perfeccion por medio del arte; pero ni este ni aquel las crean.

Luego como en el órden intelectual ó de la ciencia, lo mismo que en el mundo físico, nada vemos sin la luz que ilumina los objetos, ¿de donde proviene á esos espíritus privilegiados la luz inteligible que iluminándolos con mas abundancia que á los otros les permite percibir en las cosas y en sus ideas lo que nadie mas alcanza á ver, de suerte que segun la magnífica espresion del Real Profeta, ven la luz en la luz misma? ¿De donde dimanan las altas inspiraciones, la súbitas iluminaciones del genio, gérmen de grandes ideas nuevas, y tan profunda, tan vigorosamente concebidas que se convierten por su brillo en focos de luz, en antorchas de la humanidad? ¿Por que en presencia de la naturaleza y de la sociedad son tan impresionables que alcanzan á ver y á comprender lo que para los demas es tinieblas y cáos?

Tanto valdria preguntar por que un suelo es mas fértil que otro, por que bajo tal clima es mas ar-

diente el sol y su luz mas pura. Dios dispensa sus tesoros y sus gracias conforme á su voluntad lo mismo en el mundo moral que en el mundo físico; bien que en la dispensacion á los pueblos y á los individuos en general ó en particular, no pierde de vista el manifestar su verdad, su poder y su misericordia, y que en donde quiera que enciende mas fuego y mas luz, donde quiera que hace surgir la vida con mas abundancia, donde quiera que la grandeza de sus dones resplandece con mas maravilla, es que allí ha tenido á bien escoger órganos que espresasen su voluntad, testigos de su verdad, heraldo de su ciencia. representantes de su gloria, y bienhechores del género humano.

Ahí está el secreto de esas maravillas de poder, de virtud, de genio, que de tiempo en tiempo aparecen entre los hombres. Es Dios que se hace conocer por medio de sus enviados, que obra por medio de sus instaumentos; y si estos son inteligentes y libres, la dicha y gloria de todos se funda en concurrir con todas sus fuerzas, con toda su voluntad, al gran acontecimiento del reinado de Dios sobre la tierra, y á la realizacion tan completa como sea posible de sus ideas eternas.

Bajo este concepto lo mismo que en los actos de la voluntad humana en la práctica del bien, sucede respecto de las obras de su espíritu en la ciencia.

No puede hacer una buena accion sin quererla, y solo puede quererla ejerciendo su libertad; pero la inspiracion del bien, eso que le conduce á escogerlo y le comunica fuerza para llevarlo á cabo, no viene de él, viene de la gracia, y he aqui como hemos dicho que por nosotros mismos no podemos formar una buena resolucion ni practicar una accion buena, apesar de que tenemos voluutad y libre albedrío puesto que de uno y otro somos responsables.

Del propio modo, nada podemos por nosotros solos relativamente á la concepcion y espresion de nuestras ideas. Es indispensable la vida de nuestro entendimiento á cada punto renovada; es indispensable la vida ó la impresion de las cosas que le penetran con mas ó menos profundidad; es indispensable la luz que fecunda y hace que nazcan las cosas y crezcan; es indispensable en fin la vida que rodea á los espíritus como á los cuerpos; atmósfera moral que escita, alimenta y desenvuelve cuanto en ella se mueve. Y en medio de todo esto, y con todo esto, es indispensable la enérgica cooperacion del espíritu que siente, concibe y piensa, sin el cual nada es posible para el hombre.

Asi pues, en el órden especulativo y por lo que hace á las producciones del espíritu lo mismo que en el órden moral y por lo que hace al cumplimiento de nuestras acciones, mientras que mantenemos

nuestra libertad, mientras que ejercemos la actividad de nuestra inteligencia que tienen su derecho, su parte y su papel, debemos contar ante todo con aquel que tiene en sí propio la vida, que es la vida misma, que ilumina los espíritus y los fecundiza asi como penetra las voluntades y las dirige, y cuya virtud, al comunicarse á los hombres, torna en fuente de dones perfectos, de concepciones luminosas, de grandes ideas, como de buenas inspiraciones, de resoluciones santas, y de acciones virtuosas.

CAPITULO DECIMOTERCERO.

REDACCION DEL PLAN.

Todo llega en la naturaleza á su tiempo y término marcado. La fruta deja escapar la semilla, cuando se halla sazónada y dispuesta para la reproducción, y la madre da á luz á su hijo, cuando ha llegado la hora y el nuevo ser está bastante organizado para vivir.

El producto espiritual que el orador lleva en su entendimiento sigue los mismos pasos. Hay un momento en que la idea pugna por salir de su oscura estancia, para descender al mundo de la luz, para presentarse y desplegarse á la claridad del día. Pero entre uno y otro hay una diferencia: que como esta producción sea intelectual, se halla hasta cierto punto subordinada á la libertad del espíritu; que por consecuencia el momento del nacimiento no es fatal ni necesario, como en lo físico, y que por lo mismo el autor puede retardarlo ó apresurarlo según su voluntad, y lo uno ú lo otro á menudo en detrimento del fruto y de su desarrollo.

La emisión precoz, es decir, el esfuerzo por reducir á plan una idea no madura y de organización vaga todavía, puede ocasionar el aborto, ó al menos un parto desgraciado, cuyo producto no sea viable, ó solo viva en malas condiciones; y esto es lo que sucede á los autores noveles harto afanados por producir.

Mas, por otro lado, sobrado retardo en la composición del plan, cuando está al punto la idea y solicita darse á luz, es asimismo perjudicial para la obra, que puede languidecer, deteriorarse y aun ahogarse en el entendimiento por falta del aire y luz que necesita para vivir, y que solo puede obtener viniendo al mundo.

Hombres hay que pasan todas las penas del mundo para producir sus pensamientos, sea por falta de vigor para espelerlos revistiéndolos de la forma conveniente, sea por natural pereza, que no puede resolverse á practicar esfuerzos incesantes; semejantes á esas mugeres de muelle complexión y temperamento blando que no saben alentarse en sus últimos momentos, haciendo preciso que se arrebate con el hierro el fruto de sus entrañas con peligro de muerte para hijo y madre.

Esa lentitud, ó mejor esa incapacidad para producir llegada la oportunidad, es señal de debilidad de espíritu, de una suerte de impotencia: indica de

todos modos un notable vicio en la constitucion intelectual; aquellos á quienes afecte escribirán poco, difícilmente, y jamas podrán hablar en público con afluencia, jamas serán oradores.

Sin embargo, aun los que están llamados á serlo, participan en ocasiones de inercia y lentitud. Nuestro instintivo horror al trabajo, y al trabajo del pensamiento, mas difícil y penoso que ningun otro, nos lleva á guardar largo tiempo en nuestra cabeza una idea madura que solicita ver la luz, sin otro motivo que el de evitarnos el mal que esto nos ha de ocasionar. No podemos decidirnos á tomar la pluma para redactar el plan, aplazándolo de un día para otro bajo el pretexto vano de no haber leído, reflexionado bastante, de que no ha llegado aun la oportunidad, y de que ha de ganar la obra prolongando los estudios. Y este retardo intempestivo causa la languidez del fruto por falta de alimento; consúmese poco á poco, pierde su vitalidad, y antes de nacer, muere. Muchas y muchas ideas escelentes perecen de este modo en gérmen, ó quedan ahogadas en su desarrollo, por causa de la indolencia ó debilidad de los espíritus que las concibieron, y que no han tenido fuerza para parirlas: la culpa del hombre motiva la pérdida del don de Dios.

A quien sobre todo sucede lo que acabamos de decir es á hombres, por otra parte distinguidos y do-

taños de raras cualidades, pero temerosos, por las obligaciones del deber y la presion de la circunstancias en que pueden verse empeñados; estos, bajo el pretexto de conservar su libertad, y con el motivo real de satisfacer su desidia, esquivan la necesidad del trabajo, sus exigencias y fatigas, privándose con esto del estímulo mas activo que tiene la vida intelectual. Abandonados á sí mismos, sacúdense toda influencia estraña como á yugo, pasan la vida concibiendo sin crear, leyendo sin producir, reflexionando, ó mejor, rumiando, sin jamás llegar á escribir ni hablar en público. **Fortuna** hubiera sido para los tales verse obligados á trabajar para vivir, porque su espíritu encontrara en el aguijon de la necesidad un resorte que le falta; la necesidad de subsistir por medio de su trabajo, ó el hambre, hubiera hecho lo que no ha podido hacer el amor á la verdad ó á la gloria.

La condicion mejor para quien ha recibido el don de la palabra, y que puede hacer al orador, es, pues, la de encontrarse forzado á serlo; porque el trabajo de la palabra y el pensamiento que presupone causan tanta pena y son de dificultad tanta, que á escepcion de algunos hombres privilegiados á quienes arrastra su genio ó su ambicion, nada menos que una necesidad física ó moral se necesita para que se emprenda con ellos.

Pero el profesor, precisado á pronunciar su discurso en días, en horas marcadas; el sacerdote, obligado á subir al púlpito en ocasion determinada; el abogado, puesto en el caso de ir á informar de tiempo en tiempo y cuando los jueces tienen á bien fijarlo; el que se halla ser miembro de un consejo ó de una asamblea deliberante, y ha aceptado el cargo de hablar en un asunto dado; ¿como dejarían de aprestarse faltando á su deber ó comprometiendo su posicion y su nombre? Y en estos casos es cuando se emprenden los esfuerzos, se sacude la pereza, se cobran ánimos para estudiar con seriedad la materia; estudio que nunca se hace mejor que cuando nos hallamos precisados á escribir, sea para comprenderla bien y concebirla con claridad, sea para esponerla convenientemente y de suerte que parezca deber convencer y persuadir.

Bajo este concepto podemos decir con el Evangelio; *bienaventurados los pobres*. La pobreza ó la necesidad es el mas vivo aguijon para el espiritu y para la voluntad; por él nos vemos obligados á movernos y á ingeniarnos á fin de procurarnos recursos, y durante la juventud, sobre todo, que es la época mas favorable para adquirir é instruirse, es gran dicha que la necesidad nos arrebathe de los alhagos del placer, de las disipaciones del mundo ó de la inercia de la pereza. Y bien es precisa esta violencia y el temor

que la inspira, para devolver á la reflexion, á la meditacion, al perseverante ejercicio del pensamiento, una alma por todos sus sentidos esteriorizada, sedienta de goces, y arrastrada por la superabundancia de vida que en esa edad se desborda en el mundo esterno, donde busca el alimento y la felicidad que no ha de encontrar. Nuestra juyentud entera transcurrida en tan violento estado, en incesante lucha entre el instinto de la naturaleza y la obligacion del trabajo, nos ha dado ocasion de conocer cuan costoso es triunfar de ella y cuales son los mejores medios al objeto.

¿Como debe hacerse el plan?

Para hacer un buen plan, es indispensable tomar la pluma, por que la escritura es una hilerá, un cilindro que dilata maravillosamente las ideas, espló-tando en cuanto cabe su ductilidad.

En circunstancias imprevistas puédese sin duda mediante algunos momentos de reflexion, levantar de improviso el plan de un discurso y hablar conveniente y aun elocuentemente; bien que esto presuponga el conocimiento prévio de la materia, y que se guardan en el entendimiento series de ideas formadas por medio de estudios y meditaciones anteriores, toda vez que las ideas, ó todas las de un discurso al menos, no se improvisan.

Pero si teneis tiempo para prepararos, jamás to-

meis la palabra sin haber puesto en un papel el cuadro de lo que pensais decir, el encadenamiento de las ideas que pensais emitir, y esto por dos razones; primera, y la mas grave, porque estareis mas enposicionados del asunto; lo cual permite hablar mas pertinentemente y sin cuidado de divagar; porque mientras escribis un pensamiento, haceis un análisis. Aclárase la division del asunto, adquiere fijeza, y se viene á la pluma sin mas que la enunciacion, sucesiva, un tropel de cosas que aun antes pasaron desapercibidas.

Hablar, es pensar en voz alta; es mas aun; es pensar ordenada y distintamente, de suerte que diciendo una idea, no tan solo la hacemos comprender á los demás, si que nosotros la comprendemos mejor esponiéndola á nuestros propios ojos, y desplegándola por medio del lenguaje.

La escritura presta mas vigor á la palabra, le comunica mas limpieza, mas fijeza, mas energia; y como lo que escribimos tenemos que examinarlo de mas cerca, y con mas insistencia, podemos hacer brotar relaciones escondidas y penetrar á mayor profundidad, donde se encuentran abundantes venas ó filones.

Bien podemos afirmar que no se tiene completa conciencia de ningun pensamiento hasta que se ha escrito. Mientras permanece encerrada en lo interior del espíritu, no se desprende de cierta oscuridad: no

se la vé en completo desarrollo; no se la puede considerar por todos lados, por todas sus faces, en todas sus relaciones.

Por otra parte, mientras vuela por los aires con la palabra, tiene algo de vago, de flúido, de inexacto. Su perfil está mal delineado, sus contornos son indecisos, la espresion es mas ó menos arriesgada, y no falta que añadir ó quitar. No pasa de un bosquejo. Al estilo está reservado proporcionar al pensamiento su valor justo, su forma acabada, su completa manifestacion.

Con todo, guardaos de poner mucho aliffo en la redaccion del plan: este debe ser como el dibujo del pintor, el croquis que determina por medio de pocos rasgos, inteligibles solo para quien los ha trazado, lo que debe entrar en la composicion del cuadro, y el sitio para cada cosa. La luz y las sombras, el colorido y la espresion no han de venir hasta mas tarde.

O bien, para emplear otra imágen, el plan es un esqueleto, árido armazon del cuerpo, que tiene algo de repugnante para quien quiera que no sepa anatomía, pero lleno de interés, de significado y de particularidades para aquel que la estudió y disecó; porque cada hueso, cada proeminencia, cada depression es un signo de lo que debe suportar tal organizacion, lo que hace de ella una abreviatura de todo el cuerpo, el resumen de todo el organismo.

Así pues, en cuanto sintáis vuestra idea en sazón, cuando esteis en posesión así de su centro como de sus rayos, en sus principales líneas, tomad la pluma y vaciad en el papel lo que entonces teneis á la vista, lo que en vuestro espíritu estais concibiendo. Si sois jóvenó novicio, dejad que la pluma corra y con ella la oleada del pensamiento; nunca falta vida en este primer arranque, y es preciso guardarse mucho de quebrar su ímpetu ó enfriar su ardor. Dejad que fluya la lava del volcan; por sí misma ha de venir á coagularse y á cristalizarse.

Terminad el plan de la primera tirada, si os sentís arrastrados á ello, y seguid vuestra inspiración hasta á su término; y luego, dejad que descansa por algunos dias, ó cuando menos por algunas horas. Leed entonces con toda atención lo que escribisteis, y dad á vuestro plan nuevo giro, es decir, volved á escribirlo de la cruz á la fecha, no perdonando mas que lo necesario, lo esencial. Condenad sin misericordia todo lo accesorio ó redundante, y trazad, gravad con cuidado los rasgos principales que determinan la configuración del discurso, encerrando en sus líneas las partes que lo han de componer. Cuidad, eso sí, de que estos rasgos queden bien calcados, bien relacionados, y enlazados unos con otros, á fin de que sea clara la división del discurso, y la serie de pensamientos bien ajustada.

CAPITULO DECIMOCUARTO.

CONDICIONES DEL PLAN.

De la naturaleza del plan derivan sus calidades esenciales. Constituyendo el diseño del edificio del discurso, importa que esté trazado con limpieza, bien distribuido en partes, y éstas de proporciones regulares, de suerte que de una ojeada el arquitecto y toda persona inteligente, conocedora en trabajos de la misma índole, pueda apereibir el objeto de la construcción ó la idea que se intenta realizar, con los medios principales para conseguirlo. Todo plan que no sugiere al punto estas ideas al hombre competente que lo está considerando, es defectuoso.

1.º Ese bosquejo depende del espíritu que concibe y piensa, y de la mano que dibuja. Todo trazado está en razón de la manera de sentir, concebir y reproducir lo que se contempla en la naturaleza ó lo que se está imaginando, y cualquiera que sea la destreza de la mano, sino la anima el alma, si la inteligencia no es su directora, no compondrá mas que imágenes sin vida y copias exactas tal vez, pero

sin espresion. En un simple rasgo, en una sola pincelada cabe revelarse un alma entera; testigo aquel grande artista que reconoció á otro viendo una linea que habia trazado.

¿Que consejos podremos dar sobre este asunto? Todos los preceptos del mundo no enseñarian á sentir ni á concebir. Al tratar de la concepcion y de la formacion de la idea hemos dicho casi todo lo que podríamos decir ahora. Recomendaremos, si, al orador novicio, que al construir el plan fije solo su atencion en los grandes rasgos; que trace con valentía las líneas principales de su discurso, dejando aparte las secundarias; que dibuje á grandes líneas, por decirlo asi, y no descienda á puntear, á perderse en detalles cuando importa marcar las grandes vías.

Le recomendaremos así mismo que nada oscuro, vacilante ó vago deje en su diseño, y que ni un rasgo ponga en él, que no tenga importante significado.

Este egercicio y la direccion de un hábil profesor han de enseñarle á echar esas poderosas pinceladas que tanto espresan con poquísima materia; ventaja que permite al improvisador ser fácil y fecundo, por que cada punto de su plan viene á adquirir vida, y comprimiéndola á su paso, el discurso hace brotar de él la luz del pensamiento y la abundancia de la espresion.

Así es como los bosquejos de grandes maestros,

son á las veces para los artistas mas preciosos que sus cuadros, y la razon consiste, en que muestran desnuda la idea del autor, y los medios empleados para transmitirla. Será por esta causa de gran utilidad á los escritores jóvenes estudiar planes de grandes maestros, para aprender á modelar á su guisa, consiguiendo al propio tiempo dar elevacion á sus escritos, penetrar mas hondamente por medio de la meditacion y el trabajo de inteligencia que este noble exámen supone, los íntimos propósitos de los que crearon tales obras, y apreciar mejor las relaciones que enlazan los altos pensamientos con la magnificencia de su espresion.

2.º La buena distribucion del plan depende así mismo del modo como se concibe el asunto, y del fin que con el discurso nos proponemos. Tambien en este punto sirven de poco los preceptos generales. Necesítase sobre todo buen sentido, sagacidad y tacto: buen sentido, para ver las cosas derechamente, en su punto verdadero, ó por su lado mas favorable, á fin de no decir mas que lo que convenga en aquella circunstancia dada: sagacidad, para escudriñar la materia, penetrarla, analizarla, disecarla, y estenderla, sobre el papel primero, y luego por medio del discurso; tacto, para hablar oportunamente, dejar en la sombra aquello cuya atencion ofrece inconvenientes, haciendo resaltar ó salir á la claridad lo ventajoso;

no ser sobrado largo, ni demasiado corto; colocar cada cosa en su sitio, y todo esto, con prontitud, con limpieza, claridad y sencillez, de suerte que en el modo de la exposicion puedan distinguirse, se entrevean al menos, los pliegues y repliegues del pensamiento capital, que con el discurso se desenlaza y despliega.

Un plan mal concebido y mal dividido, que no coloca al auditorio desde un principio en el preciso centro del asunto, poniéndole en posesion de la materia, es estorbo, antes que ayuda; es un armazon de ruinas que á nada conduce; que sobrecarga y destruye el edificio, en lugar de cooperar á levantarlo.

3.º La proporcion y armonía en las partes contribuyen á la belleza del discurso. Lo bello resulta de la variedad en la unidad y de la unidad en la variedad, pues no es otra cosa que la exigencia de la unidad que señala á cada parte su clase, su sitio y su medida.

El exordio es á menudo sobrado largo, é interminable la peroracion. Apenas queda que poner en el centro. El resultado es un mónstruo de enorme cabeza, inmensa cola y cuerpo exiguo.

Otras veces el cuerpo del discurso se alarga hasta el punto de hacer perder de vista el cuerpo de la obra, dándonos por consecuencia una chocante deformidad, como si viésemos un hombre que con

grandes brazos y largas piernas tuviera un cuerpo mezquino.

La idea principal debe resaltar en el fondo de cada una de las partes; el oyente debe ser atraído sin cesar hácia ella por medio del desarrollo sucesivo de los conceptos accesorios, por mas numerosos que sean, en razon de que estos últimos carecen de vida regular sin el influjo continuado de aquella: que si en su esposicion, crecen ó se hinchan mas de lo regular, será á expensas de la idea madre, y produciendo una deformidad, una especie de achaque en el discurso, á la manera que las excrecencias mostruosas que devoran los seres animados, cuando se desarrolla uno de los órganos con irregularidad ó escesivamente, por causa de la afluencia anormal de la sangre, de que el resto del cuerpo se halla privado.

Cuando debe improvisarse es cuando mas que nunca importa cuidar de que las divisiones sean claras y sus partes exáctamente proporcionadas; porque otro de los inconvenientes de la improvisacion, y el mayor de todos acaso, es la difusion, la divagacion, cuando nos abandonamos á la inspiracion del momento, al calor del discurso, que no puede dominarse como se querria en medio de la abundancia de la palabra y de las ecsitaciones de la imaginacion.

Puede obviarse este escollo, en cuanto cabe, determinando con vigor previamente la proporcion de

cada una de las partes, y esto de una manera tan fija y tan marcada, que no se pierda de vista ni aun hablando, y que nos atraiga y atraigamos á ello al auditorio á través de digresiones, episodios y esplicaciones súbitas que puedan presentarse, y no conviene escluir; y á veces en medio de las emociones de la sensibilidad ó arrebatos de la pasion, en que puede verse lanzado el orador en el curso de la improvisacion.

Sea pues el plan del discurso acordado con firmeza, distribuido con exactitud y bien proporcionado en sus miembros, y no tendrá con ello poco adelantado el orador, quien se encuentra siempre mas ó menos agitado y conmovido por lo repentino y aventurado de la improvisacion. Entonces podrá abandonarse con mas confianza á la inspiracion, al torrente de la palabra, sintiéndose sobre terreno sólido y conocido, de ventajas é inconvenientes sabidos, y sobre todo, sino pierde de vista el objeto que quiere alcanzar y el camino que debe conducirle á él.



CAPITULO DECIMOQUINTO.

PREPARACION FINAL ANTES DE TOMAR LA PALABRA.

Sea cual fuere el mérito del plan del discurso, no pasa de ser una letra árida, ó, como hemos dicho ya, una especie de esqueleto, al cual debe añadirse las carnes y la vida con el auxilio de la palabra. Es el discurso en potencia que debe pasar á obra. Ahora bien, antes del paso de la potencia á la obra, ó del plan al discurso, y á fin de practicar este paso siempre difícil en el momento en que ha de tener lugar, hay una preparacion final, preparacion inmediata que no carece de importancia y puede contribuir muy mucho al buen éxito. Es el soldado que apresta sus armas y su ánimo antes del combate; es el general que toma sus últimas disposiciones despues de determinado el orden de la batalla, y para que este orden sea ejecutado con exactitud.

Otro tanto debe hacer el orador en el momento supremo. Despues de fijadas sus ideas en el papel por medio de una atenta eleccion, lo cual constituye su plan de campaña, debe, algun tiempo antes de

penetrar en la arena ó en el campo de batalla, recogerse por última vez á fin de agrupar todas sus fuerzas, escitar las potencias todas de su alma, espíritu y cuerpo, en presencia de la obra que va á emprender, y tenerlas á mano y preparadas para lanzarse al objeto que se le designe.

Este es el supremo esfuerzo de la preparacion, y por lo tanto una crisis que agita notablemente al que va á hablar, y le es penoso hasta el estremo.

Vamos á describirlo, indicando lo que puede hacerse para emplear al mejor éxito del discurso todos los medios del orador, es á saber, sus facultades morales, intelectuales y físicas; porque el orador verdadero habla por toda su persona, por todas las fuerzas de su ser, así que, durante este momento que precede al discurso, debe concentrar, disponer y preparar todos sus medios.



CAPITULO DECIMOSESTO.

ÚLTIMA PREPARACION INTELLECTUAL.

Queda escrito el plan, pero queda en el papel, fuera del espíritu; y aunque traiga de este su origen, es tan sùtil el enlace de las ideas, que puede desvanecerse con facilidad, particularmente en medio de la concurrencia en que debe presentarse el orador, que puede ocasionarle mil distracciones.

Por este motivo en el postrer momento, es decir una hora, media hora, un cuarto de hora antes de tomar la palabra, debe en el silencio repasar su plan, recorrer cada una de las partes con su encadenamiento, fijar definitivamente sus ideas principales y el órden de las mismas, y en una palabra, gravar, ahincar profundamente en su imaginacion lo que escribió en su papel, de suerte que pueda leer en sí propio, dentro de su entendimiento, con seguridad y sin esfuerzo las indicaciones de lo que ha de decir.

Viene á ser esto una especie de contraprueba hecha dentro del espíritu, de lo que ha escrito, con objeto de que sus notas puedan dar con la distribucion

de sus ideas en el cuadro vivo de su imaginación; y la condensa, la concentra todavía para ello en breves palabras, que de insignias ó banderolas á la vez le sirven; insignias al rededor de las cuales se agrupan pensamientos accesorios ó parciales formando como una compañía en torno de su jefe, banderolas que marcan la ruta para llegar al término con seguridad.

Así pues anuda uno con otro todos estos signos por medio de un supremo esfuerzo del pensamiento, para abrazarlos de una ojeada en sus correspondientes sitios y con sus relaciones mútuas, y cada uno con relación al fin que se propone conseguir con el discurso. Semejante á un general que en el momento de un combate, colocado en una altura echa la última ojeada para la distribución de su ejército, viendo á cada cuerpo á cada regimiento en el lugar que le estaba designado; por cuyo medio, después de haberse en posesión de él, por medio del poder de la mirada, le tiene como si digéramos en su mano, pudiendo lanzarle según el plan que concibiera.

Compréndese que para llegar á este resultado, se hace preciso no solo que el plan haya sido bien concebido y bien distribuido, si que también que haya sido escrito claramente en el papel, de suerte que sea fácil en ese momento supremo recorrerlo de una ojeada en su conjunto y en cada una de sus partes.

Por lo general cuanto mas cortos son los planes son mejores si están cargados, henchidos de idea; y lo mas cómodo y seguro todavía es, cuando se puede reducirlos á una idea sola, cuyas derivaciones se retingan bien.

Y he aquí por que se puede en ocasiones hablar admirablemente y produciendo gran efecto sin prepararse apénas. Basta para ello una idea sobre la cual se tenga entero convencimiento y se distingan con claridad las consecuencias y aplicaciones, ó bien un sentimiento vivo que agite el corazón, para que la luz de la idea ó la emoción del sentimiento estallen y se difundan rápidamente por medio de la palabra, como las aguas de un depósito por la salida que se las abre. Pero el depósito estaba lleno y la abundancia del desagüe presupone un trabajo mas ó menos largo para llenarlo. Otro tanto sucede respecto de las improvisaciones mas repentinas y mas ricas; nunca deja de ser un depósito de ideas, de sentimientos que salen á luz por medio del discurso.

Sea como quiera, lo que mas importa es ver todas las ideas en una sola, á fin de estar en posesión y poder mantener la unidad del asunto, en medio de la variedad de fáces y multiplicidad de cuadros, que es lo que constituye la hermosura en la distribución del discurso.

Luego, ya seguros de la idea principal, importa

inspeccionar rápidamente las divisiones y las subdivisiones; pasar de una á otra por medio de la reflexión á fin de tantear lo que pueden dar en el momento decisivo, y penetrarlas por medio de la última mirada del espíritu, que nunca tiene mas vigor ni penetración que en tal momento supremo. Es otra vez el general que revista las filas antes de darse la señal, y que se asegura por el continente de las tropas, de que van á conducirse bien, al propio tiempo que escita su valor con ardorosas palabras y colmando sus corazones de fuerza y de audacia.

Mas este general tiene todavia cuerpos privilegiados con los cuales cuenta aun mas que con los otros; esos deben salir en el momento mas crítico del combate. Por esto los tiene reservados para decidir la victoria y sabe de antemano el partido que de ellos puede sacar.

De la misma manera, entre el número de los pensamientos que componen un discurso, y en su distribución, encuéntranse algunos que son los mas adecuados para herrar la imaginación é impresionar las almas: un cuadro que puede conmover, una relacion que debe interesar vivamente, una prueba que ha de convencer, una causa que arastrará las voluntades, etc. etc. El orador reconoce y pone en reserva estos recursos en su preparación final, los deja dispuestos de forma que puedan

llegar á propósito en un punto dado del discurso; y sin profundizarlos del todo prematuramente, ni un momento los pierde de vista, sabiendo que alli existen venas de agua viva que hará brotar cuando quiera por medio del último golpe. Y esto es lo que de ordinario determina el éxito del discurso, viene asi como una carga oportuna decide el de la batalla.

Solo que, y nótese bien, es preciso no confundir estas reservas de ideas, estos recursos bien manejados con lo que suele llamarse rasgos de elocuencia ó frases de efecto; pues estos últimos medios que en ocasiones no dejan de arrojar gran brillo en el discurso á beneficio de cierta originalidad aparente de cierto sabor escéntrico, de referencias traídas de lejos, de coincidencias inesperadas, de bruscas contrariedades, y por medio de la originalidad del lenguaje sobre todo, corren siempre un gran riesgo de sacrificar el fondo á la forma, y de colocar el martilleo de las palabras y la exageración de la acción oratoria donde debiera encontrarse la profundidad de ideas y el calor del sentimiento. Se quiere dar golpe, es decir pasmar al auditorio y causar su admiración, y para ello no se titubea en echar mano de los medios que han de conseguir alucinar y deslumbrarle, lo que jamás se consigue sin menoscabo de la verdad del asunto y de la dignidad del orador.

Y luego como las frases de efecto no se improvi-

san, porque dependiendo este efecto de cierta combinación de palabras de muy difícil arreglo, una sola dislocada echaría á perderlo todo, hay que traer esas frases compuestas de antemano; hay que aprenderlas de memoria y saberlas literalmente; hay en fin, que hacerlas llegar en el decurso de la peroración, y prepararles la entrada para que puedan presentarse con todo su oropel, y produzcan el efecto apetecido.

Se las conduce, pues durante mas ó menos tiempo, y con mayores ó menores esfuerzos y artificios, de suerte que una gran parte del desarrollo se consume despejándoles el paso, disponiendo su salida á la escena; lo cual precisamente ha de traer dichos poco reflexivos, vaciedades, y pesadez en distintos puntos. Asi es que estos y brillantes rasgos que arrojan gran número de chispas y muy poca luz, muy poco calor, se compran lo mas comunmente al precio de la verdad y del interés del discurso. No son mas que un fuego de artificio que deslumbra y encanta por un instante para volvernos á sumir en la oscuridad.

Esa elocuencia ni es sincera ni eficaz; es la parodia de la elocuencia, es, por qué no decirlo? la farsa de la palabra, una especie de charlatanismo, en fin, en el arte oratorio. Desgraciado el orador que eche mano de tales recursos. No tardará en extinguirse con los artificios de su espíritu en rebuscar efectos que presenten novedad, y cuando quiera estar sublime

su palabra generalmente ineficaz degenerará tal vez en ridicula.

Tampoco debe confiar totalmente el orador en sus notas aun que pueda tenerlas á mano para ayudarlo al desfallecimiento y librarle de quedar cortado. Serán útiles sin duda en ciertos casos, y cuando se hable de negocios sobre todo como en el foro, en el consejo ó en las asambleas deliberantes; y alguna vez necesarias para recordar hechos ó presentar guarismos; por que esto forma la materialidad, el equipage de la elocuencia, que esta debe declinar desembarzándose de él tanto como le sea posible. Pero fuera de estos casos de nada sirven, aun en aquellas ocasiones en que su ayuda pueda parecer mas útil. En los mas vivos momentos de la improvisación cuando abunda la luz y calienta el sagrado fuego, cuando el espíritu se halla arrojado por el torrente de ideas, y cuando la palabra dócil á su impulso se presta maravillosamente á sus movimientos prodigándole sus tesoros de expresión, entonces todo debe salir de los adentros. La mirada es completamente interna, absorbe como está en las ideas y en el asunto, nada se ve en lo exterior y ni posible fuera leer notas en el papel. Vense los caracteres sin comprenderlos y en lugar de ayuda no son mas que un embarazo.

Nada como el consultar estas malhadadas notas enfria el movimiento oratorio: nada es mas opuesto

al prestigio de la elocuencia; abaten al orador y no menos al auditorio.

Cuando tengais que hablar pues, haced como el filósofo Bias por llevarlo todo con vosotros mismos; y despues de preparados concienzudamente lo mejor que os ha sido posible, imbuidos del asunto, dejáos llevar de la corriente de las ideas, del oleaje de la palabra y del espíritu, de lo alto sobre todo que ilumina y presta la inspiracion. No sabe hablar quien no sabe hablar sin notas, y no sabe siquiera lo que es hablar; como el sabio que solo lo es con libros no es verdadero sabio y no conoce siquiera lo que es la sabiduria.

Desconfiad en fin de los métodos mnemónicos ó de memoria artificial que deberian servir para localizar y sujetar en vuestra imaginacion las diversas partes del discurso. Ciceron y Quintiliano las recomiendan segun creo hasta cierta medida; sea asi, pero que esa medida quede tan reducida como sea posible. Por que usar estos métodos, es substituir el mecanismo de la forma á la organizacion de los pensamientos; es preferir enlaces arbitrarios de convencion á la asociacion natural de las ideas; es cuando menos introducir en el entendimiento una valumba de signos, de formas ó de imágenes que sirven al discurso como de armazon y que por lo mismo contribuyen á darle pesadez, obscuridad y á ponerle trabas en su marcha.

*

Si el discurso no es otra cosa que la expresion de una idea viva, se desplegará Inaturalmente como se desplegan las plantas, como los animales crecen, sin mas que la impulsion continua de una fuerza vital, y por el incesante electo del organismo, por la efusion de la vida. Salga de lo profundo del alma, como de su manantial el rio; ex abundantia cordis os lóquitur, de la abundancia del corazon habla la boca.

Mas es preciso para esto buen corazon, es preciso que exista en este corazon tal abundancia de sentimientos, que se ponga de manifiesto por la facundia en las ideas la cual á su vez producirá facundia en la palabra. Lleno el corazon, hablará con facilidad la boca; pero si aquel está vacio, colocarse en su lugar la cabeza, y la cabeza es quien echa mano de los recursos artificiales para suplir la inspiracion que le falta. Este recurso es el de los meros retóricos.

CAPITULO DECIMOSEPTIMO.

ÚLTIMA PREPARACION MORAL.

Ya en posesion del plan, y perfectamente gravado en la inteligencia, conforme dejamos dicho, importa quedar en la calma y en el recogimiento.

Esto no siempre es fácil, por razon de las circunstancias del lugar donde debe hablarse, como el foro, la plaza pública ó una asamblea deliberante; y no pudiendo escoger, preciso es hallarse pronto llegada la ocasion. Se está espuesto á tener que aguardarse mucho tiempo antes de llegar el turno, durante cuyo tiempo surgen inevitables distracciones, de que es fuerza desentenderse. Si la voluntad se muestra reacia, el espíritu por lo que á el toca manda sin duda, siéndole posible conservarse en el recogimiento aun en medio de las impresiones mas diversas, las cuales rozan sus sentidos. sin turbarle en su interior, si en ello se empeña.

Pero siendo asequible permanecer solo, hasta el preciso momento de hablar, como lo es de ordinario á los oradores sagrados y á los profesores, será hue-

no evitar toda excitacion exterior que podria cambiar el curso del pensamiento y desviar la atencion hacia diferente senda. Refúgiense el orador en su propio fondo como en un Santuario, en el que se ha dignado Dios ponerle de manifiesto, ya que si se toma la palabra es para anunciar la verdad, y la verdad es el mismo Dios.

No entiendo hablar aqui de esos hombres que discurren para interés de ciertas pasiones ó de ciertos partidos y que no teniendo por objeto revelar ó hacer triunfar la verdad tratan solo de conseguir cierto fin, cierta ventaja que secunde su ambicion, su orgullo ó su avaricia. Esos hombres jamás llegarán á ser oradores, en el verdadero sentido de esta expresion; *vir bonus dicendi peritus*; por que el don de la palabra no debiera emplearse mas que en interés de la verdad, por que emplearla para otro objeto es convertirlo en mercancía ú oficio.

Si, en la posicion que vamos describiendo, el alma del que va á hablar puede aceptarse de varios modos, en razon de los caracteres, de las predisposiciones y estado de aquel momento, á veces, concluida su preparacion suprema, la misma alma se siente emposionada del asunto que lo domina en cuanto cabe, y siente con esto cierta dulce seguridad ó confianza. Cuando llegue á este estado no necesita pensar ya en cosa alguna, y puede permanecer en

esa especie de actitud pasiva que le proporciona reposarse antes de pasar á la accion. A mi me ha sucedido en ocasiones adormecerme mientras aguardaba el instante de subir al púlpito, lo bastante cuando menos, para perder el cono cimientó y despertar refrescado.

Otras veces, y es lo mas comun se halla uno inquieto, agitado. El pecho se halla oprimido como por una pesada carga, que dificulta la respiracion quebranta los miembros, y postra las facultades todas de cuerpo y alma. Tal estado es penoso hasta el extremo, sobre todo cuando se debe hablar en ocasion grave en dia solemne y en la cátedra cristiana: abrigase la conciencia de la divina mision que estamos llamados á llenar; témesese ser infiel á ella ó carecer de aptitud para llevarla á cabo; se está bajo el peso de la responsabilidad para con Dios. Ciertamente que semejante estado de agonía en que se mezclan tan diversos sentimientos, será útil analizarlo, á fin de discernir lo que pueda tener de legitimo, de útil para el orador, y por lo contrario, lo que es impropio y pueda dañarle.

Reconozcamos desde luego que ese terror es saludable, al menos hasta cierto punto. Si llega á paralizar al orador ó á disminuir el ejercicio de sus facultades, no hay duda que será oportuno y funesto; pero los que tan fácilmente se abaten, jamás

tendrán aptitud para hablar en público, como ya lo hemos hecho notar respecto de dos escritores célebres, admirables entrambos por su estilo y entrambos impotentes al tomar la palabra.

¡Desgraciado del que no abriga temor alguno antes de hablar en público! Esto probaria que no siente la importancia del acto que va á desempeñar; que no sabe lo que es la verdad en cuyo Apostol se constituye, ó que se inquieta poco por ella; eso probaria que no le anima el fuego sagrado descendido á las almas desde el Cielo para arder en ellas.

Hago escepcion respecto de los profetas, de los Apóstoles de Jesucristo, de cuantos hablan por inspiracion sobrenatural, á los cuales se ha dicho que no preparen lo que han de decir al presentarse ante los poderosos y Jueces del mundo, porque todo lo que deban decir les será sujerido en el momento mismo.

No escribimos para hombres de ese linage. Dios, cuyos instrumentos son que les inspira su voluntad, les hace obrar y hablar del modo que le place, siendo por lo mismo completamente inútiles para ellos los recursos de la humana esperiencia. No abrigan temor los primeros, por que aquel que es la luz y la verdad, está con ellos y por ellos habla. Los segundos, no lo abrigan porque tienen pocas luces y mucha confianza en sí propios. No tienen conciencia

de la santidad de la palabra y de su ministerio, y adelantan como niños que, sin saber lo que hacen, juegan con una ascua terrible y con el peligro.

Ningun soldado, aun el mas valiente, deja de conmoverse al primer cañonazo, y tengo oido que un General de los mas célebres del imperio, que mereció el dictado de valiente entre los valientes, se veia obligado cada vez á apearse de su caballo en tan solemne momento. Y luego como un leon se lanzaba al combate.

Los fanfarrones por el contrario, son osados antes de la batalla, y durante la accion flaquean.

Otro tanto sucede á esos hombres de buena lãbia, que se creen en disposicion de abordar cualquier asunto, de arrostrar auditorios de cualquier clase, y que tienen formada de sí mismos tan aventajada opinion que ni sueñan en prepararse con seriedad. Esos hombres, á la vuelta de unas cuantas frases soltadas con seguridad, vacilan, se embarazan, se cortan, ó si reunen audacia suficiente para echar adelante en medio de la confusion de sus pensamientos y de la divagacion del discurso, charlan sin comprenderse, anegando á los oyentes con las oleadas de su inagotable facundia.

Es, pues, saludable sentir algun temor antes que se tome la palabra, ya para no esponerse á hacerlo con ligereza ahorrando la confusion consiguiente, ya,

sobre todo, si nos vemos obligados á hablar, para fijar maduramente la consideracion en lo que se ha de decir, estudiar con formalidad el asunto, penetrarse de él, dominarlo, poniéndose de esta suerte en estado de hablar al público con provecho.

Es asimismo saludable ese temor, en cuanto hace sentirse al orador necesitado de superior ayuda que le infiltre luces, fuerza y vida. Cuantos tienen experiencia relativamente á peroraciones en público, y han estado elocuentes, saben de lo que son deudores á la inspiracion del momento y á esa misteriosa fuerza que les presta. Y como se ha recibido alguna vez esta virtud de lo alto, virtud que nos hace superiores á nosotros mismos, hé aquí por qué no es posible dejar de temer el verse en tan crítica situacion, reducido á las propias fuerzas, y no alcanzar á cumplir la obligacion impuesta.

Todavia se descubre en ese desasosiego que agita el ánimo del que va á hablar otra causa de un órden menos elevado, y que no por esto deja demorar desgraciadamente casi siempre: el amor propio, la vanidad, temen decaer de su lugar en la opinion de los hombres; es el afan del éxito y de las alabanzas. La palabra en público pone al orador en singular evidencia, sujetándole al fallo de cada oyente. Ciertamente que nada malo entraña el deseo de conciertarse la estima de los semejantes, y que deseo de

adquirir buena reputacion es un honroso estímulo del que solo escelentes efectos pueden esperarse; pero llevado al esceso, degenera en amor á la gloria, en la pasion por presentarse rodeado de esplendor y ser objeto de la consideracion de todos, y ya entonces esta pasion, como todas las pasiones, se halla pronta á sacrificar la verdad, el bien y la justicia al goce propio ó á su triunfo.

Que el orador se esfuerze por agradar á sus oyentes y satisfacerles, nada mejor: tal cuidado ha de conducirle á nobles tentativas y á desplegar todos sus recursos; pero que al hablar le preocupe este cuidado por cima de todo y que el afán por la gloria se absorva la atencion mas que la verdad que debe lanuñiar, que el ánimo de sus oyentes al que debe iluminar y santificar, es una prevaricacion; es un abuso del talento y del ministerio que le confiara la Providencia, y tarde ó temprano ha de ocasionar á ese orador la desgracia. Tan excesiva preocupacion de sí mismo y del éxito que va á obtener le agita, le turba y le hace en su discurso desgraciado: tal vez le lleva á sentar hasta exageraciones para producir efecto. Arrebátale con la sencillez, el recto sentido, el tacto, el buen gusto, y en sus esfuerzos por agradar solo consigue al fin causar hastio.

Lejos de nosotros con todo la idea de vedar al orador el amor de la gloria, á los oradores del

mundo sobre todo! Los jóvenes necesitan ese aguijon, que produce á veces trabajos y talentos maravillosos, y bien puede afirmarse que en general es necesario cobrar muchos puntos de virtud y de perfeccion para hallarse del todo libres de él. Aun allí donde menos debiera hacerse sentir, excita harto á menudo: y el mismo ministro de la palabra sagrada, que inspirándose su espíritu de lo alto debiera únicamente traer á Dios lo que este puede hacer, experimenta trabajos no pequeños para hacerse insensible á los humanos elogios, y los busca á veces, erigiéndose así, contra su voluntad, objeto de su palabra y del éxito que pueda obtener. Confúndense en el corazon en casos tales los movimientos de la naturaleza y los de la gracia, y no se disciernen y separan sin dificultad; lo cual da márgen á que muchos se engañen con ellos, y originan tambien las ilusiones de la piedad.

Podrá ser bueno tener algun temor antes de hablar, pero seria dañoso tenerlo fuera medida; ya porque el temor en cierto grado cohibe la voz, ya porque, si no tiene por suya la timidez de carácter, nace á menudo de exceso de amor propio, de desmesurada aficion á las alabanzas, ó de la pasion por la gloria, que se empieza por ociosa del amor á la verdad.

Y hé ahí lo que importa combatir y dominar.

El orador verdadero no debe tener á la vista otra cosa que la verdad ; él mismo debe hacerse á un lado ante la verdad y dejar que sola se presente ; y esto tendrá lugar naturalmente , con espontaneidad , si se halla profundamente penetrado de ella , si con ella se ha identificado corporal y espiritualmente. Entonces estará grande , poderoso , deslumbrante como la verdad misma. El no existirá ya , existirá la verdad , la verdad que por medio del orador obra ; su palabra estará realmente inspirada ; el hombre se identifica en la virtud de Dios que por su órgano se manifiesta , lo cual forma su mas bella , su verdadera gloria. Entonces es cuando la elocuencia produce sus milagros , trocando voluntades y convirtiendo almas.

A este solo fin debe tender el orador cristiano. Esfuérezse en hacerse pequeño , en anonadarse por decirlo así en su discurso , á fin de que hable y obre. Aquel de quien es ministro , lo cual es lo que ha sucedido muy á menudo cuando está en la creencia de no haber hecho nada , como sucede , por lo contrario , que no ha hecho nada , á causa del immoderado desco de hacer mucho.

Vosotros que aceptasteis al Señor por herencia , y que anteponeis á todas las glorias y á todas las obras de la tierra las luces y el servicio del Cielo ; vosotros sobre todo , que teneis vocacion de apóstoles , y ar-

deis en descos de anunciar á los hombres la palabra de Dios , no olvideis que allí mas que , en parte alguna , la virtud estriba en el desinterés y el poderío en la abnegacion de sí mismo. Esforzaos por no ver mas que una cosa en los triunfos de la palabra , si este don os ha sido concedido : la gloria de Dios. No busqueis mas que una sola cosa , si recibisteis el don de conmover las almas : convertirlas á Dios. Y para ello , combatid , ahogad en vuestro corazon los naturales movimientos del orgullo , que desde el pecado tiende á absorverlo todo , incluso los mas evidentes y preciosos dones , y , cada vez que tengais la dicha de levantar ante el pueblo la palabra del Cielo , pedid á Dios fervorosamente la gracia de que podais borraros de vuestra memoria , para solo acordaros de él.

CAPITULO DECIMOCTAVO.

PREPARACION FÍSICA.

También el cuerpo requiere cierta preparación para el discurso; necesita estar *en situación*, como se dice hoy, y el orador que tenga conocimiento de las dificultades y recursos de su arte, se guardará bien de tomar la palabra sin prepararse también por este lado, á no ser que se vea obligado por las circunstancias.

No se olvide que el cuerpo tiene su participación en cuanto hacemos, incluso los más abstractos pensamientos y las más delicadas ideas. No somos ángeles, y al alma humana le está vedado obrar acá abajo sin cooperación del organismo, al que se halla enlazada, y que constituye esencial parte de su personalidad. El *yo*, en efecto, así se aplica á las funciones del cuerpo, como á las del espíritu; pues lo mismo decimos, como, *digiero*; que *pienso*, *quiero*, *amo*; y, bien que sea inferior la parte que tienen los órganos en los humanos actos, con todo, es bastante considerable para que puedan coadjuvarles ó emba-

razarles de una manera notable. El cuerpo debe hallarse pues bien dispuesto, con objeto de que se operen convenientemente las funciones de las facultades intelectuales y morales, y de que no se les ofrezcan obstáculos donde deben esperar socorro.

En primer lugar, el estado general de la salud debe ser bueno, ó cuando menos regular, á fin de que el pensamiento tenga instrumentos aptos para recibir sus impulsos, y pueda moverlos fácilmente la voluntad.

Quien sufre nunca hablará sin dificultad. La vida está interceptada y como absorbida por el organismo, lo que si no la desvía el acto intelectual, debilita su acción por este lado. Puede ser sin duda, por un esfuerzo de voluntad escitado por las circunstancias, violentar el cuerpo rebelde y ponerlo en situación; pero esto no se consigue sin gran fatiga, sin menoscabo de sus fuerzas, y más tarde, con sus indisposiciones y su deterioro, hará sentir la pena de esta inoportuna escaltación, cayendo tanto más bajo cuanto se le habrá sobreescitado. Así pues, debe el orador cuidar de ese servidor que le es indispensable, lo mismo que un hábil jinete cuida del leal caballo el cual podría echar á perder de un golpe abusando de él.

En segundo lugar, debe el orador gozar de buena constitución: debe tener sano cerebro, buen estóma-

go, y sobre todo un pecho sólido; porque nada fatiga y gasta como la palabra cuando se prolonga su uso. Entiéndase esto de la palabra oratoria, que pone á la vez en ejercicio todas las partes del individuo tanto morales como físicas, á saber: la cabeza, cuyos resortes pone el acto de improvisar en excesiva atencion; los pulmones, que aspiran y respiran con vehemencia y á menudo á sacudidas segun el movimiento del discurso; la laringe, que se encoge y dilata precipitadamente; el sistema nervioso que se exalta hasta el superior grado de sensibilidad; el sistema muscular agitado con gran viveza por la accion oratoria desde la planta de los pies hasta la punta de los dedos, y la sangre, en fin, que se inflama, bulle, hace latir el corazon y las arterias con golpes precipitados y vá á esparcir el fuego por todo el organismo, en tal manera que, vaporizándose los humores, corren en gotas de sudor por la superficie del cutis. Júzquese segun esto si se necesita salud y vigor para sostener tal fatiga.

Hay con todo una ilusion contra la cual importa precaverse, y es la de creerse enfermo cuando se trata de hablar en público, y de tomar por inaptitud la indisposicion, á veces vivísima, que se experimenta ante la necesidad de hablar, ya sea á causa de la pereza amedrantada por el trabajo y fatiga próximos, ya por la estremada emocion que se espe-

rimenta á la idea de presentarse en público, emocion que ocasiona al cuerpo y particularmente á las entrañas, un efecto debilitante que resuena por todo el cuerpo. Piernas y brazos están como magullados; apenas tiene uno fuerzas para andar, y aun para sostenerse. Está oprimida la respiracion; nos aflige un peso encima del pecho y se siente, de una manera en ocasiones muy molesta, lo que experimentaba aquel valiente entre los valientes al estampido del primer cañonazo.

Acuérdome de haberme encontrado más de una vez en esta situacion en el preciso momento de subir al púlpito, y esperando que viniesen á buscarme. Si hubiese podido escaparme sin vergüenza, ciertamente que me hubiera escapado, y me causaba envidia la suerte de esa pobre gente que tan poco piensan ó que no piensan poco ni mucho, y que están ignorantes de tales angustias, de tales amarguras.

Nunca sabrán hablar los que carezcan de fuerza para superar esas tentaciones y esos desalientos; no tendrán valor para esponderse á tales pruebas; pruebas que, debo decirlo, ponen á uno en tal suplicio, que involuntariamente se compara al reo que llevan al suplicio. Aquellos que han conocido ese estado y triunfado de él, saben que nada exagero.

¡Cosa estraña y que resalta las contradicciones del

hombre actual, cuya constitucion trocó el pecado poniendo en lucha en una misma persona los diversos elementos que debian armonizarse en la unidad de la vida! A un tiempo se quiere y no se quiere; el cuerpo está en guerra con el espíritu, chocando sus leyes y combatiéndose. El alma, iluminada por la verdad, movida por la caridad, llevada del espíritu de Dios ó del amor á la gloria, quiere anunciar lo que vé, lo que sabe, lo que cree, lo que siente, aun en faz de las contradicciones y á precio de las mayores fatigas y tal vez de los mas vivos dolores; mientras que el cuerpo, como bruto indomado, rehusa con todas sus fuerzas, no pudiéndose conseguir que adelante sino á espolazos; resistese con todo su poder y no desperdicia ocasion de retirarse, ó de sacudir el freno que le sujeta y le precisa á adelantar. Un hombre de corazon quedaria mas tarde desconsolado por haber retrocedido en el momento de presentarse en público, si su deber le obligaba á ello, como un soldado, de haber flaqueado al empeñarse el combate; y sin embargo, en el primer caso, yo lo afirmo, y probablemente en el segundo, si bien no puedo afirmarlo, cien veces se abandonaria la partida antes de empeñarse, si fuera posible.

Para este temor no conozco mas remedio eficaz, que el arriba indicado: no subir á la tribuna ó al púlpito mas que á impulsos de la conciencia ó para

llenar un deber, dejando á un lado todo lo personal, gloria, reputacion, opinion pública, cuanto se refiere á uno mismo. De esta manera se camina como una víctima del deber que se resigna al sacrificio y solo busca la gloria de aquel para quien el sacrificio se consume. Nunca se sale mas airoso que con estas condiciones, y todos ganan con ellas; calma el orador, dignidad, sencillez; y el auditorio pureza en la palabra, elevacion, penetracion, porque es mas desinteresada y cosa sobrehumana.

Personas hay que creen poder infundirse valor por medio de bebidas escitantes ó de copioso alimento. ¡Triste valor es ese! Que sea bueno en la guerra, donde domina la fuerza física, lo comprendo, y forma un recurso que no debe desperdiciarse antes de la batalla; pero en tratándose de un combate por la palabra, es decir, de lo que en el mundo hay de mas inteligente, de mas moral, de otro espíritu es preciso echar mano que del espíritu de vino ó del alcohol; para escitar las facultades y calentar el corazon los oradores que recurren á tales medios para encontrarse capaces de conmover á sus oyentes, jamás sobrepujarán la esfera de la imaginacion y de los sentidos; si por ventura poseen alguna elocuencia será la elocuencia de los clubs, la elocuencia tabernaria ó callejera que tiene tambien su eficacia, pero en favor de las malas pasiones.

Por fin, en el orden físico deben tomarse ciertas precauciones, relativamente á tal ó cual órgano, que, á causa de su debilidad ó excosiva irritabilidad, necesita estar preparado ó ir pertrechado. Y en este punto cada cual debe conducirse segun su temperamento, su constitucion y hábitos.

Tal hay, por ejemplo, que no podría hablar en ayunas, lo que se comprende siendo como es necesaria gran resistencia para tan gran fatiga. El desfallecimiento ó el vacío del estómago amortiguan la voz.

Otros, por lo contrario, no pueden hablar despues de comidos, y esto se comprende asimismo con facilidad, porque el trabajo de pensamiento, atrayendo la sangre á la cabeza, priva de ella al estómago, impidiéndole la digestion, lo que produce violenta reaccion contra el cérebro y subsiguientes vértigos.

En esto como en todo lo del mundo, el bien está en el justo medio. Necesario es el alimento, pero moderado, y no conviene tomar la palabra sino antes de la digestion ó cuando se halla bastante adelantada, para que no nos turbe.

A cargo de cada cual está establecerse la higiene mas á propósito, bajo dicho concepto, ya que nadie puede saber mejor lo que puede producirle. Haga pues como los atletas de la antigüedad que se sometian á severisimo régimen para gozar del lleno de sus

fuerzas en el momento de la lucha: y si ellos tenían tal abnegacion, ellos que no se dedicaban mas que á combates corporales y para conseguir coronas tan perecederas, ¿qué no deben hacer los atletas de la palabra, esos hombres llamados por Dios á las luchas de la inteligencia, á la anunciacion y defensa de la verdad de la justicia, del bien, objetos los mas nobles del cielo y de la tierra, y á participar de su gloria inmortal?

CAPITULO DECIMONONO.

EL DISCURSO.

Hemos explicado el modo de prepararse el orador para la grande obra de la palabra en cuanto á su espíritu, á su corazon y aun á su cuerpo. Vamos á considerarle ahora en el campo de batalla en el momento en que vá á tirar de la espada de la palabra para establecer la verdad ó combatir el error. Es el momento del combate mas solemne.

Para conseguir mayor claridad dividiremos esta consideracion en seis puntos, en los cuales daremos distribucion á lo que de mas útil tenemos que decir respecto de los mismos. No pretendemos establecer con ello un órden riguroso : es un cuadro para reunir y enlazar nuestras observaciones, nuestras ideas, y los frutos de nuestra esperiencia ; porque, lo repetimos, no hemos pretendido escribir un tratado sobre el arte oratorio, y sí solo relatar á los otros lo que hemos hecho, y el cómo lo hemos hecho.

Hablaremos sucesivamente : 1.º, del principio del discurso ó del exórdio; 2.º, de la entrada en materia ó de la partida; 3.º, de la realizacion del plan, ó de la exposicion y del progreso de las ideas; 4.º, del supremo momento en el discurso; 5.º, del final ó de la peroracion; 6.º, y por último, de la accion oratoria.

CAPITULO VIGESIMO.

PRINCIPIO Ó EXORDIO.

Llamo principio á todo aquello que dice el orador desde el instante que abre los labios hasta aquel en que no solo indica el objeto de su discurso, sino que entra á tratarlo ya y lo desarrolla.

Lo que sé mejor es el principio, dice él en su comedia los Ligantes. Cierta es esto aplicado al que recita un discurso escrito; no aplicado al que lo improvisa. El principio es lo que este sabe menos, porque no se halla todavía en situación.

No ignoro que puede llevarse el exordio escrito y sabido de memoria. Sobre no ignorarlo, sé que en determinados casos es útil hacerlo, y que lo practican ciertos oradores que acostumbran mezclar el recitar con la improvisación, y pasar alternativamente de pasajes tomados de memoria á aplicaciones creadas sobre la marcha. Oradores hay que sacan gran partido de este método, y que cuando producen mas efecto es con los trozos preparados de antemano. No les censuraré por ello. Es tan difícil

el arte de hablar, que bien se necesita en cada circunstancia hacer lo que buenamente se puede, siendo aceptable cuanto nos lleva á buen puerto. Además, lo mismo en esto que en todo, el arte debe acomodarse á los recursos de cada cual; pues por efecto de la diversidad de capacidades, lo que aprovecha á este no aprovecha á aquel; de suerte que en esta materia, fijar reglas absolutas no es posible.

Creo poder afirmar, sin embargo, que el verdadero orador, es decir, aquel que habla y no recita, solo con disgusto podría emplear ese procedimiento, y por casualidad saldría en bien de tal ensayo. Solo con gran trabajo puede preparar completamente su primera frase, y si se esfuerza por aprender un exordio entero, se embrolla, se confunde y habla peor que si improvisara: hasta en su exordio le es indispensable su libertad ordinaria. Pero eso sí: nunca debe perder de vista la exacta enunciación del asunto y la fórmula, que será tan estricta, tan sencilla como quepa, de la idea que va á esponer. En este punto es preciso que nada de vago, nada obscuro se encuentre, y sí clara instrucción y expresiones concretas, en lo que fracasan la mayor parte de los que improvisar pretenden, porque, á efecto de no haber reflexionado ni meditado bastanté, no saben con claridad el objeto de sus peroraciones ni el modo de tratarlo: solo lo entrevén á bulto ó poco mas, y por

ello sueltan lugares comunes, vaciedades, y ruedan constantemente en torno del asunto sin penetrar en él jamás.

Los que hablan, se encuentran desde un principio respecto de los que recitan, en posición completamente diversa; pues de ordinario se les nota frialdad en el decir y obscuridad en los conceptos, mientras que estos se presentan ya con vigor y brillo. Pero no es otra cosa lo que sucede en todo aquello que tiene vida en la naturaleza. Siempre debuta la vida en oscuro punto, perceptible apenas, para pasar de las tinieblas á la luz: y según el Génesis todo ha sido creado entre la noche y la mañana. Solo después crece la vida, organizándose paso á paso hasta desplegarse con toda su magnificencia. Asimismo el discurso hablado, que no deja de tener su vida, nace, crece y se organiza delante del auditorio.

Y hé aquí por qué debe principiarse con dulzura, con modestia, sin anunciar pomposamente lo que viene después. El grano de mostaza, que es la más pequeña de las simientes, produce un árbol grande en cuyas ramas vienen á pararse las aves hijas del cielo.

Nada más sencillo que el exordio de un discurso improvisado: su único objeto ha de ser dejar la materia de este bien sentada, dejando presentir ó entrever la idea que se quiere desarrollar.

Puédese sin duda, si las circunstancias lo exigen, echar mano en él de precauciones oratorias, de insinuaciones, de alabanzas, cosas que toda inteligencia sabe colocar convenientemente; pero estos recursos molestan hablando en general, porque no guardan conexión con la idea principal, de la cual se desvían, y como no lleva el orador preparadas las frases, corre peligro de verse arrastrado fuera de su asunto y malograr el plan.

Por idéntica razón su voz ha de ser moderada, hasta débil, aun cuando algunos de los oyentes, si el auditorio es numeroso, no oigan, ú oigan mal sus primeras frases: inconveniente inevitable y que tiene sus ventajas.

Es inevitable, ó cuando menos muy difícil de evitar, porque como quiera que el improvisador alberga las ideas en la cabeza, y carece de seguridad acerca de si las espresará de esta ó de la otra manera, está profundamente conmovido al subir á la cátedra. Y, en este estado no solo es imposible levantar la voz, si que hasta emitir la voz es difícil, á causa de la sequedad de la boca, de pegarse la lengua al paladar, *vox faucibus hæret*, lo cual dificulta la articulación de palabras.

Además, si el orador esforzara la voz desde el principio, pondriase á no tardar ronco, y la voz misma estaria cuanto antes cansada, desfallecida, si

ya no estinguida del todo al cuarto de hora. Importa, pues, al principio, no hablar muy alto ni muy aprisa; de otra suerte las contracciones y dilataciones de la laringe, violentas y precipitadas, la falsean y estragan. Tambien para que se mantenga hasta el final debe cuidarse de la voz; siendo de notar que no se estingue ni padece por esforzarla y animarla gradualmente; por lo contrario, conservase clara, fuerte y agradable. Y cuenta, que uno de los mas importantes puntos para quien habla, lo mismo que para los que escuchan, es el de que nos vamos ocupando: para el primero, porque le interesa conservar sano y espedito el instrumento, sin el cual nada puede hacer; para los segundos, porque no hay cosa que mas mortifique á los oyentes, como los sonidos de la voz roncós, cascados ó mal articulados.

Ese inconveniente reúne á mas la ventaja de establecer silencio en el auditorio, sobre todo si es considerable y está esparcido en gran espacio, como en las iglesias. Al principiarse un sermón, nunca falta ruido; personas que se sientan, sillas que se mueven, toses, pañuelos y habladurías; tumulto mas ó menos prolongado, y que en grandes reuniones de hombres, que cada cual toma su posición, no puede evitarse. Ahora bien; si principiais hablando en voz alta y vigorosa, dominando el ruido, éste, como no impide el oír, continuaria largo rato; mientras que

si habláis en voz baja, suavemente, y los asistentes os ven hablar sin poder oír, se apresurarán á estar quietos para oír mejor, y todos los oídos se dirigirán hácia el púlpito con mayor afán. La palabra cobra valor, por otra parte, si se oye con dificultad, porque los hombres no aprecian sino aquello de que están ó temen estar privados.

Por la misma razón todavía, el continente del que improvisa es al principio humilde y un tanto abatido, porque, con leves escepciones, sube como al lugar del suplicio; ¡tan agobiado le tiene la angustia, tanto le oprime el peso de la palabra! Cuidará, sin embargo, de no dejar traslucir sobrado su emoción, y de no tomar en manera alguna la actitud de víctima.

Por lo demás, si realmente es orador, su presencia como su interior, va á experimentar luego radical transformación. Pocas palabras habrá pronunciado, y su turbación estará desvanecida. El espíritu tomará la iniciativa y dominará al cuerpo. Una vez en presencia de su idea y empeñado con ella, todo lo demás lo dará al olvido; y sin atender mas que á manifestar su pensamiento, á comunicar los sentimientos de su corazón; su voz, hace poco temblorosa y éntrecortada, cobrará firmeza, autoridad, brillantez, y si por fortuna suya se encuentra en ese día inspirado, si la luz de lo alto irradia en su inteligen-

cia y presta calor á su alma, lanzarán rayos sus ojos, su boca el estrépito del trueno, su rostro tornará brillante como el sol, y la humana debilidad completamente transfigurada. Será el Tabor de la elocuencia.



CAPITULO VIGESIMOPRIMERO.

ENTRADA EN MATERIA.

Despues del exordio , que ha de sentar con claridad y laconismo la materia del discurso y su division , si esta existe , hay que entrar en materia y abordar la esplanacion.

Esta parte del discurso es tal vez la mas dificil para el improvisador , la que mas inconvenientes ofrece. Trátase de salir del puerto , para lo cual no hay nas que un paso , fácil de errar por lo angosto. No pocos fracasan en el tránsito; no saben entrar de lleno en el asunto.

Elque escribe puede coordinar á placer el orden de los pensamientos, porque dispone del tiempo necesario ; y sin embargo todos sabemos que no sin apuros se consigue en ocasiones este arreglo, y cuan perplejos nos hallamos cuando hemos de cojer el hib de la esplicacion, escogitando entre muchas ideas aquella que las domina y debe franquearles camino, como el principio á sus consecuencias, como la causa á sus efectos. Horas y horas se consumen á veces en

busca de la estremidad de la cadena para desarrollarla á nuestro gusto, y no pocas veces, como para desenredar una madeja de hilo, lo hacemos con torpeza, embrollando en lugar de desenredar. Es de lo mas penoso que pueda haber para aquellos que desean escribir, en particular durante la juventud impaciente, arrebatada por su imaginacion, y ocasionada á tomar lo mas brillante ó de mas efecto por lo principal é importante. Gran sagacidad se requiere, ó gran reflexion y madurez, para dar de golpe con el encadenamiento verdadero de las ideas, y colocar á cada una en su lugar sin indecision y sin desacuerdo.

¿Qué sucederá pues cuando esto deba hacerse sobre la marcha, sin titubear, sin poder ensayarse, delante un auditorio que os asesta la mirada, cuyo oido está atento, y que con avidez espera las palabras que van á salir de vuestros lábios? Todo retardo es imposible; es preciso lanzarse á la arena, aun cuando os sintais medio desnudo ó mal armado. Llegó la ocasion; hay que comenzar á hablar, si quiera no se sepa con exactitud lo que se va á decir, y si lo que se diga principiando conducirá al único pasage que guia á pleno mar. Crítico instante es ese para el orador, y que de su éxito decidirá sin duda.

Tener preparado el orden de los pensamientos no basta; tampoco poseer perfectamente el plan: este

solo comprende las ideas capitales, lejanamente, y como en el largo camino que recorren no hay piquetes sino á grandes trechos, para llegar desde el punto de partida al primer piquete, que conduce hácia los demas, se ha de tomar vuelo y direccion, y en tomarlos con acierto estriba la dificultad.

Lo mejor es dirigirse resuelta y derechamente al corazon del asunto, á la principal idea, reventándola, por decirlo así, á fin de sacarle las entrañas y desplegarlas. Mas no siempre se tiene para ello el valor y la fuerza necesarios; témesese por otro lado lastimar el asunto trayendo á lo brusco su desarrollo, y quedar á veces cortado al poco tiempo, sin poder terminar el camino que se queria recorrer; y este es, ordinariamente, el escollo, la ilusion de los principiantes. Tiemblan siempre temerosos que les falte materia, por lo que, sea en este plan, sea en el discurso mismo, hacen toda clase de ideas, concluyendo por ser largos, prolijos y difusos; sin notar que jamas la materia falta mientras no se pierde la verdadera línea de la esplanacion. Mas, preciso es sacudir la roca con la vara de Moisés, y como lo mandó Dios, para que de ella surjan aguas inagotables: que cuando el minero ha dado con la verdadera vena, la riqueza abunda.

Desgraciadamente no siempre acontece lo que acabamos de suponer; porque al entrar en materia se

coge el primer camino que se ofrece para ganar la idea principal, y no siempre se presenta la mas recta ni la mas espedita. Metidos en ese camino, con la vista fija en el punto donde uno intenta ir á parar, se sueltan frases en abundancia para alcanzar la idea, y si se consigue, no es sin mil vueltas y rodeos; y entretanto, el oyente que os va siguiendo, no atina donde quereis llevarle, y se apodera de él el malestar, la inquietud que al orador mismo agobia cuando se prolonga esta situacion, malestar é inquietud que terminan en tibieza y frialdad.

¿Quién una vez no ha fijado la atencion desde la playa en alguna blanca vela que intenta abandonar la rada, y anda en busca del viento para penetrar en la mar? Para encontrarlo bordea hácia todos lados; y cuando no puede conseguirlo, se agita sobre sí misma y balancea sin adelantar, hasta que al fin viene á hincharla el soplo deseado; se desliza entonces con suavidad por cima las olas, entra en plena mar, y se pierde á no tardar en el horizonte.

Esto, ni mas ni menos, sucede al orador que de primer antuvio no encuentra su derrotero. Impaciente por partir, pues fuera vergüenza permanecer en su sitio, abre la vela al primer viento que sopla, y la vela á poco cae con el falaz viento; hace nuevo ensayo por otro lado sin mejor éxito, y ya entonces corre peligro de no adelantar ó de adelantar estra-

viado. Acójese entonces á la primera imágen que le viene á mano, y se ve arrastrado lejos del asunto. Quiere volver sobre sí, y no sabe que camino seguir. Apercibe á lo lejos la idea que llevaba, percíbela huyendo, como Itica á la vista de Ulises, y como éste tambien, puede hacer una larga odisea antes de alcanzarla. Tal vez, y es lo mas triste, no la ha de alcanzar jamas.

Hay quien habla una hora seguida á la vista de su asunto, sin conseguir penetrar en él; ó lo consiguen cuando es preciso concluir, porque se ha pasado el tiempo. De ahí interminables oraciones que fatigan al oyente sin instruirle ni conmoverle, en las cuales se consume estérilmente el orador, y estérilmente emplea sus sudores. Háse arrojado en un pantano; cuanto mas se agita, mas se hunde; pernea á derecha é izquierda para ganar el camino y hallarse en terreno firme, y dado que lo consiga, queda cubierto del lodo por el que ha atravesado.

Horacio dijo: *Qui benæ cœpit, facti dimidium habet*, quien bien empieza, tiene hecha la mitad de su obra; lo que se aplica admirablemente al orador que ha entrado bien en materia y que, despues de haber planteado su asunto, lo aborda directamente y recoge con inteligencia el hilo de las ideas. Cuando esto ha tenido lugar, no hay sino dejar que su nave se deslice; la misma corriente va á conducirle al tér-

mino; y él con los remos y el viento que hinchará su vela, harán de consuno que avance con regularidad. Pero si se salió de la corriente, ó se halla contra la corriente, si le falta el viento ó le tiene contrario, cuanto mas haga uso de los remos, menos conseguirá adelantar; perderá en ello tiempo y fuerzas, no consiguiendo sino poner en inquietud ó compasión á los que desde la playa le están contemplando.

Mas, ¿cuál es el medio de principiar bien? ¿Cómo se encuentra la direccion del agua, la favorable corriente, ó, para hablar sin figuras, la idea primera, debutando por la cual hemos de vernos suavemente conducidos hácia las demas? Hay algun precepto, algun método que indicar para este fin? Todos los preceptos, todos los métodos son inútiles si no se saben aplicar, y para aplicarlos, para comprenderlos con la perfeccion necesaria á su eficacia, es preciso estar dotado de buen sentido, de inteligencia y de un espíritu recto y penetrante. Es preciso ser capaz de discernir rápidamente, en el caso que acabamos de describir, lo que conviene hacer; es preciso saber aprovechar el viento favorable que se levanta, y salirse de los escollos en que nos hemos metido; es preciso, en una palabra, que el orador, como cualquier otro, para arrostrar un peligro ó salirse de un mal paso, esté dotado de espíritu y de presencia de espíritu, lo que ciertamente no puede enseñarse.

CAPITULO VIGESIMOSEGUNDO.

DEL PROGRESO DE LAS IDEAS Ó DE LA ESPLANACION.

Cumple al orador llevar el plan perfectamente acordado, no solo en el papel, mas aun en su entendimiento, de suerte que tenga sin cesar como á la vista la cadena de sus pensamientos, y corra de uno á otro por el orden marcado.

Podria decirse pues que el discurso se halla como encajado en un cuadro, del que no puede salir, bajo pena de divagar y de arrastrar la atencion de los oyentes fuera del asunto con sus digresiones, del propio modo que un rio salido de madre arrastra cuanto encuentra, y solo lleva aridez y devastacion, donde debia difundir frescura y fertilidad.

O mejor, el discurso desbordado no trae otra cosa que oleadas de palabras que hieren los oidos, sin dejar siquiera una idea ni excitar un sentimiento. No pocos de los que sin saber, por falta de talento ó de preparacion, intentan improvisar, se pierden de esta manera: la corriente del discurso, no limitado á su cauce, se divide á cada instante para estinguirse

en el vacío, del propio modo que esos grandes ríos de multiplicadas embocaduras son absorbidas por los arenales.

Es pues importante cosa saber contenerse dentro del plan; sin que por esto se entienda que se ha de ser su esclavo hasta el punto de no dejar el más pequeño lugar para los nuevos pensamientos que pueden ofrecerse en el instante mismo, porque fuera esto privarse de una de las principales ventajas de la improvisación, á saber, de la inspiración del momento y de la vida que presta al discurso.

Quien tiene hábito de hablar en público, posee el don de prever hasta cierto punto, ó mejor de pre-sentir, no precisamente el instante en que se hallará inspirado, pero sí las ideas que podrán sugerirse en ciertos puntos de la narración; entreve lo que virtualmente comprende cierta idea tan solo indicada. Ha conocido la riqueza del manantial por medio de la sonda, y lo ha cerrado cuidadosamente hasta que sea ocasión de abrirlo y hacerlo brotar. Si durante su preparación lo taladraba, lo debilitaría, y tal vez lo estinguiría del todo; hé aquí el motivo de que los reserve para el momento propicio, seguro de encontrar, cuando quiera, abundante chorro.

Mas no hay ventaja sin inconveniente.

En el calor de la exposición no se es dueño de la palabra, y cuando llegan nuevos pensamientos, fá-

cilmente pueden arrastrarnos lejos del asunto, al cual en ocasiones es muy difícil volver. De ahí las digresiones, las dilaciones, las vaciedades que hacen perder de vista el objeto principal y estinguen ó languidecen la atención del auditorio.

Cuantos improvisan han tenido alguna vez esta desgracia. Si no se adquiere la hábitud de retener con mano fuerte el hilo de los pensamientos para no estraviarse en medio del laberinto del discurso ó en las múltiples vías donde es fácil verse empeñado, no se conseguirá hablar de una manera soportable; y bien que se tengan momentos sublimes, cansarán al oyente las divagaciones, sin que en definitiva alcance instrucción ni deleite. Podrá deslumbrarse con pomposas frases, sorprenderle con ideas más ó menos ingeniosas, divertirle aun momentáneamente por medio de la espiritualidad y brillo de la palabra, pero no se le imbuirá una idea en el entendimiento ni un sentimiento en el corazón, porque carecerá de unidad y orden, de vida por lo mismo, el discurso.

Además importa precaverse contra las distracciones que vienen á cortar el hilo de la narración y echan bruscamente el espíritu en una vía, en una senda no preparada. Este es otro de los peligros de la improvisación, que exige imperiosamente fijemos toda nuestra atención en lo que hacemos, no permitiendo que se introduzca en el espíritu ninguna imá-

gen, ningun pensamiento extraño, lo que es en verdad fácil hallándose en presencia de un numeroso público, cuya vista está fija en vos, y que mirándoos os excita á mirarle. Esta es la razon por la que el orador debe haber guardado recogimiento antes de haber tomado la palabra, completamente dado á sus ideas y cerrado, sustraído á la impresion de cuanto le rodea. La menor distraccion á que ceda puede romper la cadena de sus pensamientos, embrollar su plan y borrarle de la memoria hasta el recuerdo de su asunto. Esto parece increíble, y yo mismo no lo creería á no haberlo experimentado.

Un dia debia predicar en una de las mas grandes iglesias de Paris. Érase una fiesta solemne; el auditorio era numeroso, y de él formaban parte varios cortesanos. Al subir al púlpito hube de apercibir una persona que creia ausente, acontecimiento que absorbió por completo mi atencion. Llego arriba del púlpito, híncome de rodillas como es costumbre, y en el momento de levantarme para hablar, habia olvidado no solo el texto, si que tambien el asunto de mi sermon. Como suena, no sabia sobre lo que debia hablar, y á pesar de todos mis esfuerzos de memoria, no podia ver mas que un fondo blanco ó negro, conforme se quiera. Júzguese de mi embarazo. Permanecí de rodillas algun tiempo mas de lo que solia, no sabiendo que hacerme. Sin embargo,

sin perder la cabeza ni los ánimos, contemplaba el peligro sin amedrentarme, pero sin saber como me libraria de él. Por último, no pudiendo recordar por medio de mis propias fuerzas, asunto ni texto, recurrí á Dios diciéndole desde lo mas profundo de mi corazon y con todo el ardor de mi inquietud: Señor, si es vuestra voluntad que predique, devolvedme mi plan.» Y el plan con el texto me vino en seguida á la memoria. No creo haber experimentado en mi vida nada mas pasmoso, ni un movimiento mas vivo de reconocimiento.

Otras veces, y esto acaece con frecuencia, piérdese hablando el hilo del discurso, sobre todo cuando viene atravesada una idea nueva, ó descuidadamente se fija sobrado la atencion en el auditorio; y se nota antes de que se haya concluido la frase, por la razon de que, improvisando, prevemos la idea venidera antes de terminar el desarrollo de la que precede, puesto que para avanzar con seguridad, conviene echar la mirada hácia adelante, á fin de reconocer el sitio que vamos á pisar. De repente se encuentra el orador sin ver nada delante de sí, habiendo llegado al último término del periodo. Si se turba, está perdido, puesto que la inquietud, lejos de sugerir ideas, las acaba de confundir, y cuanto es mayor la agitacion, es menos capaz de volver á dar con el plan y encarrilarse. Preciso es en tales

casos repetir con calma , bajo otra forma , con otras espresiones, el pensamiento que acaba de verse, y que casi siempre suscita el que se habia olvidado; escita suavemente su recuerdo, en virtud de la asociacion de las ideas y del trabajo anterior en la confeccion del plan. Pero mientras se está hablando se debe fijar la mirada en lo interior con todas las fuerzas del entendimiento , á fin de columbrar lo que esta especie de evocacion hará que aparezca, y recoger la idea en cuanto apunte; operaciones todas que no se llevan á cabo sin perplejidades ni sin angustias.

Hay dias nefastos en que á duras penas se puede dominar la atencion, y en que, á pesar de la mas laboriosa preparacion , no quiere el plan entrar en la cabeza, ó quedar en ella, escapándose por uno ú otro lado como de un vaso; si ya una cosa cualquiera que sale al paso, no estravia y separa inadvertidamente del buen camino. La causa debe buscarse por lo comun en el órden físico. Tal vez es efecto de los nervios, ó de calentura, dimanado de las influencias atmosféricas, de la indisposicion del cuerpo ó de un órgano, ó mas probablemente de hallarse el corazon ó el ánimo preocupado.

Trabajoso es en tales casos entrar en el plan y mantenerse dentro de él. No pocas veces deja de conseguirse entrar en él plenamente, y se habla como

si dijéramos desflorándolo, marchando tras él para alcanzarle , sin poderlo conseguir, á la manera que un hombre corre en pos del carruage que debe transportarle, y que termina su carrera sin poderlo abrir y colocarse en él. Tal situacion es de las mas fatigantes que puedan imaginarse. Voluntad, espíritu y cuerpo agota á un tiempo : la voluntad, que hace vanos esfuerzos para echar la mano al asunto que sin cesar le escapa; el espíritu, que se abate en desesperada lucha contra sus propios pensamientos ; y el cuerpo, que se agita y suda en tal desórden, como si quisiese suplir con el tumulto exterior el conocimiento que en el interior le falta.

Para evitar las distracciones en lo posible, daré un consejo que siempre me ha dado buen resultado , á saber, no parar atencion en las personas del auditorio, y por lo mismo no ponerse en particular relacion con ninguna de ellas; consejo estéril para los que no gocen de buena vista, pero utilísimo para los que ven de léjos , á los cuales una impresion repentina ó cualquier movimiento de curiosidad puede turbar. Yo, por lo menos, evito cuidadosamente todo contacto con quien quiera que sea, y me limito á considerar al auditorio en conjunto, paseando mi vista á flor de cabeza; de cuya manera veo á todo el mundo sin distinguir á nadie, de suerte que la atencion queda totalmente fija en el plan y en las ideas.

No aconsejaré con todo hacer como Bourdaloue, que al recitar sus sermones cerraba los ojos, temeroso de que le faltase la memoria, ó que una distraccion le robara parte del discurso. Cerrar los ojos cuando se habla, es gran inconveniente; porque la mirada con sus movimientos es otro de los recursos oratorios, y de los mas poderosos. Fuego, luz arroja á un tiempo; irradia la vida de la manera mas enérgica, y lo mismo puede comprenderse al orador siguiendo los movimientos de sus ojos, que oyendo su voz y sus palabras.



CAPITULO VIGESIMOTERCERO.

DE LA CRISIS Ó DEL SUPREMO ESFUERZO EN EL DISCURSO.

Llamo por este nombre el instante en que produce su mayor efecto la palabra, penetrando en el alma del oyente para enseñorearse de ella, sea por medio de la luz de que la irradia, sea por medio del sentimiento que le imprime. En tan solemne momento, el auditorio está subyugado; su actitud es pasiva, efecto de la animada influencia que le conmueve y fecunda: estado que no se comprende bien, sino considerando de cerca, y en su relacion respectiva, los dos términos que une instantáneamente la palabra desempeñando su mision.

Tiene de particular la elocuencia, distinguiéndose por ello de las otras artes, que hiere siempre al corazon por medio de la inteligencia, esto es, por medio de la idea que engendra ó hace surgir, y esta es la razon de su escelencia, de su profundidad, en que ningun arte le iguala, porque se apodera del hombre entero, y no le cautiva, le conmueve, le arrastra mas que por un medio, iluminándole y haciéndole meditar.

Y esto no depende de la sensibilidad, de la imaginación ó de las pasiones, como en la música y pintura, que pueden producir grandes efectos, sin particular auxilio del pensamiento; bien que aun estas mismas artes cobren mas elevación y poderío, segun que haya en ellas mas inteligencia y reine mas idealidad.

Pero las ideas, asi en la música como en las artes plásticas, están de tal modo enlazadas, aunadas con la forma, que dificilmente se las abstrae para darse cuenta de ellas y analizarlas; corren con la forma, que viene á ser su vehiculo, y apenas es posible traducirlas en lenguaje inteligible y preciso; y tal es el origen de cuanto estas artes tienen de vago, y en especial la música, que no por ello deja de afectar muy enérgicamente, en el momento de la impresion, impresion por lo demas pasajera y que apenas deja huella, desvaneciéndose como los sonidos que la produjeron.

En la elocuencia, por lo contrario, la forma es inferior á la idea. En sí misma, poco brillo y encanto tiene, puesto que consiste en el lenguaje articulado, mucho menos agradable ciertamente que el lenguaje cantado ó la melodía. Jamás la voz del orador, por mas sonora que sea, podrá deleitar el oido como una frase musical, ni la acción oratoria, aun la mas elegante ó enérgica, reunirá la gracia, la armo-

nía y la perfección que al pintor ó escultor es dado prestar á los personajes que representa. Y sin embargo, los acentos y la acción del orador producen con frecuencia maravillosos efectos, escuchándole, efectos que no se experimentan leyendo lo que ha dicho, ó el discurso escrito.

Resulta de lo dicho que la elocuencia tiene á su vez una parte artística ó de estética, que no le falta valor propio aparte de la idea de que dá cuenta; bien que dependa de esta mucho mas que las otras artes, en tanto que la ausencia ó flojedad de la misma se hace notar en gran manera, y que es imposible ser gran orador, sin estar dotado de elevada inteligencia, gran fuerza de pensamiento, al paso que se puede ser músico, pintor, escultor distinguido, sin brillar por estas cualidades. Lo que corrobora que la elocuencia es el arte mas brillante, aquel cuyo ejercicio requiere facultades espirituales mas poderosas.

Y de lo que se sigue tambien, y es á donde querríamos venir á parar, que no hay arte tan profundo y difícil como la elocuencia, á causa de su objeto, que consiste no solo en agradar, en deleitar, en conmover pasageramente, sino penetrar en los ánimos, para mover ó cambiar sus voluntades, para atraerlas á que obren ó dejen de obrar segun las ideas que les está inculcando, ó, como se lee en los tratados de retóricos, llevándoles el convencimiento ó la persua-

cion. El fin real del orador es enseñorearse de los ánimos, dirigiéndolos por medio de su espíritu, haciéndoles pensar como él piensa, para comunicar á sus voluntades sus movimientos y sus tendencias.

Sé perfectamente que á la muchedumbre se le puede causar sensacion y arrastrarla sin mas auxilio que pomposas frases, brillantes imágenes, grandes voces y vehemencia de accion sobre todo, aunque no se encuentren en el fondo muchas ideas; en cuyos casos obra el orador al modo de la música, que hace sentir y obrar á veces sin hacer pensar. Pero lo que á la música le basta, es apenas la mitad de lo que cumple á la elocuencia, y aunque le sea dado producir efecto por este estilo, pierde, dedicándose á ello, parte de su valor y de su dignidad: pues bien que sonora, está vacía; conviértese en retumbante címbalo, ó, si se quiere, en decoracion teatral, que causa momentánea ilusion sin dejar rastro.

Indigna es de su nombre la elocuencia, y no corresponde á su elevada mision, si no domina á la humana voluntad por medio de la inteligencia, encaminándola á adoptar cierto partido, como cumple á todo sér racional y libre, no solo con ayuda de impresiones sensibles, de cuadros de imaginacion, de arrebatos apasionados, sino sobre todo, por la vista de la verdad, por la conviccion de lo que es justo y bueno, es decir, por la idea que le dá de estos atri-

butos, ó mejor, por la idea que debe engendrar, desenvolver y vivificar en su alma.

En una palabra, todo discurso se reduce á lo siguiente: hacer que el auditorio conciba lo que el orador comprende y de la manera que lo comprende, para que sienta lo que este siente, y quiera lo que este quiere, ó, en otros términos, engendrar en el entendimiento del que escucha una idea semejante á la idea del que habla, á fin de que sus corazones se pongan al unísono como sus espíritus. Ahí está la dificultad; los que la salven son verdaderamente elocuentes.

Mas para salvarla son necesarios varios requisitos, ó de otra manera, en esa operacion que ha de ejecutar el orador, en esa obra colosal de la elocuencia, se distinguen varios tiempos ó varias gradaciones que no deja de conocer quien habla en público, ó por lo menos no deja de experimentarlos por el sentimiento, si es que alguno no se haya dado cuenta de ellas.

El primer tiempo es aquel en que el orador se apodera del auditorio: le domina.

Tiene lugar el segundo cuando penetra la palabra en el ánimo del auditorio, haciendo que conciba.

Viene á ser el tercero como la organizacion de esta concepcion. Los oyentes que concibieron la idea, únense al orador en espíritu y en voluntad, no for-

mando con él mas que una alma; completándose así el acto por medio del cual se emposiona el que habla de aquellos á quienes ha convencido ó causado emocion.

Estendámonos sobre estos tres puntos.

1.º Apoderarse del oyente, es llamar su atención, absorverla de manera que oiga sin esfuerzo y de buen grado lo que se le dice, y que atendiendo con toda su alma al orador, se abra, en cuanto de él dependa, para recibir su palabra, absorverla, con exclusion de otro cualquier pensamiento, imagen ó sensacion que puidere sobrevenir.

Échase de ver que esta toma de posesion de los espíritus con el único auxilio de la palabra, no es cosa fácil; así es que con frecuencia no se consigue sin mucho tiempo y sostenidos esfuerzos; bien que otras veces se opera al punto, desde las primeras palabras, sea en virtud de la confianza que el orador inspire, sea por el interés vivo del asunto y la curiosidad que el mismo excita, ó sea por cualquier razon diversa. Dificil es dar un consejo siquiera relativamente á este punto, atendido el gran cúmulo de circunstancias que á él pueden auxiliar ó causar perjuicio: lo que si puede afirmarse es la imperiosa necesidad de conseguirlo si se quiere que el discurso obtenga éxito.

Pocos hombres hay que sepan atender. Esto su-

pone gran afan por instruirse, la conciencia de la propia ignorancia por lo mismo, y cierta desconfianza en sí propio, esto es, modestia y humildad, virtudes muy escasas; y por otro lado, para escuchar se requiere una fuerza de voluntad tal, que haga á su poseedor capaz de dirigir su espíritu á un punto dado, y de mantenerlo allí á despecho de toda clase de distracciones. Si estando solos con una obra grave en las manos, pasamos penas no flojas para concentrar nuestra atención á fin de entender lo que estamos leyendo; y si únicamente conseguimos prolongar la lectura distrayéndonos de ella mil veces y emprendiéndola otras mil, ¿qué no ha de suceder en medio de una muchedumbre donde nos asaltan por todos lados mil heterogéneas impresiones? A mas de esto, cada cual va con diferente disposicion, con sus preocupaciones, con distinta disposicion de ánimo, en razon de la edad, de la condicion de los antecedentes. Supongamos algunos centenares, algunos miles de personas en un auditorio, y tendremos tantas opiniones como cabezas, tantas pasiones como intereses y situaciones, sin que en tan gran número de individuos haya muchos que estén acordes en cuanto á pensamientos, sensaciones y deseos. Cada uno piensa en una cosa ú otra, anhela esto ó aquello, abraza tal ó cual prevencion. Y de pronto, del seno de tantas divergencias, de tantas contradicciones,

ved ahí que se levanta un hombre, que se ostenta en la cátedra ó en la tribuna, para hacerse escuchar de todos, para hacerlos á todos pensar, sentir y querer como él piense, sienta y quiera. Es en verdad obra prodigiosa, y que solo por un poder casi sobrehumano puede realizarse. Es el triunfo de la elocuencia, triunfo que no sin graves penas se consigue.

Dicen los retóricos que á conseguir ese fin se ha de encaminar el exordio. Al principio es en efecto cuando conviene cautivar los ánimos, haciendo que se interesen por el asunto, ya hiriéndoles fuertemente, por sorpresa, como en un exordio ex abrupto, ya ganando hábilmente su benevolencia, como en el exordio por insinuacion. Todo eso es verdad, pero el precepto no es de fácil práctica; tanto vale decir que para hacer un buen exordio se ha de poseer gran fuerza ó gran habilidad en el manejo de la palabra, mas ¿quién nos la ha de dar?

Los primeros instantes del discurso son de ordinario difícilísimos para el orador, no solo por el trabajo de ponerse en situacion, plantear el asunto y comenzar á esplanarlo, como hemos explicado hace poco, sino tambien en virtud de la necesidad de poner en situacion al auditorio que le opone al primer pronto, unas veces la inercia, la pereza que rehusa darsé el trabajo de escuchar, otras la volubilidad que deja distraer á cada punto, y otras la sorda ó

declarada guerra de una prevencion ó de un interés opuesto. Luchar pues con su auditorio para dominarlo, le es preciso, y no siempre es feliz el resultado de esta lucha.

Hasta que todos han tomado sitio y colocádose cómodamente, luego hayan tosido, escupido, sonado y movido cuanto lo permite la decencia de aquella situacion, el pobre orador está hablando en medio de menor ó mayor murmullo, ó cuando nó de cierta sorda agitacion que neutraliza el efecto de sus palabras sobre los ánimos. Sus espresiones no penetran, antes le son completamente devueltas, lo cual le pone á punto de desanimarse, particularmente si la asamblea, como en un sermon, la componen gentes de toda clase. Y si se desanima, está perdido; jamás podrá enseñorearse de sus oyentes, careciendo su discurso de poderío.

Pero deben sostenerle, en primer lugar el vivo sentimiento de la mision que está á su cargo, del deber que está cumpliendo; luego esa cosa inespliable, peculiar de los hombres fuertes, que los hace animar con la resistencia y los obstáculos, y en la lucha exaltarse, por manera que cuanto mas se les cierra el paso, mas se esfuerzan por romperlo, mas se empeñan en el vencimiento: es otro de los aguijones del valor en un combate.

Además ha de servirle de mucho en tal coyuntura

la autoridad de la palabra, que cobra repentinamente cierto ascendiente sobre el auditorio, algo de simpático en la voz que, deleitando al oído, entra en el corazón, ó bien cierta mordacidad en la pronuncia y acento, que llama la atención.

Mediante estos recursos, unidos á los de que antes nos hemos ocupado, y sobre todo con el auxilio de allá arriba, ha de conseguirse mas ó menos pronto dominar al auditorio, apoderarse de él, tenerle á la mano, sujeto al discurso, por decirlo así, de suerte que los ánimos todos, aunados en cuanto á la atención, converjan á un solo punto, como suspendidos de los lábios del que está hablando, mientras que sobre este mismo están fijas todas las miradas. Establécese entonces general silencio, ese silencio solemne, condicion precisa á la vida de la palabra. Nadie se mueve ya en su silla ó en los bancos; nadie se suena; nadie escupe; basta los catarros parecen curados por encanto, y en medio de la ausencia de todo ruido, solo la respiracion de los asistentes se percibe y la voz del orador, elevándose, dominando y difundándose. La asamblea está avasallada, pues está escuchando.

2.º Cuando esto sucede es únicamente posible que la elocuencia llene su mision, de engendrar ideas en el que oye, ó hacer que conciba y sienta lo que se le dice.

Lo propio que en todas las concepciones, existen aquí dos términos, activo el uno, que transmite la vida, pasivo el otro, que concibe al recibirla, por cuya penetracion recíproca se opera la concepcion. Y esto tiene lugar cuando ni una mirada deja de dirigirse, de fijarse en el orador. Ábrense entonces los ánimos con todas sus fuerzas para atraer y absorber sus palabras, que penetra en ellas con su virtud, fecundándolas. Así se producen las ideas en la instruccion, que es una verdadera fecundacion de las inteligencias, y al mismo tiempo un alimento; puesto que el hombre no vive de pan solo, sino que se nutre con la verdad.

Tenemos ahí el mas solemne instante del discurso, lo que llamamos crisis, ó supremo esfuerzo de la palabra; es la verdad misma, esto es, Dios vivo, el que se nombra camino, verdad y vida, quien, por boca de uno de sus ministros ó de un hombre que ha escogido, obra sobre las almas, penetra, se establece en ellas, con el fin de que se conviertan en tronos donde se complazca en sentarse, en santuarios donde guste de habitar, en espejos en los cuales se refleje amorosamente, en antorchas por cuyo medio pueda brillar y difundirse.

En el mundo fisico, donde quiera que se encuentra comunicacion y reproduccion de vida, es asimismo Dios que obra; los hombres, los animales y las

plantas, empleadas en esta grande obra, son solo órganos ó instrumentos. Tal es el por qué dice el Evangelio que no hay mas que un padre, Aquel que quien dimana toda paternidad en cielo y tierra, y que solo Él es bueno, porque es Él origen de todo bien, y el único dueño, porque es la misma verdad.

Lo propio acontece con mayoría de razon en el mundo moral, ó relativamente á la comunicacion de la vida espiritual. Ella se termina en virtud de las mismas leyes, y tal es el motivo de que aquel que dá instruccion ó hace germinar en las almas verdadera significacion del verbo instruir, ese es padre segun la inteligencia, paternidad la mas fecunda y noble.

Ahí está la mision sublime del orador, el encumbrado papel que desempeña. Cuando derrama su palabra animada, transmite la vida; la verdad reproduce y multiplica en las almas, á las que obliga á vivir segun su intencion, bien asi como la paternidad fisica hace vivir segun la carne. Al modo que Dios, de quien es imagen é instrumento, difunde sus luces, su calor y vida por todas las criaturas, el orador, lleno de la pujanza del Espíritu, vierte en un punto sobre miles de oyentes la luz de su palabra, el calor de su corazon y la vida de su alma; fecunda á la vez todas esas inteligencias, y por esto desde el instante en que el rayo de la palabra penetra en ellas y les

hace concebir, no constituyen mas que un alma cuyo dueño es el orador, y á las que llena de dicho espíritu. Todas, en efecto, en tan solemne momento viven en unisono, identificadas por el poder de la palabra que las domina.

Tal es la razon de que ese momento solemne del discurso, en que se consume el supremo esfuerzo de la elocuencia, se distinga produciendo la mas viva y profunda emocion que á los hombres sea dado sentir, esa emocion aneja á la comunicacion de la vida; transmitiendo en este caso tanta mayor felicidad, cuanto sea mas pura, mas conjunta á Dios, su origen, la vida de la inteligencia. De ahí el delicioso y sin par sentimiento que experimenta el orador, al entrar su palabra en las almas que vivifica, y las dulces impresiones que sienten las almas al recibir el espíritu de la palabra y al nutrirse de ella.

3.º Luego que por este medio ha conseguido el orador llegar al fondo del alma de sus oyentes, auxiliado por la palabra, y animádoles con su vida, se constituye en su árbitro, y entonces les impresiona, les vuelve y revuelve á voluntad, y esto sin esfuerzo, de la manera mas sencilla, por medio de una voz, de un gesto, de un grito, por medio del silencio mismo; y es que se ha emposesionado de su corazon; hállalo abierto, y se ha establecido entre orador y oyente tan íntima comunicacion, que casi podria

prescindir de los medios exteriores. Sucede lo que con dos personas que tiernamente se aman, y tienen mútua confianza: compréndense sin hablar, y el sentimiento que las une es entre ambos tan íntimo y dulce, que el lenguaje, impotente para espresarlo, les es inútil para entenderse.

El orador consigue cuanto quiere una vez enseñoreado del auditorio, y debe por lo mismo aprovechar este poder temporal para rematar su obra, desarrollando y organizando en los ánimos la idea que en ellos acaba de engendrar: lo que forma el tercer periodo de su tarea.

Candente el hierro, no es difícil de trabajar. Y en nuestro caso no sólo hay que trabajar y modelar hierro, sino, lo que es más difícil y mejor, desenvolver la nueva vida que la palabra del orador ha suscitado en los oyentes, á fin de que esa idea concebida ya, cobre forma en cada inteligencia, apoderándose de la voluntad y atrayéndola, de una parte por medio de la emoción producida, y por medio de las miras espirituales de otra, miras que proporcionan motivos á la voluntad, del propio modo que le dan móviles el sentimiento ó la pasión. Mal llenaria su cometido la elocuencia no consiguiendo inducir al oyente á cierto acto, por medio del cual debe realizarse la idea.

Solo en este postrer periodo debe por lo mismo

encontrarse la parte práctica del discurso con las consecuencias aplicables. En este periodo debe el orador recoger los frutos de su obra: después de haber hecho pasar sus sensaciones y su pensamiento en los que le escuchan, debe hacerlos partícipes de su voluntad: debe imprimirles, por decirlo así, su persona toda, debe hacerlos á su imágen, de suerte que sientan, piensen y quieran lo mismo que él, en favor de la verdad y del bien manifestados. No debe dejar al auditorio que no le haya conmovido, convencido, cautivado. Por medio de la peroración, de que vamos á ocuparnos, pondrá el sello á la obra y le dará toda la plenitud.



CAPITULO VIGESIMOCUARTO.

FIN DEL DISCURSO Ó DE LA PERORACION.

Si es difícil el empezar, cuando se improvisa, lo es mucho mas el concluir, es decir, concluir bien. La mayor parte de los oradores echan á perder sus discursos con su pesadez y difusion, que son los mayores inconvenientes del improvisar, puesto que al hacerlo no se dispone del tiempo necesario para ser lacónico, y se corre sin cesar peligro de ser llevado del movimiento de las ideas ó frases.

Sucede á menudo, y es no poca desgracia, hallarse fuera del asunto cuando conviene finalizar, en cuyo caso, sintiendo confusamente todo lo omitido, y trasluciendo lo que se podria añadir aun, quiérese compensar en cierta manera, dando principio á un nuevo desarrollo en vez de darlo á la conclusion: recrudescencia tardía é inoportuna de malísimo efecto para el auditorio que, hastiado ya, se impacienta y no escucha, y fatal para el orador, cuyas palabras y afaes son estériles, cuyas nuevas observaciones lastiman lo anterior destruyendo la impre-

sion producida, cuyos conceptos no son otra cosa que repeticiones; todo lo cual pone al auditorio en inquietud y hace que mire á aquel del modo que miramos á una nave que pretende entrar al puerto y no puede abordar á él. Y es que no hay desgracia mas grande para un orador como la de ser enojoso.

Un auditorio disgustado llega á convertirse en enemigo. No puede seguir escuchando, y sin embargo se halla incapacitado para pensar en otra cosa: encuéntrase su espíritu como el estómago sobrecargado, necesitado de reposo, y en el cual se ingieren aun nuevas materias, á pesar de su inapetencia y repulsion: está á punto de levantarse, sublevarse y arrojar cuanto recibió: es un verdadero suplicio que el indiscreto y desmañado parlador impone á los que se ven forzados á escucharle, suplicio que hasta puede ocasionar jaqueca ó una irritacion nerviosa. Tal es el estado en que el auditorio se encuentra cuando es sobrado largo el discurso ó se hace interminable la peroracion. Júzguese de la disposicion en que les deja y del fruto que recogen.

En otras ocasiones el orador, y confieso humildemente que hablo por esperiencia, es mas desgraciado aun, si es posible; quiere concluir y no sabe como hacerlo, lo mismo que un hombre que anhela salir de una casa en peligro y encuentra cerradas todas las puertas, corre á derecha y á izquierda en busca

de salida , y siempre choca contra las paredes. Pero el tiempo corre , la impaciencia del público se echa de conocer en cierta agitacion sorda, porque unos se levantan para marcharse , otros se agitan en sus asientos , y cierto confuso murmullo sube hasta el que está hablando , signo sobrado cierto de que nadie le escucha , y de que habla en desierto , lo que le turba mas aun , dando creces á su perplejidad. Por fin , como todo acaba en este mundo , llega al término de una manera ú otra , ya echando mano de la banal conclusion de la vida eterna , si es que predica , ó ya , en otra circunstancia cualquiera , de algun hinchado período que parezca entrañar una sensacion ó un pensamiento , aun cuando , como de ordinario sucede , no haga mas que llenar los oidos con voces sonoras pero vacías. Y el desdichado orador , que tenia aptitud para conducirse mejor , y tiene conciencia de que se ha conducido mal , se va con las orejas gachas y gran confusion , jurando algo tardíamente que no ha de recaer.

Ah! no es difícil que recaiga , aun despues de la preparacion mas laboriosa , porque no hay cosa mas inconstante que la palabra. Un olvido , una ligera distraccion bastan para quebrar el hilo de las ideas , lanzándonos en el vacío y en las tinieblas ; háblase entonces á tontas y á locas , ó mejor se agita uno en el caos. Es una verdadera derrota , un desgajamiento

oratorio que acontece mas que nunca , segun tengo observado , cuando mas seguros nos creemos , cuando mas efecto esperamos producir: lecciones que se complace en dar tal cual vez á los hombres Aquel que ensalza á los humildes y humilla á los soberbios , para moderar su propension á engreirse con el éxito que alcanzan , achacándose todo el mérito y toda la gloria. ¡ Dichosos los que aprovechen tales lecciones!

Una manera hay de concluir , que es la mas sencilla , la mas natural , y con todo eso tal vez la menos usada ; bien que presenta poca dificultad y no dá lugar á pomposas frases , por lo qual será desdeñada ó pasará desapercibida ; y consiste en compendiar rápidamente el discurso entero , poniendo á la vista sumariamente todo lo que se ha desarrollado en las diferentes partes , con solo enunciar las ideas principales con sus enlaces ; lo cual dá pié para una recapitulacion viva y nerviosa , que presente en extracto á los ojos del oyente cuanto se le ha dicho , ayudándole á retenerlo y á aprovecharse de ello.

Ademas , como al hablar nos hemos propuesto algun objeto , para convencer y persuadir , moviendo asi las voluntades por medio de impresiones y argumentos , y finalmente , con el auxilio de un sentimiento principal , destinado á dar el último golpe y arrastrar á la accion ; el compendio de las ideas debe venir fortificado con algunas palabras tiernas , que

exalten el sentimiento hasta á su colmo, de suerte que conmovido y convencido cada oyente, se halle pronto á hacer lo que de él se pretende.

Esa peroracion es, en mi sentir, la mejor por su naturalidad y eficacia; el remate directo del discurso; y salida de las entrañas mismas del asunto y de la intencion íntima del orador, vá derecha al ánimo del oyente, poniéndolos á entrambos en unísono al concluir.

No se me ocultan otros modos de finalizar con éxito, sea por asertos picantes, reservados de propósito para la peroracion, que coadyuvan á mantener hasta el cabo, y aun á despertar la atencion del auditorio; sea por medio de bien torneados períodos, que cautivando el oido, excitan mil especies de sentimientos mas ó menos análogos á la materia del discurso; sea de otro modo cualquiera. Casos hay sin duda en que tales artificios oratorios son tolerables, útiles y agradables: no los escluyo, porque en la guerra todos los recursos no reprobados por el honor ó la humanidad, y que pueden dar la victoria, son admisibles, y el ejercicio de la palabra es un verdadero combate; siento solo que el camino mas trillado es el mejor, y que los demas, por participar mas del arte que de la naturaleza, antes son resortes retóricos que verdadera elocuencia.

CAPITULO VIGESIMOQUINTO.

DESPUES DEL DISCURSO.

Diríase que todo está concluido, cuando lo está el discurso; añadiremos con todo algunas palabras útiles, así al físico como á lo moral del orador. Indicaremos ciertas precauciones que acaso algunos tendrán por fútiles, sin que por esto dejen de aprovechar á otros, si hemos de guiarnos por lo que á nosotros nos ha sucedido.

Al bajar del púlpito, de la tribuna ó de otro lugar cualquiera en que se haya hablado durante largo rato con animacion, es del caso permanecer en reposo durante algun tiempo, para reponerse paulatinamente y dejar que calme la especie de fiebre que nos exalta y abrasa. La cabeza en particular es la que necesita descanso, puesto que no hay cosa que mas la fatigue como la improvisacion, que hace trabajar á todas las facultades del espíritu, y poniéndolas en extrema tension concita abundantemente la sangre hácia el cerebro.

Á mas de esto, el sistema nervioso, que depende

de él, se encuentra fuertemente postrado : necesita calmarse; y él, lo mismo que todo el cuerpo, violentamente agitado con la acción oratoria, demandan tranquilidad y reposo, reposo que no podrá procurarse mejor que con un ligero sueño, á ser posible conciliarlo.

Los órganos vocales, acabando de funcionar anormalmente, requieren un rato de inacción; así que fuera nocivo recibir gente y sostener conversación. En el punto de fatiga á que se ha llegado, cualquier nuevo esfuerzo, por leve que sea, puede ser funesto y quita mas fuerzas que los mas violentos en otras ocasiones.

Lo primero que conviene hacer en tal estado, si puede hacerse algo, es dar gracias á Dios por el peligro evitado y auxilio recibido, aun cuando no se haya alcanzado el éxito que se deseaba; puesto que el usar en público la palabra es tan aventurado, que nadie sabe como saldrá del paso, y requiere, mas que otro acto alguno, la superior asistencia.

Quien sienta la importancia y riesgo de la palabra, quien comprenda un tanto lo que ser debe el orador, todo lo que este necesita para desempeñar su tarea, los obstáculos que ha de salvar, las dificultades que vencer, y por otro lado, cuan poca cosa basta para derrumbarle ó paralizarle, ese no dejará de concebir que necesita un aliento superior que dé

inspiración, luz y fuego, sin lo cual no puede el discurso ser vivo ni ineficaz. Porque todo lo animado dimana de Aquel que es la vida misma, la vida infinita, eterna, inagotable, y la vida espiritual mas que la corporal, puesto que Dios es espíritu; justo es pues rendirle homenaje por lo que ha tenido á bien prestarnos, y darle cuanto antes el fruto y la gloria de lo que habíamos recibido. Y es esto tanto mas del caso, cuanto que nada entusiasma como el éxito de la palabra, y que en medio de la exaltación, consecuencia de su poderío, del conocimiento de su fuerza y del influjo que ejercemos sobre nuestros semejantes, propende uno á engreirse y encumbrarse, atribuyéndose directa ó indirectamente, total ó parcialmente, el efecto producido: tentaciones del orgullo, ilusiones de la vanidad, funestas siempre al talento verdadero, contra las cuales importa estar en guardia.

Esto no es decir que no deba uno regocijarse hasta cierto punto por lo hecho, en medio del bienestar que se goza despues de haber hablado. No conozco nada comparable á ese bienestar, sobre todo cuando uno cree haber desempeñado honrosamente el cometido, si no es la angustia sufrida antes de tomar la palabra. Lo uno es consecuencia de lo otro: puesto que los mas intensos goces del mundo, son el producto de la cesación de los mas grandes dolores.

En primer lugar produce cierta alegría infantil el haberse sacudido una carga pesada y librado de una misión escabrosa. El trabajo agobia á todos los hijos de Adán, incluso aquellos á quienes es mas necesario, é instintivamente nos sustraemos á él en cuanto nos es posible. Luego el descanso despues de una gran fatiga, en particular tratando de trabajos intelectuales, es delicioso.

Sócrates, hijo de una comadrona, decia que él continuaba el oficio de su madre; pero hacia alumbrar á los espíritus por medio de sus interrogatorios y su dialéctica, de donde surgió el método erístico. Bien podemos decir, pues, con el mas sábio de los Griegos, que la emision de un discurso en público es un verdadero alumbramiento, y gran dicha que no salga un niño muerto ó poco viable. Concebir una idea, organizarla en un plan meditado vigorosamente, y llevar este feto espiritual durante mas ó menos tiempo en la cabeza; despues, sazonado y llegado el tiempo, darlo á luz en medio de las agonías y peligros de la palabra, es un alumbramiento que produce asimismo, si se ha llevado á cabo felizmente, inmenso consuelo é inponderable gozo. Así es, que al acabar de hablar, se siente uno desembarazado y libre, y espíritu y cuerpo se entonan y reponen con delicia despues de esa tensión extremada que ha forzado todos los resortes y gastado todas las fuerzas

vitales. ¡Ah! ¡solo aquellos que se hayan encontrado en casos semejantes, pueden comprender la voluptuosidad de tal estado!

Viene en pos de ese sentimiento otro mas elevado, mas profundo, el de haber cumplido un deber, y llevado honrosamente á término una misión: gozo de los mas dulces de la conciencia.

Despues otro sentimiento que nos realiza á nuestros propios ojos, al paso que nos inspira humildad; el de constituirnos en instrumentos de la verdad para hacerla conocer á los hombres en cuanto penda de nuestra debilidad, y de haberle tributado un testimonio público á precio de algun sacrificio, al menos de nuestros trabajos y sudores. Jamás se está mas cerca de la verdad que al anunciarla persuadidos con unción. Cuando se nos llama á publicarla solemnemente, la verdad se alza y hace sentir de una manera particular, y, como dice Bossuet, por medio de súbitas iluminaciones. Los que instruyen á los demás con su palabra ardiente y animada, sacan mas provecho que aquellos á quienes enseñan: menos luz dán que la que reciben. Tal es el motivo de que el mejor modo de aprender sea enseñar.

De esos confusos sentimientos resulta un estado lleno de dulzura, sobre todo creyendo haberse portado bien, acerca de lo cual rara vez engaña la conciencia. Sin embargo, no es imposible ilusionarse,

en bien ó en mal, por razon de que el orador verdadero, siempre necesitado de inspiracion, jamás tiene clara conciencia de lo que ha hecho, ó mejor de lo hecho por su medio. Dios, que le inspira cuando es su voluntad, es quien ilumina las inteligencias con su luz y convierte los corazones por medio de su gracia; Dios se sirve con frecuencia de objetos en apariencia fútiles para conmover las almas, á la manera que renovó la faz del mundo con lo mas ínfimo y fátuo para la humana sabiduría; asi es que cierto discurso, que no ha dejado satisfecho al orador por parecerle inferior á su idea y á su plan, ha producido honda impresion y subyugado los ánimos; mientras que tal otro, del cual quedó encantado, creyéndole gran eficacia, no ha producido otra cosa que su actual satisfaccion, y con sobrada frecuencia el acrecentamiento de su vanidad. En esto como en todo, Dios es árbitro y Señor; ríese de los propósitos, de los esfuerzos y de las opiniones de los hombres, haciéndolos servir como cumple á la manifestacion de la verdad, á la realizacion de los planes de su justicia y de su misericordia.

No debe inquietarse pues irregularmente el orador acerca del efecto que causa y de los resultados de su discurso: abandónelo en manos de Dios cuyo órgano es, y ruéguele que le haga producir algo para gloria suya, en caso de éxito, ó si por su

mala suerte no alcanza buen resultado, que haga brotar el bien de lo malo, como puede hacerlo únicamente la divina omnipotencia.

Guárdese sobre todo de informarse, movido de la curiosidad, con uno ó con otro de los que le oyeron, acerca de la sensacion que pueda haber causado, y de sus opiniones sobre el discurso y manera de decirlo. Semejantes preguntas buscan pasto para el amor propio mas que consejos útiles; es una especie de cuesta de lisonjas, de admiraciones, capaz hasta de rebajarse mucho, á fin de ser encumbrada por los demas, y de hablar mal de sí propio por gusto de ser contradecido; ardidés, subterfugios de la vanidad, que va á mendigar su alimento hasta en los parages mas ínfimos, y que, en su estremado afán de sentirse alabanzas, provoca los aplausos y arranca los elogios. Esta miserable propension es de tal modo innata en la humana naturaleza desde el pecado original, que los oradores mas grandes sucumben á tal flaqueza, que les rebaja y disminuye su mérito ante Dios y ante los hombres. Por otra parte, es esponerse á crueles desengaños.

En fin, suficientemente descansado el orador y ya tranquilo, al otro dia, por ejemplo, le será útil, por si hiciera un segundo discurso sobre lo mismo, examinar de nuevo el plan, mientras que conserva fresco el recuerdo, corrigiéndolo y perfeccionándolo

con presencia de lo que dijo, sea rectificando la hilación de las ideas, sea añadiendo las que sobrevinieron durante el discurso, según convenga.

Si alcanzó buen éxito el discurso y se siente inclinado á ello, escriba sobre el plan lo que dijo, con lo cual compondrá una obra de estilo después de una obra oral. Grandes oradores han escrito de esta manera muchos de sus discursos: Cicerón, Bossuet y otros. Para ello, lo más seguro es tener un taquígrafo que repita cuanto se ha dicho, y entonces pulir la redacción, sin quitar al estilo lo vivo y seductor de la palabra improvisada.

Trabajo es este que hemos hecho más de una vez, siempre con fruto y nunca sin cierto humilde sentimiento; porque, á menos que se haya experimentado, nadie puede imaginar cuán triste es en el papel la improvisación más fácil, más elegante y que más efecto haya producido: nadie se figura que deje muchísimo que desear, ni el improbable trabajo que requiere para que tenga estilo y sea legible. Por esto oradores distinguidos, y aun de primer orden, cuya elocuencia vibrante y llena de vida conmovió á las asambleas subyugándolas, son desconocidos cuando se les lee, de suerte que al ver el extracto de su improvisación, sin su acento ni su voz, sin el movimiento de su fisonomía ni su accionado, pregúntase uno con extrañeza cómo al discurso pudo producir

un efecto maravilloso. Y es que va gran distancia del hablar al escribir; nadie escribe conforme habla, y á menudo los que hablan mejor no saben escribir, ó por lo menos lo hacen medianamente, mientras que hábiles escritores son á veces incapaces de hablar.

Concluyó nuestra tarea; puesto que, lo repetimos al finalizar, no hemos abrigado la pretensión de escribir un tratado sobre el arte de la palabra, y si solo transmitir los resultados de nuestra propia experiencia á aquellos que estén llamados á hablar en público. Esos sencillos consejos podrán ser útiles á algunos, nos atrevemos á esperarlos, sea porque les ahorren tentativas siempre ásperas, aun en los casos en que dan fruto, sea porque les indiquen ensayos más útiles y más seguro camino.

Como quiera que sea, hemos de advertir hácia la conclusión, que reportarán utilidad aquellos que hayan recibido de la naturaleza el don de la palabra, y sean ayudados por Dios, Verbo ó palabra por excelencia, en el manejo de ese formidable instrumento, de esa cuchilla de dos tajos, para la manifestación de la verdad, el cumplimiento de sus miras entre los hombres, y la regeneración del mundo.

Ahora, librito mio, parte. Tiempo es de que salgas del hogar paterno, puesto que aquel que debe introducirte en el mundo te está aguardando. Llegó el momento fatal de nuestra separacion: hemos de despedirnos. Hijo querido de mis ancianos dias, se me oprime el corazon al ver que partes, no solo por el temor de lo que puede sobrevenirte en camino, á tí tan débil aun, y que vas á esponerte á tantos peligros, sino sobre todo por la pena de dejarte despues de haberte criado, formado con tantos desvelos, á tí desde mucho tiempo objeto de mi solicitud y mi ternura. Imágen de mí mismo, recordábasme mis años juveniles, y en medio de las atenciones y cuidados de cada dia, me procurabas con frecuencia alegría y consuelo. Era un gozo continuo verte crecer y formar paulatinamente. Tu juventud regocijaba mi soledad y daba encanto á mis ócios. Pero nuestros hijos no nos pertenecen; son de Dios, que para gloria suya nos los confia. Parte, pues, y trabaja, si está en tu mano, para gloria de Aquel que es el manantial de todos los dones perfectos y que te dió la vida.

Sin embargo, hijo querido, oye una palabra de consejo al separarnos. Jamás olvides la medianía de tu condicion ni la forma humilde bajo la cual te envío al mundo: sea tu modestia igual á tu pequeñez, y no

pretendas dar golpe ni mover ruido: ser útil es tu destino, y nó brillar: procura hacer á tu paso el bien que puedas, y no cejes en tu mision por los obstáculos ó contratiempos que te se puedan presentar. No todos los que encontrarás por tu camino te mirarán con buen ojo; unos, al verte á su lado, se indignarán de tu audacia y te impedirán avanzar; otros, mas diestros, sin ser mas benévolos, rehusarán socorrerte, porque no serás de su nacion, y afectarán no reparar en tí: no te agravies por ello, continúa simplemente tu camino, y si por fortuna tuya encontrases, como confio, alguna alma caritativa, que interesada por tu juventud, te ayude á caminar, acepta reconocido su auxilio, aprovecha sus indicaciones y opinion, á fin de que perfeccionándote, puedas llegar á término con mas seguridad.

Lector amigo, quien quiera que seas, que antepones lo verdadero y lo bueno á todo lo demas, sin espíritu de partido y sin prevenciones, si acaso encontrases este pobre niño en el anchuroso camino del mundo, á tu benevolencia lo recomiendo. Y cree que no tratas con un ingrato.

FIN.

TABLA

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN ESTA OBRA.

	<u>Págs.</u>
<i>Prólogo de los traductores</i>	V
<i>Dedicatoria.</i>	IX
<i>Introduccion</i>	1

PARTE PRIMERA.

Capítulo primero. <i>Esposicion del asunto — que es un discurso improvisado</i>	3
Capítulo segundo. <i>De las disposiciones que se requieren para hablar en público</i>	11
Capítulo tercero. <i>De las disposiciones espirituales necesarias para hablar en público que pueden adquirirse ó formarse por medio del estudio</i>	40
Capítulo cuarto. <i>De las disposiciones físicas del orador, naturales y adquiridas.</i>	78

PARTE SEGUNDA.

Capítulo quinto. <i>Division del asunto.</i>	99
Capítulo sexto. <i>Preparacion del plan</i>	103
Capítulo séptimo. <i>De los discursos políticos y de los forenses.</i>	113
Capítulo octavo. <i>Discurso sagrado y discurso de cátedra.</i>	123
Capítulo noveno. <i>Determinacion del asunto y concepcion de la idea del discurso</i>	132
Capítulo décimo. <i>Concepcion del asunto.—Método directo.</i>	140
Capítulo undécimo. <i>Concepcion del asunto.—Método indirecto.</i>	146
Capítulo duodécimo. <i>Incubacion y organogenia de la idea</i>	158
Capítulo decimotercero. <i>Redaccion del plan</i> . .	168
Capítulo decimocuarto. <i>Condiciones del plan</i> .	177
Capítulo décimoquinto. <i>Preparacion final antes de tomar la palabra</i>	179
Capítulo décimosexto. <i>Última preparacion intelectual.</i>	181
Capítulo décimoseptimo. <i>Última preparacion moral.</i>	190
Capítulo décimoctavo. <i>Preparacion fisica</i> . .	200
Capítulo decimonono. <i>El discurso</i>	208
Capítulo vigésimo. <i>Principio ó exordio.</i> . . .	210
Capítulo vigésimoprimer. <i>Entrada en materia.</i>	217
Capítulo vigésimosegundo. <i>Del progreso de las</i>	

<i>ideas ó de la esplanacion.</i>	223
Capítulo vigésimotercero. <i>De la crisis ó del supremo esfuerzo en el discurso.</i>	231
Capítulo vigésimocuarto. <i>Fin del discurso ó de la peroracion</i>	231
Capítulo vigésimoquinto. <i>Despues del discurso.</i>	286
<i>Conclusion.</i>	260

55

Sig 40-48°
R393894